

LA PROTESTA

Precio 20 cts.

SUPLEMENTO SEMANAL

Porte pago

U. Telefónica 0478 B. Orden

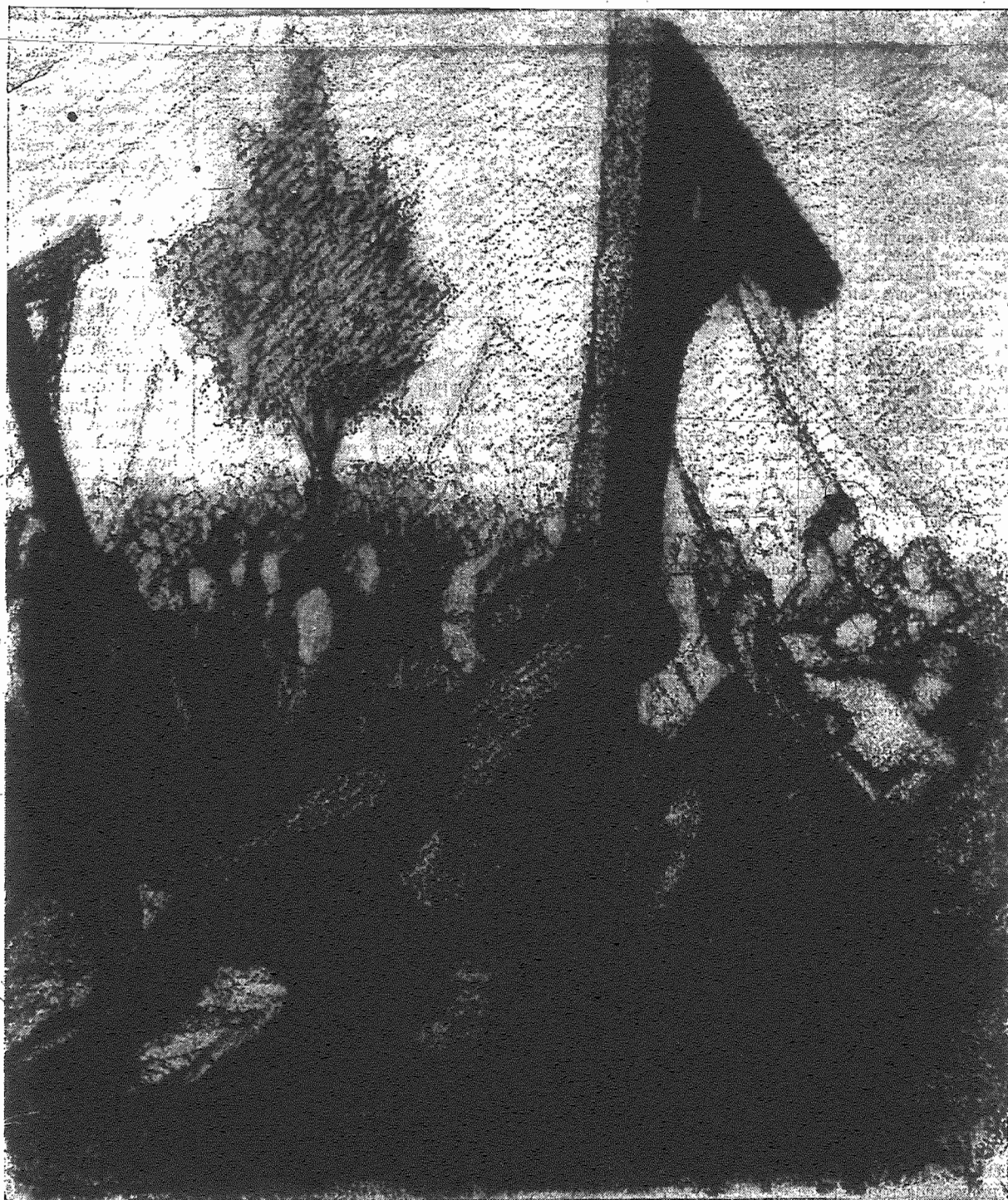
--

Redacción y Administ.: PERÚ 1537

--

Valores y giros a A. Barrera

1.º de Mayo



Hasta que no quede en pie ni una horca ni una cárcel, hasta que el árbol de la libertad no sea plantado entre los fragores de la Gran Revolución, el 1.º de Mayo no será sino el día de protesta del proletariado contra todos los crímenes e infamias de la sociedad presente

FECHAS Y HECHOS

En las páginas de la historia, el proletariado ha escrito con sangre la epopeya de sus luchas. Son páginas de heroísmo, pedazos de vida arrancados a la entraña del mundo, girones de cuerpos desgarrados entre los engranajes del monstruo de cien cabezas y de múltiples vientres: el Estado. ¿Qué de extraño tiene, que de sus dolores y de sus infortunios, de sus ansias vindicativas traducidas en gestos de rebeldía, y de sus protestas ahogadas en sangre por los sicarios y los verdugos, hayan hecho un símbolo viviente?

Los hechos que pasan, páginas de la historia que vivieron generaciones desaparecidas, tienen el valor de las recordaciones que conmueven nuestro espíritu, nos indignan o nos consuelan. Pero los hechos que recuerda el proletariado, no son para él motivo de alegría: son fechas dolorosas que señalan una tragedia y agregan un martirologio más al eterno Calvario que sube, sin columbrar el final, la humanidad dolorida, vilependiada y escarnecida.

Chicago, con su tragedia de 1886-1887, con sus horcas malditas y con sus brutales sanciones jurídicas, inaugura un nuevo período en la historia de las represiones y de las violencias gubernativas. El cinismo democrático, la ficción liberal de la burguesía que hizo suya la declaración de los derechos del hombre, se ponen en descubierto en el proceso que la plutocracia yanqui inicia a las ideas libertarias. Y el tribunal inquisidor, al mandar a la horca a los hombres que habían cometido el grave delito de pensar y de defender la causa de los humildes y de los sufrientes, marca la pauta a esa concepción jurídica del capitalismo, aplicada a la represión de los delitos sociales...

Los Estados Unidos siguen fieles a la jurisprudencia sentada por el tribunal de Chicago en 1887, y la plutocracia se ha servido de aquel ejemplo para ponerse al abrigo de las agitaciones populares, persiguiendo encarnizadamente a los idealistas y reprimiendo a sangre y fuego todo movimiento vindicador.

El 1° de Mayo mantiene su valor humano como día de protesta uni-

versal, no tanto por los sucesos que determinaron su conmemoración por la clase trabajadora, como por los acontecimientos que precedieron al episodio de 1886-87 y los martirologios que se fueron agregando a aquel bárbaro holocausto de sangre humana. Y se comprende que nosotros, fieles al simbolismo de esa tragedia, nos empeñemos en conservar su carácter de día de protesta al 1° de Mayo, ya que para los socialistas las horcas de Chicago son un motivo de holgorio y un pretexto para organizar mascaradas.

Chicago es el símbolo de la protesta del pueblo contra los crímenes del poder y las bárbaras expropiaciones del capitalismo. ¿Cómo puede ser llamada "fiesta del trabajo", esa fecha que recuerda el asesinato legal de cinco trabajadores? ¡Ah, qué simbolismo encontrarán en las horcas los merecedores del ideal, los puercos que se refocilan en la sangre de centenares de víctimas inmoladas en holocausto al Moloch capitalista!

Nosotros sólo podemos ver en el 1° de Mayo un motivo de protesta contra las castas poseedoras y dominantes. Y si esa fecha trágica pierde su significado y se convierte en una nueva fiesta incorporada al calendario; si la burguesía acuerda voluntariamente ese día de asueto a los trabajadores, y los políticos convierten en mascarada grotesca lo que debiera reflejar el dolor y la indignación del proletariado, entonces será menester que los anarquistas rompan con la tradición y se opongan a esa saturnal vergonzosa y degradante.

Conservemos, pues, el símbolo en toda su pureza. De lo contrario rompámoslo, ya que al perder su significado se convierte en un motivo de grosero fetichismo y de denigrante superchería. La tragedia de Chicago debe ser recordada dignamente por los verdaderos revolucionarios. Y el silencio será la protesta más elocuente cuando ese día de dolor sirva únicamente para que las mascaradas de harapientos recorran las calles en una impúdica exhibición de todas sus miserias y de todas sus lacras morales.

Progresos de LA PROTESTA

El Suplemento Semanal

Justamente el período en que el viejo paladín anarquista tuvo que hacer frente a más obstáculos —la reacción policial por una parte y la claudicación dictatorial de los elementos "intelectuales" más conocidos en nuestra propaganda regional, por otra — señala una época de notables y evidentes progresos. En estos últimos dos años LA PROTESTA amplió su radio de acción considerablemente; ha puesto la piedra angular de un aparato de propaganda anárquica en la Argentina

de que disponen pocos países en esta hora. Si cada cual cumpliera en el campo de sus actividades lo que LA PROTESTA cumple en el terreno de la propaganda, podríamos tener derecho al más cálido optimismo. En efecto, comencemos por mencionar uno de los progresos innegables: el SUPLEMENTO SEMANAL. Nació en un instante de prueba; el diario debía dedicarse con especialidad a los problemas del día, a la lucha cotidiana, y esta exclusión de sus columnas, o no dejaba el espacio suficiente, a los problemas de

la doctrina y de la cultura revolucionaria. El Suplemento llenó una laguna en la labor de LA PROTESTA. En el año y medio que tiene de vida logró imponerse en los círculos anárquicos de América y de Europa, como una de las publicaciones selectas y meritorias; las mejores plumas del anarquismo han venido valorizando desde el comienzo sus páginas; por su intermedio los camaradas de la región han estado al corriente de las palpitaciones de nuestro movimiento teórico internacional; el Suplemento es una publicación que tiene sus modalidades y sus características propias, y hoy que pueden ser apreciados en sus albores, los frutos de su siembra ideológica, no sabríamos abandonarlo; es indispensable a la propaganda anarquista, lo mismo que lo es el diario. Y la mejor demostración de esto la tenemos en el interés con que es solicitado y leído en el ambiente revolucionario. Además el Suplemento comienza a transpasar los límites de nuestro propio movimiento y a invadir un público de lectores cada vez más amplio, lo que, a no dudarlo, redundará en beneficio de nuestros ideales.

LA EDITORIAL

Otro segundo progreso de LA PROTESTA en el curso de este año es la formalización de un plan editorial vastísimo, del cual hasta ahora no pudo ser realizado sino un fragmento insignificante, por el que no se podrá apreciar justamente nuestro pensamiento en esta dirección. El Suplemento necesitó sólo un año para arraigarse en la vida y adquirir la consistencia y la vitalidad necesarias para mantenerse a la altura de su misión. La laguna editorial de nuestra propaganda, que nos hemos propuesto llenar a toda costa, necesitará un período más largo antes de quedar colmada. Tenemos la pretensión de convertir a Buenos Aires en el centro editor de la literatura anarquista de habla española; queremos conquistar por medio del libro y del folleto el espíritu de los trabajadores de América; las publicaciones de nuestra editorial irán poco a poco penetrando en las masas proletarias de habla española, como mensajeros de la anarquía. En este sentido no tememos que los grandes obstáculos que se nos han de presentar sean insuperables. El año escaso de experiencia editorial que tenemos, nos autoriza a prever que los esfuerzos que empleemos en la difusión de las obras nuevas o de los libros desconocidos de la bibliografía anarquista, serán recompensados tarde o temprano con frutos indestructibles. Si LA PROTESTA es un órgano de combate y el SUPLEMENTO una tribuna de doctrina, la EDITORIAL es un instrumento insustituible para la elevación moral e intelectual de los trabajadores revolucionarios. Aparte de la edición de los nuevos libros de Sebastián Faure, de algunas reimpresiones importantes como el libro de Lombroso contra los anarquistas y la refutación de Mella, y de la serie de folletos de actualidad, la EDITORIAL LA PROTESTA no hizo en su primer año de vi-

da más que proyectar su camino para el futuro. Y es la grandiosidad del porvenir que está reservado al complemento editorial de nuestra propaganda, lo que nos entusiasma y lo que redobla nuestras energías. La primera labor verdaderamente indispensable de nuestra Editorial será la publicación de las obras completas de Bakunin, una colección de los trabajos más importantes en francés, en ruso, en italiano y en alemán del gran anarquista revolucionario. En segundo lugar iniciaremos con un libro de Nettlau sobre Malatesta una preciosa colección biográfica de pensadores y propagandistas del anarquismo, escritas en su mayor parte por nuestro cargo por los escritores anarquistas más capacitados. Y paralelamente haremos todo lo posible por dar a conocer las nuevas producciones del pensamiento revolucionario mundial.

LAS NUEVAS MAQUINAS

A medida que eran ampliadas las facetas de la propaganda de este diario, que más que un simple diario, es una institución regional de los anarquistas destinada a llenar una misión esencial en la vida revolucionaria, surgían apremiantes las dificultades materiales de los instrumentos imperfectos. Fue necesario reponer las máquinas, renovar tipos, enriquecer en general los talleres que debían ser la base firme de los proyectados desenvolvimientos. Y esto se hizo en el período álgido de la lucha contra LA PROTESTA, en la época más furiosa del odio de los renegados, cuando en medio de una desorientación general, hemos quedado casi solos aferrados al pendón de nuestra intransigencia. Consideramos esto como un doble triunfo: un triunfo material que facilita el desarrollo de la propaganda y un triunfo moral por lo que hemos contribuido a mantener en alto los principios del anarquismo. El mejoramiento de los talleres no ha terminado; aún queda mucho que hacer, como queda mucho por hacer en cada rama de la actividad en que estamos empeñados. Pero los progresos son innegables. Y esos progresos revelan dos cosas indiscutibles: que cumplimos, en la medida de nuestras fuerzas, con nuestro deber y que los anarquistas de la región Argentina siguen estando en íntima solidaridad con su viejo vocero.

Confiamos en poder enumerar el año próximo otra nueva serie de progresos tan fuera de duda como los que tenemos el placer y el orgullo de mencionar este año.

"Mi Comunismo"

No debe faltar en

ninguna biblioteca

Es la primera edición en castellano; consta de 440 págs.

Precio \$ 2

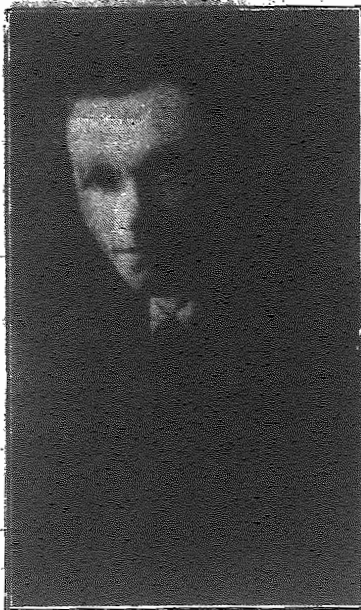
Kurt G. Wilckens

Lo mismo que hay cerebros excepcionalmente dotados que logran recoger, interpretar y formular el pensamiento y las aspiraciones vagas, — las nebulosas mentales, — de una comunidad, de un país o del mundo entero, hay también corazones que saben concentrar un sentimiento colectivo, que sienten con una fuerza extraordinaria lo que las grandes masas experimentan solo de un modo indefinido o débil. En el primer caso, los pueblos admiran al pensador, a la encarnación de sus inquietudes mentales, y en el segundo encuentran la expresión del heroísmo dormido en su propio corazón.

Kurt G. Wilckens es un hombre dotado de una sensibilidad cristiana ante el mal y la injusticia. En su alma repercute el dolor ageno con un vigor y una intensidad no comunes en la mayoría de los seres humanos. Si los cerebros geniales no abundan en cada país y en cada época, los corazones como el de Wilckens son igualmente raros. Y si los primeros necesitan el estímulo de un medio ambiente apropiado, también los segundos suponen un medio favorable a su desarrollo. Los genios, del cerebro o del corazón, quizás no sean otra cosa que simples instrumentos del ambiente circundante. Pero hablemos de Wilckens. Su vida en Alemania, en Estados Unidos, en la Argentina era un perpetuo calvario. En la misma proporción que es insensible a sus propias privaciones y a sus propios dolores, es sensible al sufrimiento ageno. En todas partes donde estuvo dejó un rastro de bondad, de desinterés, de abnegación y de altruismo. Todos los que le conocieron admiraron su grandeza de espíritu, su nobleza y su diaphanidad; su sensibilidad recuerda la de Luisa Michel o la de esos héroes semiliterarios y semi-reales del anarquismo militante de hace medio siglo. Enemigo absoluto de las exhibiciones, su labor de propagandista sin embargo se hace sentir doquiera que actúe; predica más con el corazón que con la mente; no obstante, su cultura sociológica no deja nada que desear; sus conocimientos están muy por encima de los que un obrero manual puede adquirir; y es que Wilckens, hombre de una pureza de costumbres y de una sencillez de vida evangélicas, ha dedicado siempre las horas que le dejó libre el trabajo a la lectura y al estudio. En Wilckens hubo siempre una disposición notable para el sacrificio. Sus convicciones anarquistas no reposan en el fanatismo, sino ante todo en su sensibilidad de proletario y de miembro de una clase explotada y oprimida. Fué su corazón el que nutrió de ideas a su cerebro.

Cuando se desarrollaba la tragedia patagónica, Wilckens sufría lo indecible; seguía con marcado interés las noticias de los progresos de la reacción dirigida por el Tte. coronel Varela; de haber sido posible hubiese corrido a Rio Gallegos o a

Paso Ibañez para hacerse matar con los "bandidos del sur". Luego volvió como la policía de Buenos Aires sofofaba sistemáticamente todos los intentos de proclamar nuestra solidaridad con los obreros masacrados criminalmente en el sur. No es extraño que naciese en él en esos momentos, la idea de recurrir a un medio extremo para exteriorizar sus sentimientos, porque esas ideas son



perfectamente lógicas y espontáneas en tales condiciones; surgen en todo ser humano que se ve oprimido y comprende su impotencia para libertarse; pero no todos poseen el valor y el espíritu de sacrificio necesarios para que el pensamiento se convierta en acción, o no todos sienten la injusticia y la arbitrariedad tan intensamente como para ofrecer la vida en holocausto a una debida reparación. Millares y millares de trabajadores de la Argentina tuvieron el mismo pensamiento de Wilckens; no puede negarse; pero faltó en ellos la decisión, el valor o la intensidad del sentimiento de la tragedia patagónica. Wilckens fué como el condensador de la indignación colectiva causada por los crímenes de las tropas nacionales mandadas por el Tte. coronel Varela. Y ha escrito él solo en la historia de la revolución una página que debió ser llenada por la acción colectiva de los trabajadores.

El nuevo Radowitzky no debe ser olvidado nunca; además de un anarquista consciente, de un hombre moralmente superior, es el vengador de centenares de víctimas de la tiranía capitalista, y se sacrificó por todos nosotros, llevando al terreno de los hechos el pensamiento que sofofó en los demás la cobardía.

D. A. de S.

Berlin, marzo de 1923.

UN PRIMERO DE MAYO EN GRECIA

El anarquismo histórico empieza en Saint-Imier?

Llamamos aquí histórico no solamente al período que comprende nuestra edad contemporánea sino también a los que le precedieron y que abarcan la historia de la humanidad, en sus etapas o divisiones arbitrarias, conocidas además con los nombres de edades moderna, media y antigua, para expresarnos en sentido descendente.

Si circunscribimos la vida del anarquismo a nuestra edad contemporánea, podrán reconocerse cincuenta años de existencia definida y concreta, pero este hecho y esta circunstancia no impiden ni anulan tampoco, la posibilidad de que, en otras épocas de la historia humana, el anarquismo haya tenido su razón de ser y su lógica existencia, actuando en el seno de las sociedades con su característica propia del tiempo y de las generaciones que fueron, mucho antes de nosotros.

Si extendemos nuestra mirada por las anchas páginas de la historia vemos que ella se caracteriza por una superposición de círculos, por un avance y destrucción de civilizaciones anulándose unas a otras a través del tiempo.

Empezando por la civilización griega, cuyo contenido espiritual tuvo efectos tan saludables para el progreso y evolución de la humanidad, vemos que ella se singularizó por una yuxtaposición de su ética, de su ciencia y de su arte, sobre los demás tipos de civilizaciones que habían florecido en Oriente para ser, más tarde, absorbida ella también por la Roma antigua, la que destruyó e incorporó a sus elementos lo que por espacio de muchos siglos fuera patrimonio exclusivo de los helenos.

Pero digamos aquí que si estos períodos de superposiciones, o incorporaciones históricas de una civilización por otra, dejaban subsistir parte de sus valores intrínsecos, estableciéndose de hecho ciertas conexiones con el pasado muerto y el presente triunfante, no ocurrió ello así a principios de la edad media, cuando la destrucción de la civilización de los pueblos del Lacio, barrida totalmente del orbe por la ululante invasión de los llamados bárbaros del norte.

Si Grecia y Roma en su florecimiento, incorporan a su seno el espíritu sabio de los pueblos precedentes, los bárbaros rompen con esta tradición e imponen por todas partes las normas de su ley, sus costumbres, su religión e idioma. Nada de cuanto habíale precedido interesa al bárbaro. Para éste, todo cuanto no rezaba con sus costumbres, sus formas estructuradas de vida, fundadas en el individualismo y en la federación tribal, le era odioso.

Nada quería el bárbaro del romano que le había precedido en la historia y por esto se comprende el furor destructivo de aquellos vándalos que impusieron a los pueblos de Occidente el tipo de su organización por espacio de tantos siglos.

¿Qué podía quedar, pues, del pasado a través de aquel vendaval, de aquel huracán de fuerzas destructivas que azolaron el mundo conocido sino un triste y menguado espíritu greco-romano que los monjes de aquellos tiempos, refugiados en los monasterios o en las grutas de anacoretas y salvados milagrosamente del bárbaro, se complacieron en legar a la posteridad?

¿Podemos creer, nosotros, que el pensamiento heleno, tan rico y variado en todas las manifestaciones del saber, no contenía, en sus amplias concepciones, una idea de igualdad y de reivindicaciones populares similar a la nuestra y conformada, como es, natural, por las circunstancias de su época?

¿Acaso no nos deja nada las luchas de clase habidas allí, como en todas partes entre pobres y ricos, entre amos y esclavos?

Y qué decir del pensamiento llamado sofista que en alguna de sus expresiones generales es de esencia eminentemente destructor de cuantos conceptos sintetizaban los prejuicios de casta, de religión, de la ley y del propio Estado?

Sin la invasión de los bárbaros, que aventaron todo cuanto en el mundo les había precedido, creemos nosotros, con bastante fundamento, que entre el acervo común de las civilizaciones nombradas se hallarían las pruebas fehacientes de una concepción igualitaria propia de los pueblos griego y romano dado que así nos inducen a creer ciertas reminiscencias y elocuentes hechos históricos que tienen para nosotros un valor de convicción.

Departiendo un día sobre estos problemas con Alberto Lillo, aquel maestro anarquista, de quien hicimos mención en otra oportuna circunstancia, y que tanta influencia ejerció en el alma de una generación idealista, leyónos amorosamente la siguiente narración que, sin yo saber cómo, hallé entre mis viejos papeles. Dice así:

UN PRIMERO DE MAYO EN GRECIA

Era en tiempos de Pericles, de aquella dictadura ilustrada, cinco siglos antes de Jesucristo, cuando en el pueblo heleno florecían las más bellas y grandes concepciones hijas del pensamiento de la humanidad, que tuvo lugar en Grecia la primera huelga general, la primera paralización colectiva del trabajo, por táctica y omnimoda voluntad de los artesanos atenienses que, en un día de antemano señalado, hicieron abandono del trabajo para anunciar, ante el despotismo aristocrático, la era de redención social y la manumisión de los esclavos sujetos a la tiranía oprobiosa de los amos.

Los días que precedieron a la protesta del trabajo todo era misterio e interrogación entre los habitantes de Atenas.

Las organizaciones obreras de artesanos, de albañiles, zapateros, sastres, picapedreros, alfareros, pintores en cerámica y gentes de mar, sobresalían en actividad entre la colmena de parias, entre los ciudadanos asalariados, no sujetos a la vil e infame esclavitud.

—¡Salud, camaradas! — decía Geti, un joven de rostro simpático, entrando en una escuela de la calle de Los Huertos, en la baja ciudad ateniense, dirigiéndose a varios compañeros que hablaban entre sí.

—¡Salud, oh Geti! — dijeron todos. ¿Qué nuevas traes?

Y haciéndole un hueco en la mesa, en torno de la cual se hallaban sentados, miraron los interlocutores al camarada recién llegado.

—¡Muy buenas traigo, amigos!

Vengo de recorrer los gremios de la ciudad y puedo aseguráros que mañana será un gran día para los hijos de Atenas, para los esclavos y los explotados por esa aristocracia corrompida que oprime ignominiosamente al pueblo ateniense. El entusiasmo que reina entre los camaradas es por todas partes indescriptible.

En el Tesseo, en los alrededores del Partenon, del Teatro de Baco y en los barrios extremos la gente se pregunta qué irá a ocurrir mañana si los obreros abandonando sus tareas se cruzan para siempre de brazos y se niegan a producir para los señores aristócratas de Atenas.

Estuve también en el Pórtico, y allí estaba Sócrates con sus discípulos, Fedón y Apolodoro, asegurándonos que la bella Aspasia, había aconsejado a Pericles que no prohibiera la manifestación del trabajo de mañana porque el pueblo podía estar en cólera y traer días de sangre y luto a la ciudad.

Ya veis, pues, que nada se opone a nuestros designios, y todo nos hace presagiar que mañana será el día más grande y glorioso del pueblo ateniense, por cuanto tendremos ocasión de demostrar a nuestros tiranos la fuerza poderosa de los trabajadores de esta tan bella como ingrata ciudad. Y dirigiéndose a uno del grupo dijo:

—Ya sabes, Lauro, cuando el sol rasponga el horizonte, dirige tu barca hacia la isla Cubes, allí donde Hermodoro y Aristogiton juraron matar a los tiranos Hiparco e Hípias, y acabar con la dicta-

dura de los Pisistrátidas. Allí, al amparo de sus inmortales sombras, se reunirán los delegados de los gremios para convenir el modo de evitar toda sorpresa, toda infame agresión de los guardianes de Pericles, este amigo simulado del pueblo, que se está eternizando en el poder, y que ha embellecido la ciudad de Atenas a expensas del hambre de los trabajadores y de los sufrimientos sin fin de los esclavos.

El día siguiente, el día señalado por el proletariado ateniense, para efectuar la manifestación, el sol del levante, asomando por el horizonte, bañó de luz policroma la ciudad del Pireo produciendo en el corazón de los trabajadores inmenso optimismo al ver como la naturaleza iba asociándose ya, con sus hermosos dones y sus invictas gracias, a la manifestación del trabajo que pronto iba a realzar un pueblo lleno de vitalidad, renébrase de idealismo. Pueblo que guardaba en su seno a aquellos hombres que más tarde debían dar al mundo normas eternas de belleza y de pensamiento pero que, esto no obstante, dejaba subsistir en sus entrañas el mal odioso de la tiranía política y de la esclavitud económica mantenidas por los ricos en detrimento de los pobres.

A la hora convenida, la manifestación obrera partió de la gran plaza del Agora, punto de concentración de las fuerzas trabajadoras. El orden de los manifestantes era el siguiente:

Encabezando la manifestación iba el gremio de los obreros del mar a cuyo frente llevaban enhiesta una bandera negra, con fondo rojo, en donde se veía primorosamente bordado, un tridente de cuyos extremos, quebrándose como un sol, emergían estas tres palabras: libertad, igualdad y fraternidad.

Seguían, en orden de colocación, los gremios de albañiles, picapedreros, escultores, alfareros, pintores en cerámica, zapateros, sastres y alpagateros, cerrando la manifestación el gremio de las bataneras, pues los obreros atenienses no tenían por costumbre hacerse preceder de las mujeres porque decían que éstas, aún cuando fueran muy vehementes en los actos del amor, no servían para los trances de apuro, por ser fácilmente espantables, muy chillonas y de ninguna eficacia para los actos de épica heroicidad.

Al partir la manifestación un dulce y melodioso himno a la libertad y al trabajo resonó en el espacio, acompañado por la música armónica de las flautas, tañidas por cien hermosos mancebos del pueblo.

¡Qué grata emoción y qué embriaguez de alma más grande se posesionó pronto de los manifestantes al sentir palpitante en la atmósfera aquel himno de la libertad, de ritmo y de gracia!

El pueblo ateniense, que ante todo era un pueblo de profundo sentido estético, no pudo contener su inenarrable emoción al paso de los trabajadores, y al grito de: ¡Evohé, Evohé!! arrojaba a los manifestantes toda clase de flores; rosas, jazmines, mirto y ramas de olivo y laurel.

Al salir de la plaza del Agora la manifestación siguió hacia Levante, pasando junto al Teatro de Baco y el templo de Neptuno. De allí, encaminándose hacia el Pireo y tomando por una calle suntuosa y aristocrática, desembocó en el Pórtico, al pie del Areópago, en donde Sócrates y sus discípulos aguardaban el paso de la manifestación para incorporarse a ella.

Dejando a su derecha el Asta, los manifestantes siguieron hacia el templo de Teseo, y, volviéndose al Levante, se dirigieron a la Acrópolis desde cuyas gradas los oradores dirigieron la palabra al pueblo.

El primero en hablar fué el joven Geti que vimos el día anterior en la escuela de la calle de Los Huertos. Desde lo alto de la escalinata de aquel magnífico edificio, Geti habló así:

¡Pueblo ateniense! Nos hallamos reunidos aquí por vez primera, en esta cita por el triunfo de la libertad y el derecho.

Esta hermosa civilización de la cual tanto se vanaglorian los ricos aristócratas de esta ciudad ha sido forjada con la mente y el músculo del pueblo obrero. Las bellas inteligencias que el déspota ilustrado se complacía en atraer hacia sí son hijas legítimas de nosotros como somos también las manos callosas de mil artífices que han tallado los mármoles

y las estatuas que harán inmortal esta ciudad.

Los frisos del Partenon, la belleza sin igual de esta Acrópolis, como asimismo las murallas del Pireo, son obra de nosotros.

Las naves que cruzan los mares y que llevan a todos los ámbitos del mundo conocido los destellos de nuestra civilización, son obra nuestra como lo es también cuanto constituye el rico patrimonio de Atenas inmortal.

Queremos, en este día memorable para nosotros, dejar sentado este fundamental principio. Los trabajadores atenienses no quieren continuar por más tiempo víctimas de la explotación y reivindican para ellos, sus mujeres y su hijos, el derecho de disponer libremente del producto de su labor.

Queremos la abolición completa de la esclavitud y que en Atenas no haya más ley ni más principio que la ley y el principio de la libertad, igualdad y fraternidad.

Todos los hombres somos iguales ante la naturaleza y queremos que este principio sea aplicado en el orden social. El trabajo es un don de las Musas y todos deben participar de él por igual. Queremos, pues, que los ricos, los ociosos y los vagos, trabajen, que se dignifiquen por su función de útiles productores, contribuyendo así al acervo común, en vez de corromperse en orgías disenfrenadas, como hace nuestro déspota ilustrado con su concubina Aspasia.

Tenemos que reprochar a los ricos y a los pequeños propietarios, que son muchos en nuestra ciudad, el haberse substraído con mil tretas y violencias, a los deberes que todo ciudadano tiene de trabajar para el bien común.

No es posible que nosotros, que producimos la riqueza ateniense, carezcamos de lo más elemental. Que los ricos y aristócratas se alimenten con sopa de tortuga, ostras, salchichas, sesos rellenos, tortas, mirlos, pichones, pollo asado, uvas, tortas con miel y vino de Chipre mientras el pueblo tiene que alimentarse con pescado seco, aceitunas y algarrobas como si fuéramos animales.

De nada nos sirve y para nada queremos esa belleza monumental de nuestra ciudad si ella tiene que sostenerse en cambio de nuestros estómagos vacíos.

No queremos tampoco que los dones del teatro sean una merced, un favor dispensado al pueblo por ese entronizado Pericles que nos tiene hartos de estatuas tanto como hambrientos de pan. Queremos vivir integralmente, con alma y espíritu, pero también alimentándonos de pan, indispensable al vigor y a la salud.

¿De qué sirve dar al mundo los frutos más bellos que hayan producido, hasta hoy, las civilizaciones si ellos tienen que ser amargados por el acibar de la injusticia, la tiranía, la explotación y la esclavitud?

¿Qué dirán de nosotros las civilizaciones del porvenir cuando vean la contradicción de nuestra vida, la fealdad horrible de nuestra esclavitud tan inhumana como innecesaria?

¡Pueblo de Atenas! Ya ha llegado el momento de las grandes decisiones, de las actitudes heroicas y de los gestos inmortales. ¡Basta ya de tiranía! ¡Basta ya de esclavitud! ¡Abajo los privilegios y muera el Estado!

Y con voz estentórea, que hizo vibrar de emoción a la multitud silente, terminó su discurso con un viva formidable a la Anarquía que fué coreado colectivamente con la rapidez y estridencia del trueno.

Otros oradores siguieron al primero en el uso de la palabra expresándose en idénticos o parecidos términos.

Terminado el acto los cien mancebos volvieron a tañer sus flautas, y, a los acordes melodiosos de la música y el canto, los obreros atenienses se fueron diseminando por la ciudad palpitante aquel día de emoción, de ritmo y de alegría, pero también de terror y de espanto.

Enrique Cido



TENTACIÓN

De los Archivos de la vieja asociación internacional de los trabajadores Sección de la Banda del Matese

Después de la derrota de la tentativa de propaganda por el hecho en Benevento fueron detenidos en las pendientes del monte Matese la mayor parte de los miembros de la expedición insurreccional y encerrados en las prisiones de Santa María Capua Vetere. En la cárcel los bravos revolucionarios no se desinteresaban de los sucesos del movimiento internacionalista, los seguían con atención y procuraban continuar su labor desde el encierro. En la víspera del Congreso Socialista universal de Gante, Bélgica, se les ocurrió constituirse en sección de la Internacional y enviar una credencial a Andrea Costa para que los representara en dicho congreso.

He aquí el contenido de la credencial mencionada:

"A Andrea Costa, Berna.

"Después que las circunstancias que sin duda te son conocidas vinieron a impedir la lucha que hemos querido provocar, hemos tratado de continuar desde el fondo de nuestra prisión la propaganda por la palabra y la pluma, esperando el momento en que nos sea posible reiniciar la mucho más eficaz de los hechos.

"Cada vez que logramos burlar la vigilancia de nuestros guardianes, intentamos participar en la vida socialista; y es así como hoy, al anunciarte nuestra constitución en sección de la Internacional, te damos el mandato para que nos

representes en el próximo congreso socialista universal y sostengas en nuestro nombre las ideas expresadas por el último congreso de la Federación italiana y defendidas por los delegados de esta Federación en el congreso de Berna.

"Creemos inútil desenvolver nuestras ideas relativas a las cuestiones que están a la orden del día, así como sobre la actitud de la Internacional referente al congreso y a la nueva organización que podría surgir, porque tú las conoces y podrías interpretarlas.

"En el caso en que no puedas encargarte tú mismo de la presente credencial, te autorizamos a entregarla a otra persona de confianza.

"Salud y solidaridad.

"Prisiones de Santa María de Capua Vetere, 20 de agosto de 1877

"Por la Sección de la Banda de Matese:

Bianchi Alamiro, Papini Napoleone, Errico Malatesta, P. C. Cerarelli, Guglielmo Sbigoli, Carlo Cafiero, Facchini Ariodante, Rubleff A., D. Cecarelli, Bianchi Giovanni, Bannati Giuseppe, Castei Luigi, Poggi Domenico, Ginnasi Francesco, Bezzi Domenico, Cornacchia Antonio, Volpini Giuseppe, Carlo Pallota, Buscarini Sisto, Gualandi Carlo, Cellari Sante, Lazzari Angelo, Conti Ugo, Lazzari Alberto, Antonio Starpari.

Consideraciones del momento

La guerra de 1914-1918 y la revolución rusa marcaron el comienzo de un nuevo período histórico: el período de la descomposición del mundo capitalista. Las viejas instituciones de la violencia autoritaria y la explotación del hombre por el hombre no han podido disimular más tiempo sus contradicciones y sus debilidades; la burguesía y su cohorte de injusticias sociales y sus ideas morales y políticas han llegado a la meta de su destino y han entrado en la fase de su agonía. Vivimos en una encrucijada de la historia, en el parto doloroso de una nueva sociedad, de un sistema nuevo de vida y de relaciones. El pasado sabemos perfectamente lo que es; sabemos lo que significa la persistencia de la clase dominante y deseamos a toda costa quemar las naves de un regreso posible; el futuro se nos presenta indistinto, vago, como envuelto en una densa nebulosa; pero el porvenir es el misterio, tiene la atracción de lo desconocido y de lo nuevo y no está mancillado por las tristes experiencias de un pasado de servidumbre y de un presente de iniquidades. No sabemos en qué realidades quedarán plasmados nuestros sueños, ignoramos lo que nos reserva el mañana; pero odiamos el pasado, aborrecemos la sociedad capitalista y estatal que se descompone y que muere y nos disponemos a correr el riesgo de la libertad, consados de vivir sometidos a las seguridades de la existencia en los carriles autoritarios, es decir en las rutas que no hemos abierto nosotros mismos, con nuestros brazos, ni con nuestro cerebro y nuestro corazón.

La fase histórica en que la humanidad se encuentra no puede ser limitada en el tiempo por nuestras previsiones; pero hay derecho a establecer que los derrumbamientos catastróficos son productos de la imaginación; un nuevo mundo no se construye en un corto período de años, ni cae deshecho e impotente en un instante un edificio social que ha necesitado siglos para erigirse y fortificarse. Para nuestra impaciencia una decena de años es mucho; para la historia, medio siglo o cien años son cifras de un valor relativo. Recuérdese cuantos siglos necesitó la revolución cristiana para difundirse y cristalizar; recuérdese que la época florida del Renacimiento no abarca menos de siglo y medio; recuérdese que la revolución francesa produjo un movimiento histórico no inferior en duración a una centuria. Y si en los tiempos modernos la elaboración de las ideas y su difusión y sus frutos requieren infinitamente menos años que en el pasado, no por eso debemos pretender que la descomposición del capitalismo, cuya fase activa no alcanza aún a una decena de años, se verifique con una rapidez proporcional a nuestra impaciencia y a nuestros deseos.

Vivimos en plena revolución. Un período revolucionario no solamente es aquel que se caracteriza por agitaciones subversivas, por motines y barricadas; un período revolucionario implica tanto los triunfos como las derrotas de las fuerzas propulsoras del porvenir; un período revolucionario puede caracterizarse también por la calma reflexiva; entraña fases de derroche de energías y días de abatimiento; no es de ningún modo uniforme. Y esto hay que tenerlo en cuenta, pues nos equivocáramos al querer juzgar un fenómeno pasajero, un aspecto transitorio como una característica inherente a una época.

Momentáneamente, por ejemplo, el proletariado internacional da una impresión de irritante pasividad. Nada le conmueve; ni el triunfo aparente y brutal de una reacción despiadada en todos los países, ni el retroceso de las condiciones de su vida hasta un nivel de desesperación y de cruda miseria. Un observador precipitado concluiría fácilmente en vista de la indiferencia de los trabajadores del mundo y del progreso del fascismo reaccionario de todos los colores, que el período histórico desencadenado por la guerra y la revolución rusa ha pasado ya

y que sus frutos son más bien frutos de desastre que frutos de la cosecha espléndida que pensábamos recoger. Sin embargo las puertas del porvenir permanecen abiertas de par en par y el desenvolvimiento de la revolución sigue ininterrumpidamente su curso. Las mismas modalidades de la reacción internacional indican que la agonía de la sociedad estatal y capitalista no ha cesado.

Los pueblos, como los individuos, se cansan, se fatigan en la brega cotidiana. A un largo período de agitación y de desgaste de fuerzas sigue fisiológicamente un período correspondiente de enervamiento, de necesidad de reposo. La volun-

zas físicas y mentales prodigadas en dos lustros de agitación, de expectativa y de lucha; y teniendo esto en cuenta no podrá extrañarnos este impase desesperante del período que atravesamos. Si, las colectividades, como los individuos, se cansan, se extienden, necesitan reponer los desgastes del tesoro de sus energías. Cuando hablamos de la riqueza infinita de la emotividad y del vigor de la acción de las masas populares, lo hacemos metafóricamente. Todo tiene un límite, y las fuerzas almacenadas en el corazón y en los músculos de un pueblo, no hacen excepción a la regla.

Sepamos apreciar la significación de la indiferencia momentánea en que vemos postrado al proletariado internacional. El período de la revolución no ha pasado; la civilización burguesa sigue en el trecho de su decadencia y de su agonía; los trabajadores no han depuesto las armas;

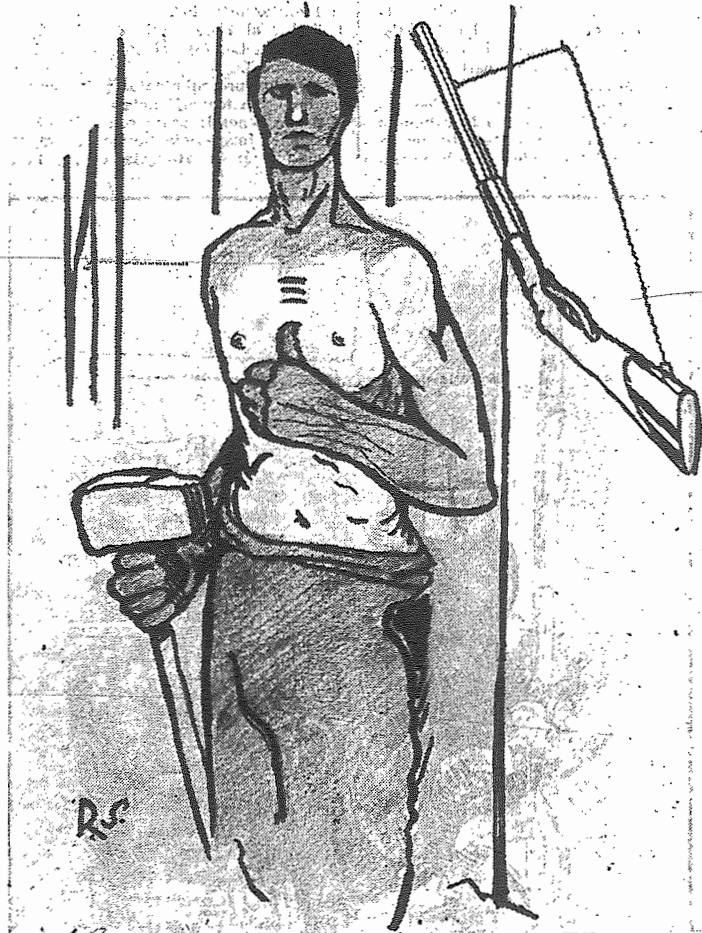
propicio para apelar en el sentido de la revolución inmediata; predicáramos en desierto. Además, sentimos la necesidad de llevar en la mente un bagaje más sólido y más amplio de doctrina. Hace, unos años hubiéramos clamado en el vacío al llamar la atención sobre la elevación del nivel cultural del proletariado revolucionario. El espíritu colectivo nos incitaba incostrastable a intentarlo todo para entrar en la acción decisiva. De acuerdo a la terminología militar, hemos sufrido una derrota; — el camino de la revolución se compone tanto de derrotas como de victorias y los triunfos para nosotros son todos los actos del pueblo en que se obtiene una conquista revolucionaria o una lección. Las colectividades han vivido en estos últimos diez años más intensamente que nunca; han recogido un cúmulo de preciosas experiencias. Y este período de reposo natural es necesario para elaborar estas experiencias, convertirlas en ideas y en normas de acción y acrecentar el caudal ideológico revolucionario. Si esto se realiza, si este proceso es real, si sabemos estimularlo y vitalizarlo, haremos tanto por la revolución como creíamos hacer en el breve período de la rebelión callejera que caracterizó los primeros años de la revolución rusa.

Nuestra tarea del momento, en concordancia con el espíritu del ambiente, es esencialmente de propaganda. Es en el desarrollo de la propaganda donde debemos de saber esperar días mejores. Hemos hablado más de un lustro con insistencia a los sentimientos de rebeldía y ahora necesitamos dirigirnos a la razón humana, a la reflexión. El período de calma y de pasividad aparente que tenemos ante nosotros debe ser superado por la eficiencia del raciocinio, por el aprovechamiento de las experiencias almacenadas, por el enriquecimiento de la mentalidad revolucionaria. La impresión de que hemos entrado en una fase transitoria de reposo es general y es general también el deseo de armonizar nuestro modo de obrar con ella. Para algunos camaradas el problema del momento es la organización; y en consecuencia nace el ansia de englobar a instituciones formales a todos los que simpatizan o son susceptibles de simpatías con la revolución y miden el progreso por el número de afiliados a las respectivas organizaciones anarquistas o sindicalistas. Nosotros no somos de ningún modo adeptos de la superstición organizadora, tenemos la seguridad de que no serán nuestras organizaciones las que harán exclusivamente la revolución y confiamos en la conciencia de los hombres individual y colectivamente considerados, por lo cual ciframos más el triunfo de nuestras ideas en la eficacia de su acción sobre la mentalidad de los hombres que en la disciplina y en los reglamentos de una organización, y estimamos que la organización debe ser un resultado natural de la cooperación de las fuerzas afines y no un principio regulador del movimiento general. En este trecho del camino en que nos es forzoso el descanso y la reflexión, nuestro deber está en officiar de sembradores de ideales, en arrojar a los cuatro vientos la buena semilla, en la seguridad de que los frutos no se harán esperar. ¡Confíemos en la propaganda! Pero no midamos el éxito inmediato por el número de los fragmentos desprendidos del bloque de la reacción y a los cuales hemos logrado adjudicar un carnet de sindicalistas o de anarquistas. Nuestra misión de la hora es realizar todos los esfuerzos posibles para elevar el nivel general del caudal ideológico del proletariado revolucionario. El resultado definitivo de una revolución está prefijado en el grado de desarrollo de los que intervienen en ella.

D. Abad de Santillán

Berlín, abril de 1923.

"Remedio Hallado"



Está visto que con solo esto no me adjudicaré lo que me corresponde...
Descargaré el fusil

El triunfo de la reacción es una apariencia que puede engañar solamente a los reaccionarios mismos. Los soldados de la revolución están hoy donde estaban ayer; la cooperación popular que en esta hora les falta no da motivo para encargar el porvenir a través del prisma del pesimismo y de la decepción; las grandes masas volverán a la liza con nuevas fuerzas y nuevas experiencias. Nuestra misión de hoy es saber esperar.

No creemos ni confiamos en la propaganda artificiosa, en la agitación falsa, en los oropeles del movimiento. Nuestra aspiración es dar a cada época lo que la misma época exige. Este momento no es

A VEINUENTE AÑOS DE DISTANCIA

SAINT-IMIER 1872

BERLIN 1922

Precedentes del Congreso de Saint-Imier

La primera Internacional se vió sacudida por dos tendencias irreconciliables, simbolizadas por dos hombres representativos en la historia del movimiento revolucionario; esas dos tendencias eran el federalismo antiautoritario y el centralismo autoritario, y los hombres representativos fueron Bakunin y Marx. Sería ingenuo pretender que las escisiones de la primera Internacional obedecen a simples personalismos, a rivalidades y ambiciones individuales. Si se empleó la calumnia y la difamación no es porque las personalidades fuesen el centro de las divergencias surgidas, sino porque se creyó atacar las ideas en las personas de sus representantes y sus defensores. La primera Internacional fué escindida por los principios contradictorios que se quería armonizar en su seno, en nombre de los intereses de clase de los trabajadores. La coexistencia de un mismo organismo de los autoritarios y de los libertarios no podía menos de provocar las tiranteces y las oposiciones que se manifestaron bien pronto en la Asociación Internacional de los Trabajadores. La fracción bakuninista, compuesta especialmente por las fracciones latinas, llevó hasta el extremo su tolerancia y su deseo de unidad frente a las maniobras de la familia marxista. Pero Marx y compañía rechazaron las generosas intenciones de los antiautoritarios de la Internacional; no quisieron trabajar sobre un plan de igualdad y de solidaridad; pretendían deshacer el movimiento libertario, imponer sus ideas sobre la conquista del poder político por el proletariado, sobre la participación en las actividades electorales, sobre la estructura centralista de la organización, etc. Los agentes de Marx realizaban prodigios para destruir el movimiento revolucionario en España, en Italia, en Suiza, etc.; los Utin en Ginebra, los Mora, Mesa y Lafargue en Madrid y otros instrumentos por el estilo en otros centros de la vida internacionalista, echaban mano a todos los recursos contra los representantes de la tendencia libertaria; las más infames calumnias, las más canchalesas delaciones fueron el arma favorita de los discípulos de Marx; no se atrevían a combatir las ideas y combatían a sus defensores. Bakunin fué el blanco de las iras marxistas, porque su influencia en el movimiento obrero de los países latinos era enorme, y la corriente autoritaria no podía prosperar en ellos en tanto que esa influencia persistiese. La guerra de intrigas e infamias dirigida por Marx y Engels contra Bakunin es proverbial; pero como lo reconoció en la época más álgida de la lucha la Federación española, no se trataba de las personas sino de los principios y era a esto a lo que debía dirigirse el más atento examen.

Entre las objeciones esgrimidas por los marxistas contra los antiautoritarios o anarquistas, hay que mencionar la de que eran utopistas, soñadores, metafísicos. Nuestros camaradas respondían: "No hubo en la Internacional, según nuestro conocimiento, más que un sólo metafísico, un sólo abstractor de quinta esencia: es el autor del libro *Das Kapital*". Bakunin tenía un alto concepto de la capacidad intelectual de Marx, pero, como dice en una carta a Anselmo Lorenzo, eso no constituía una razón para hacerse su ciego instrumento, ni para aceptar su doctrina. Marx no escatimó esfuerzos para aniquilar a sus adversarios naturales, los enemigos de su estatismo y de su autoridad personal. Es así que apareció el libelo *Las pretendidas escisiones en la Internacional, circular privada del Consejo general de la asociación Internacional de los Trabajadores*. Bakunin calificó la serie de calumnias contenidas

en esa parte de la fecunda imaginación de Marx así: "La espada de Damocles con que se nos amenazó tanto tiempo acaba por fin de caer sobre nuestra cabeza. No es propiamente una espada, sino el arma habitual del señor Marx, un montón de basura". Luego fué convocado el Congreso de la Internacional en La Haya, adonde no podrían concurrir las secciones latinas a causa de la distancia. Pero la federación italiana se había ya decidido a romper con el Consejo general de Londres, dominado por Marx. En la conferencia de Rimini se adoptó esta resolución:

"Considerando que la Conferencia de Londres (septiembre de 1871) intentó imponer por su resolución IX a toda la Asociación Internacional de los Trabajadores una doctrina especial, autoritaria, que es propiamente la del partido comunista alemán...:

"Que el Consejo general empleó los medios más indignos, como la calumnia y la mixtificación, con el solo fin de reducir toda la Asociación Internacional

ral y la revisión de los Estatutos generales;

"Que el Consejo general, no sin tener sus motivos, convocó al Congreso general en La Haya, el punto más alejado de estos países revolucionarios;

"Por estas razones,

"La Conferencia declara solemnemente a los trabajadores del mundo entero, que desde este momento la Federación Italiana de la Internacional de los Trabajadores rompe toda solidaridad con el Consejo general de Londres, afirmando la solidaridad económica de todos los trabajadores, y propone a todas las secciones que no comparten los principios autoritarios del Consejo general que envíen sus delegados el 2 de septiembre de 1872, no a La Haya, sino a Neuchâtel en Suiza, para abrir allí el Congreso general antiautoritario".

Del 2 al 7 de septiembre de 1872 se celebró en La Haya el Congreso de la Internacional.

Por los procedimientos más rastrosos se creó una mayoría aplastante adicta al Consejo general; acudieron delegados de secciones imaginarias de Inglaterra, Alemania, Francia, Hungría, etc., y la po-

ción sólida en el Congreso de Saint-Imier, convocado por la Federación italiana.

Los antiautoritarios de la primera Internacional en Saint-Imier

El 15 de septiembre se abrió en el Ayuntamiento de Saint-Imier el Congreso internacional antiautoritario; estaban presentes los siguientes delegados: Aleirini, Farga-Pellicer, Marselau y Morago, por la Federación española; Costa, Caffero, Bakunin, Malatesta, Nabruzzi y Fanelli, por la Federación italiana; Pindy y Camet, delegados de varias secciones de Francia; Lefrancais, de las secciones 3 y 22 de Estados Unidos; Guillaume y Schwitzguébel, por la Federación jurasiana.

Se nombraron varias comisiones para estudiar los puntos de la orden del día y el 16 de septiembre esas comisiones presentaron su informe y las resoluciones propuestas fueron adoptadas sin discusión.

La doctrina de Saint-Imier

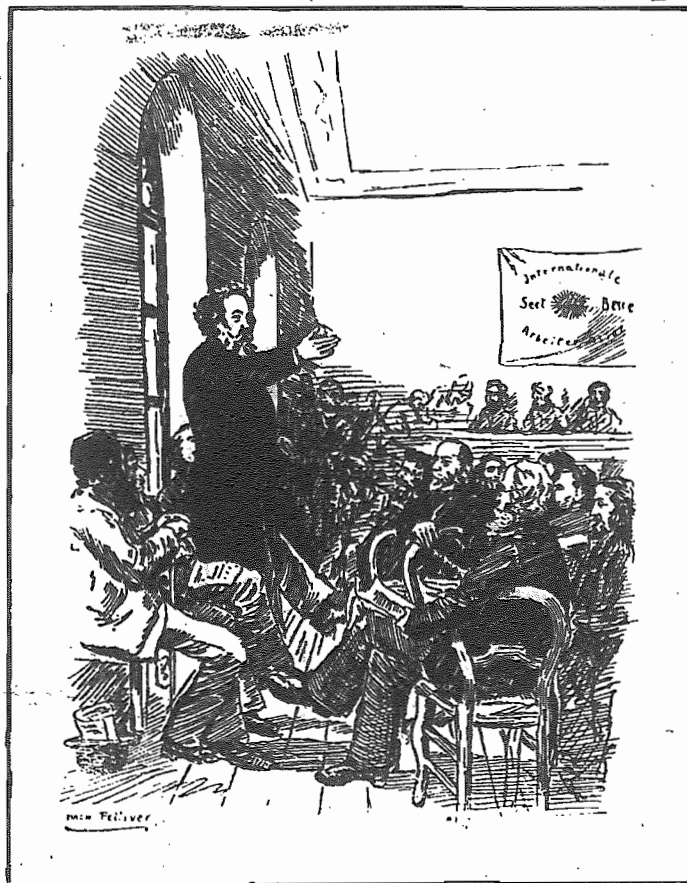
He aquí un párrafo relativo a los Congresos: El Congreso de Saint-Imier "niega en principio el derecho legislativo de todos los congresos, sea generales, sea regionales, no reconociéndoles otra misión que la de poner en presencia las aspiraciones, necesidades e ideas del proletariado de las diferentes localidades o países, a fin de que su armonización y su unificación se opere allí lo más posible; pero en ningún caso la mayoría de un congreso cualquiera podrá imponer sus resoluciones a la minoría".

Y la primera resolución, después de otros sabrosos considerandos, termina así: "El congreso de los delegados de las federaciones española, italiana, jurasiana, americana y francesa, reunido en St. Imier, declara rechazar en absoluto todas las resoluciones del congreso de La Haya, no reconociendo de ningún modo los poderes del nuevo Consejo general nombrado por él; y para salvaguardar sus federaciones respectivas contra las pretensiones gubernamentales de ese Consejo general, tanto como para salvar y fortalecer más la unidad de la Internacional, los delegados han lanzado las bases de un proyecto de pacto de solidaridad entre estas federaciones".

La segunda resolución es el pacto de amistad, de solidaridad y de defensa mutua entre las federaciones libres. En ella se verá que no se consagró la ruptura definitiva, sino que impusieron condiciones para la coexistencia en la Internacional de las dos fracciones. La escisión vino de hecho por la conducta de la tendencia autoritaria. En aquellos tiempos aún creían posible nuestros camaradas cooperar, sobre el terreno de la acción económica del proletariado, con los marxistas en las luchas revolucionarias. Dice la segunda resolución:

"Considerando que la gran unidad de la Internacional está fundada, no sobre la organización artificial y siempre dañosa de un poder centralizador cualquiera, sino sobre la identidad real de los intereses y de las aspiraciones del proletariado de todos los países por una parte, y por otra sobre la federación espontánea y absolutamente libre de las federaciones y de las secciones libres de todos los países;

"Considerando que en el seno de la Internacional hay una tendencia abiertamente manifestada en el congreso de La Haya por el partido autoritario, que es la del comunismo alemán, a sustituir su dominación y el poder de sus jefes, a ese libre desenvolvimiento y a esa organización espontánea y libre del proletariado... etc." La resolución termina con



a la unidad de su doctrina especial comunista autoritaria;

"Que el Consejo general ha coimado la medida de sus indignidades con la *Circular privada*, fechada en Londres el 5 de marzo de 1872, en la cual, prosiguiendo su obra de calumnia y de mixtificación revela toda su pasión de autoridad;

"Que la reacción del Consejo general ha determinado la oposición revolucionaria de los belgas, de los franceses, de los españoles, de los eslavos, de los italianos y de una parte de los suizos, y que se ha propuesto la supresión del Consejo gene-

bre minoría compuesta por los españoles, los suizos jurasianos y los belgas fué naturalmente sofocada. Por el crimen de pertenecer a la Alianza democrática-socialista, cuya existencia no pudo ser probada, fueron excluidos de la Internacional Bakunin y Guillaume. También se aprobó una resolución sobre la necesidad de que el proletariado se organizase en partido político distinto para la conquista del poder.

En vista de los resultados del Congreso de La Haya, no había más que un camino a seguir: la adopción de una posi-

el pacto de amistad, de solidaridad y de defensa mutua aprobado por los delegados españoles, italianos y jurasianos, franceses y americanos, con esta conclusión: "Proclamamos altamente que este pacto tiene por fin principal la salvación de la gran unidad de la Internacional que la ambición del partido autoritario ha puesto en peligro".

Sobre la naturaleza de la acción política del proletariado se dijo en la tercera resolución de St. Imier: "Considerando que querer imponer al proletariado una línea de conducta o un programa político uniforme, como el único camino que pueda conducir a su emancipación social, es una pretensión tan absurda como reaccionaria... etc., etc."

"El Congreso reunido en Saint-Imier declara: 1.º que la destrucción de todo poder político es el primer deber del proletariado; 2.º que toda organización de un poder político sedicente provisorio y revolucionario para llegar a esa destrucción no puede ser sino un engaño más y sería tan peligroso para el proletariado como todos los gobiernos hoy existentes;

3.º que rechazando todos los compromisos para llegar a la realización de la revolución social, los proletarios de todos los países deben establecer al margen de toda política burguesa, la solidaridad de la acción revolucionaria".

Precedentes del Congreso de Berlín

A pesar de la hermosa definición revolucionaria de Saint-Imier, el movimiento obrero anárquico de la fracción bakunista de la primera Internacional no prosiguió mucho tiempo una vida independiente después de la muerte de Bakunin. Guillaume fué primeramente un ardiente partidario de la unidad de las fuerzas revolucionarias, autoritarias y anti-autoritarias. El trabajo común se continuó algunos años y fueron los socialistas marxistas los que rompieron la acción solidaria, negándose a colaborar con los anarquistas. La tradición de la primera Internacional se conservó en España. En Sud América fué creado un movimiento de características extremadamente anárquicas; las organizaciones francesas se alejaron más y más de las resoluciones de su primer congreso como federación de la Internacional, una de las cuales dice: "La federación francesa decide que aprovechará todos los movimientos populares para desarrollar en los límites de lo posible, su programa colectivista y anarquista, pero invita a todos los grupos que la componen a no comprometer sus fuerzas en provecho de la victoria de un partido burgués". Los países germánicos fueron absorbidos por la social-democracia y los anglosajones por el trade-unionismo. El anarquismo abandonó en la mayor parte de los países las organizaciones sindicales para organizarse en grupos de afinidad. Las traiciones de los socialistas autoritarios, principalmente la de la guerra, avivaron el celo de nuestros camaradas, y poco a poco el movimiento obrero fué inspirado por las ideas del anarquismo. Los países en que existe un verdadero movimiento sindicalista revolucionario, están totalmente dominados por los principios y las tácticas anárquicas. En 1913 se realizó en Londres un congreso a fin de examinar la posibilidad de la constitución de una Internacional independiente de los partidos políticos; pero las federaciones representadas no llevaban la suficiente claridad de ideas como para establecer los lazos solidarios de una firme organización internacional. Fué la guerra primero, y luego la revolución rusa, las que fortificaron en el movimiento sindicalista mundial las teorías anti-autoritarias sobre las cuales debía constituirse una nueva Internacional de los trabajadores. Pero antes de que esta fuese una realidad, surgió la I. S. R., aureolada por la gloria de una revolución proletaria, y en lucha aparente contra las organizaciones reformistas y sus principios doctrinarios. Todas las federaciones obreras revolucionarias, saludaron con júbilo el nacimiento de la I. S. R. Pero el entusiasmo no debía durar largo tiempo. La I. S. R. era un órgano de la reacción marxista que quiso primeramente someter a su arbitrio el movimiento proletario mundial, y al fracasar en esa tentativa, cifró todos sus anhelos en la

Y por fin se adoptó una cuarta resolución sobre la organización de la resistencia del trabajo, en la que volvemos a encontrar esta resolución: "Todo Estado, es decir todo gobierno y toda administración de las masas populares, de arriba abajo, estando fundado necesariamente sobre la burocracia, sobre los ejércitos, sobre el clero, no podrá establecer nunca la sociedad organizada sobre la base del trabajo y la justicia, puesto que por la naturaleza de su organismo es impulsado fatalmente a oprimir a aquel y a negar ésta... Según nuestra opinión, el obrero no podrá nunca emanciparse de la opresión secular si no sustituye este cuerpo absorbente y desmoralizador por la federación libre de todos los grupos productores fundada sobre la solidaridad y sobre la igualdad."

En una palabra: *federalismo y anti-autoritarismo* son los principios básicos de Saint-Imier, expresados con una claridad meridiana y con una sinceridad tan sugestiva que pocos meses después eran ratificados en Italia, en España, en Bélgica, en Estados Unidos, en todos los países en que los trabajadores combatían por la abolición de todo Estado y de toda dictadura y por la instauración del reino de la libertad.

destrucción y en la confusión de las filias anti-autoritarias de los trabajadores organizados. Para los nuevos amos de Rusia, había más peligro en las ideas anti-autoritarias, que en los ataques de la burguesía; por eso han dedicado sus esfuerzos más gigantescos a la lucha contra el anarquismo ruso y el anarquismo mundial, al mismo tiempo que han concertado los pactos y las claudicaciones más vergonzosas con la burguesía capitalista y reaccionaria. Las palabras de orden de Moscú amenazaban aniquilar los organismos representantes de los principios anárquicos. Se derrocharon millones en la propaganda moscóvita contra nosotros; los agentes de los gobernantes rusos maniobraron con todos los medios a su disposición en la obra de nuestro aniquilamiento. Nosotros habíamos prestado a la revolución rusa y a los planes de Moscú el más generoso apoyo. Luego fué preciso defendernos de Moscú y de los explotadores y sepulcrosos de esa gran revolución. Por último nació la idea de pasar a la ofensiva y de atacar a Moscú lo mismo que a Amsterdam a fin de librar al proletariado del influjo de esas organizaciones enemigas de la revolución libertadora.

Los mismos argumentos, los mismos métodos de lucha, las mismas calumnias y las mismas mixtificaciones esgrimidas por el ala marxista de la primera Internacional contra los anti-autoritarios y federalistas, fueron puestos en rigor por los hombres de Moscú, que se llaman a sí mismos representantes legítimos del marxismo, contra nosotros, que proclamamos nuestra solidaridad con las ideas y las personas de la tendencia libertaria de la vieja Asociación Internacional de los Trabajadores. La lucha fué reñidísima. Nuestros enemigos se valieron de todas las armas y nuestra única defensa consistió en la significación y la eficiencia de las ideas que propagamos. El combate no ha cesado todavía y preveemos que acompañará siempre como una fatalidad nuestros esfuerzos revolucionarios. Pero se ha dado un paso gigantesco en el Congreso Sindicalista de Berlín, porque nos hemos declarado por la ofensiva contra nuestros enemigos de todos los colores, en la convicción de la imposibilidad de armonizar jamás con los servidores de la ilusión autoritaria, pertenecían a los partidos y a las instituciones de la burguesía o a los partidos políticos obreros. Berlín ha sellado los lazos de la solidaridad entre todas las fuerzas del proletariado que aspiran a la destrucción del poder político en general, entre todas las fuerzas que luchan por el advenimiento de la libertad.

Fueron los países que primeramente se adhirieron a Moscú los que dieron la voz de alarma contra la reacción marxista. Diversas circunstancias hicieron de Berlín el centro de la reorganización de los

trabajadores libertarios en el plano internacional; pero el deseo que supone el congreso de Berlín fué manifestado calorosamente por todos los organismos obreros sindicalistas y libertarios de Europa y de América espontáneamente. Los hechos han puesto en evidencia que las fuerzas realmente revolucionarias del proletariado son las que simpatizan con el anarquismo; los hechos nos han demostrado que no sólo es dañoso para los intereses de la revolución permanecer sometidos a la férula marxista en honor a una supuesta unidad de clase, sino que la misma existencia de los organismos obreros autoritarios obra como factor de reacción y de descomposición. Se imponía nuestra independencia total, después de tantos años de infructuosas y de significativas cooperaciones; se imponía la lucha contra los factores autoritarios de desviación del movimiento obrero: Berlín ha surgido a la vida como una Internacional libertaria que tiene la misión de combatir lo mismo a la burguesía en sus bastillas centenarias, que en las filas de los trabajadores. La guerra contra Amsterdam y Moscú era tan impostergable como la guerra contra todas las instituciones del capitalismo y del Estado.

Los anti-autoritarios de la nueva Internacional en Berlín

La sola mención de las organizaciones nacionales que concurren directa o indirectamente a la creación de la nueva Asociación Internacional de los Trabajadores bastará para juzgar de la importancia del Congreso realizado el 25 de diciembre en Berlín. He aquí la nómina: Freie Arbeiter Union de Alemania, F. O. R. Argentina, C. N. T. de España, Unión Sindical Italiana, I. W. W. de la región chilena, C. G. T. de Portugal, F. O. R. Uruguay, C. G. T. de Méjico, Sindicatos revolucionarios del Brasil, N. A. Secretariat de Holanda, Norsk Syndikalistisk Federation de Noruega, Sveringen Arbeters Centralorganisation (Suecia), Syndikalistisk Propagandaforbund de Dinamarca, además de minorías de Francia, Rusia y Tcheco-Slovaquia.

La doctrina de Berlín

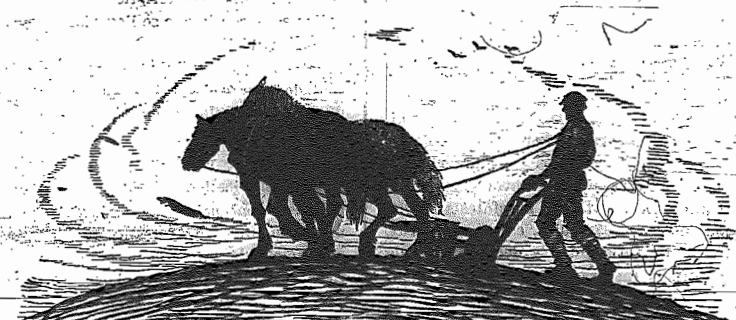
En las resoluciones adoptadas por el Congreso de Berlín hay que distinguir las que son puramente circunstanciales y de ocasión y las que son básicas, fundamentales. Las relativas a la unidad revolucionaria, por ejemplo, que contradice el espíritu de las demás resoluciones y en especial de la tesis de la conferencia preliminar de junio, corresponde a la primera categoría. No es, pues, en ella donde buscaremos la doctrina del Congreso de Berlín. Tampoco la buscaremos en la resolución que consagra la ruptura con Moscú y crea la nueva Internacional, porque las causas enumeradas en ella como determinantes (el engaño de la concesión obtenida por la C. G. T. U. francesa, la persistencia del influjo de los partidos políticos comunistas en el movimiento obrero, etc.), no son las causas esenciales que llevaron a las centrales revolucionarias de Europa y de América a la constitución de la nueva Internacional. La doctrina de la Asociación Internacional de los Trabajadores puede extraerse del preámbulo de los estatutos y de la declaración de principios. He aquí cómo es juzgada en el preámbulo la revolución rusa, que "en el momento de su advenimiento, en razón misma de los grandes principios enunciados por ella en noviembre de 1917, había promovido las más grandes esperanzas en todos los proletarios del mundo y que cayó al rango de una revolución política que ha servido

para mantener la conquista del poder estatal en manos del partido comunista, cuyo único fin es monopolizar toda la vida económica, política y social del país"; dícese en el preámbulo: "Esta desviación de una revolución social en una revolución política tuvo por resultado una hipertrofia del socialismo estatal cuya consecuencia ha sido el desenvolvimento de un sistema capitalista tan explotador y tan dominador como cualquier otro sistema de origen burgués". Y más adelante: "Es de lamentar que en las filas del proletariado revolucionario consiente y organizado existan todavía tendencias que sostengan lo que ni en la teoría ni en la práctica puede ya mantenerse en pie: la organización del Estado, es decir la organización de la esclavitud, del salariado, de la policía, del ejército, del grupo político, en una palabra, de la sedicente dictadura del proletariado que no puede ser otra cosa que un freno a la fuerza expropiadora directa y que una supresión de la soberanía real de la clase obrera, que se convierte, por eso, en la dictadura de hierro de una camarilla política sobre el proletariado. Esto es la hegemonía del comunismo autoritario, es decir, la peor forma del autoritarismo, del cesarismo en la política, de la completa destrucción del individuo."

En la declaración de principios se declara: el fin del sindicalismo "consiste en la reorganización de la vida social sobre la base del comunismo libre, por medio de la acción revolucionaria de la clase obrera misma". Más aún: "El sindicalismo revolucionario es enemigo convencido de todo monopolio económico y social y tiende a su abolición por medio de las comunes económicas y de los órganos administrativos de los campos y de las fábricas sobre la base de un sistema libre de consejos emancipados de toda subordinación a todo poder o partido político. Erige contra la política del Estado y de los partidos la organización económica del trabajo; contra el gobierno de los hombres la administración de las cosas. Por consiguiente, no tiene por fin la conquista de los poderes políticos, sino la abolición de toda función de Estado en la vida social. Considera que con el monopolio de la propiedad debe desaparecer también el monopolio estatal, comprendida la forma de la "dictadura del proletariado", que jamás puede ser un instrumento de emancipación, sino siempre un creador de nuevos monopolios y nuevos privilegios".

He aquí otro fragmento: el sindicalismo revolucionario "está convencido que la organización de un sistema económico que descansa sobre el productor no puede nunca ser regulado por decretos gubernamentales, sino sólo por la acción común de todos los trabajadores manuales e intelectuales en cada rama de industria por la administración de las fábricas por los productores mismos bajo una forma tal que cada agrupación, fábrica o rama de industria sea un miembro autónomo de la organización económica general y desarrolle sistemáticamente sobre un plan determinado y sobre la base de acuerdos mutuos, la producción y la distribución en interés de toda la comunidad."

El Congreso de Berlín reivindica con el nombre de la primera Internacional y con la doctrina, la labor revolucionaria de la corriente bakunista de hace medio siglo, interrumpida por las circunstancias y por nuestra propia generosidad. Lazos ostensibles unen a través de cincuenta años de distancia a los anti-autoritarios del Congreso de Berlín con los de Saint-Imier. Fortifiquemos esos lazos y apresuremos la victoria final de las cohortes de la justicia y de la libertad".



Comunalismo y Sindicalismo

He aquí un tópico que pocas veces, o ninguna, tocan los teorizantes del sindicalismo y que casi lo tienen olvidado por completo los mismos anarquistas. Porque, al grado de preponderancia que llegó el movimiento sindical y a las orientaciones que, en términos generales, siguen los sindicatos obreros, es el caso de preguntarse si la práctica del "sindicalismo revolucionario" responde a la teoría anarquista, no ya en el espíritu libertario que lo informa, sino principalmente en su concepción económica de la sociedad futura: el Comunismo.

El movimiento sindical de los trabajadores, sujeto a esa encadenación de factores morales y materiales derivados de la organización económica actual, interpreta, en su conjunto, por los objetivos que persigue en sus diarias acciones y por el "objeto" que combate, la teoría marxista del "materialismo histórico". De esa premisa, que tiene de real el hecho de que el materialismo es la substancia de toda organización asentada en el privilegio y la explotación — pero que se basa en una hipótesis puramente negativa, ya que confía al desarrollo industrial del capitalismo el proceso de disolución de la sociedad capitalista —; en esa superchería creada por Marx para dar valor a su "Estado obrero" y a su acción reformista del "socialismo científico" — socialismo de parlamento y de disputas electorales — surgió la moderna concepción del sindicalismo científico...

Los teóricos de ese sindicalismo basado en la concepción materialista de la historia y que sigue a la zaga del capitalismo, copiando sus modalidades y haciendo suyos los "medios" que va creando en su continuo desarrollo industrial, creen que, con afirmar su fe libertaria y rechazar las viejas prácticas del funcionalismo marxista y la acción política de los parlamentaristas, establecen una diferencia esencial entre los sindicatos y los partidos. Pero en realidad, la diferencia es sólo de forma. La acción política de los socialistas se inspira en la llamada lucha de clases. El sindicalismo realiza diariamente esa lucha de clases, persiguiendo como objetivo inmediato el mejoramiento en las condiciones económicas del proletariado y como finalidad social la destrucción de la sociedad capitalista. Empleando medios distintos, sindicalistas y socialistas tienen una misma aspiración final: arrebatar el poder político a la burguesía y expropiar a sus actuales detentadores los instrumentos de producción y los "medios" que sirven para regularizar el consumo.

Se dirá que el sindicalismo que esbozamos aquí no es otra cosa que el marxismo llevado a las sociedades obreras por los políticos reformistas. Y se podrá objetar también que si el movimiento obrero está "fatalmente" obligado a seguir ese desarrollo material del capitalismo, no es posible afianzar una teoría contraria al "materialismo histórico" tomando como base a las organizaciones económicas del proletariado. Pero es el caso que nosotros no discutimos las "intenciones" de los "sindicalistas revolucionarios": intenciones que tienen su síntesis ideológica en los preámbulos, cartas orgánicas, pactos de solidaridad y declaraciones de principios inspirados en las ideas liber-

tarias. Como tampoco aceptamos el exclusivismo materialista de Marx, ni creemos que los organismos obreros deban seguir el proceso de desarrollo industrial copiando las formas exteriores del capitalismo y buscando en la estructura económica de la sociedad contemporánea los elementos constructivos de la futura organización de los pueblos.

Planteada la cuestión en estos términos, cabe que intentemos establecer la diferencia fundamental que separa a los anarquistas de los marxistas. Y, como generalmente se cree que el problema es puramente moral y hasta abstracto — que se reduce a ciertas declaraciones revolucionarias y a varios aspectos externos de la lucha inmediata contra el Estado y el capitalismo —, queremos buscar un ejemplo convincente en la más típica expresión del movimiento revolucionario: la acción sindical de los trabajadores.

¿Existe una cohesión efectiva entre el movimiento obrero (hablamos en términos generales) y la concepción libertaria del comunismo? Veamos. Las orientaciones del sindicalismo están subordinadas al desarrollo capitalista ("materialismo histórico"), y en el proceso industrial de la burguesía encontraron sus teorizadores los elementos de juicio para crear una teoría revolucionaria propia... Quiere decir, pues, que el sindicalismo, empleando los medios que le ofrece la organización capitalista y únicamente inspirado en el principio de la lucha de clases, persigue como fin el establecimiento de una organización capitalista dirigida por los trabajadores. Y este absurdo — que no pocos crearán una afirmación antojadiza de parte nuestra —, está contenido en este alegato: "todo el poder a los sindicatos", y en esta otra premisa: "la constituyendo la sociedad nueva en el cascarón de la vieja".

La concepción anarquista, aplicada a la misma organización económica de los trabajadores, es contraria a ese "sindicalismo constructivo". No es posible olvidar este principio elemental de nuestra ideología: la organización comunista de una sociedad de hombres libres, debe tener por base a la comuna. El sindicalismo no tiene en cuenta la existencia de esos grupos autónomos de individuos, verdaderas células del organismo social, porque para los "materialistas históricos" las diferenciaciones étnicas y étnicas están subordinadas al entrelazamiento creado entre los pueblos de una región o de varias regiones por una industria cualquiera. De lo que resulta que la base de la organización sindicalista está en el principio de centralización industrial — y no en la descentralización de esas monstruosas empresas y trusts financieros que destruyen las características del comunismo —, con lo que se llegaría, después de la revolución, a crear un Estado sindicalista cuyas células estarían representadas por cada una de las ramas industriales injertadas en el tronco capitalista...

El juego de palabras con que pretenden los sindicalistas identificar sus teorías a la concepción libertaria del comunismo, no puede servir de juicio en la aclaración de estos dos valores antitéticos: el comunismo y el sindicalismo.

Los anarquistas, si quieren ser consecuentes con sus ideas y mantenerse irreductibles frente a las desviaciones que alejan al movimiento obrero de sus fuentes de inspiración libertaria, no deben olvidar que las organizaciones económicas del proletariado tienen carácter transitorio y responden pura y exclusivamente a "necesidades" creadas por el desarrollo capitalista e impuestas por las condiciones precarias en que vive la clase trabajadora. Y si la conformación de esos órganos de lucha se mantiene sujeta a las formas estructurales del régimen capitalista, ¿qué valores revolucionarios podemos atribuir a los sindicatos obreros?

Para los anarquistas, el sindicalismo no puede ser otra cosa que un medio de lucha: la organización económica de los trabajadores para actuar en el plano económico que sirve de base a la sociedad capitalista. Y siendo los sindicatos simples medios para la acción económica de los trabajadores, se comprende que no es posible atribuirles una función social pre-revolucionaria que no pueden desempeñar al margen de la organización capitalista, puesto que son la imagen y semejanza de esa misma organización.

De ese hecho parte la diferencia que separa la propaganda anarquista del movimiento puramente sindicalista. Y no es necesario presentar como ejemplo a los grupos de propaganda que se desenvuelven al margen de las organizaciones obreras, pues la orientación anarquista puede ser señalada también en organizaciones proletarias creadas sobre la base de la lucha económica. Se puede ser comunalista — esto es, partidario de la organización siguiendo las líneas que señalan los diversos organismos humanos, sin tener en cuenta el proceso de centralización capitalista o las "especialidades" creadas por el industrialismo —, y defender la organización sindical de los trabajadores. Lo importante es mantener latente el espíritu de independencia de los proletarios y oponer una fuerza consciente al poder avasallador del capitalismo, minando su formidable organismo económico para inutilizarlo por completo sin esperar servirse de él durante o después de la revolución.

Los anarquistas que tienen en cuenta todas las razones del "materialismo histórico" y llevan a los sindicatos obreros las preocupaciones derivadas de la supuesta prevalencia del factor económico sobre las causas morales que determinan la esclavitud de los pueblos, contribuyen al afianzamiento de esa doctrina sindicalista que pretende encerrar la vida en los estrechos moldes del sindicato. Y si esos anarquistas, pretendiendo haber hecho un colosal descubrimiento, nos presentan el industrialismo I. W. W. o sus derivados sindicales: consejos de fábrica, organización por talleres, división del trabajo en ramas de industria y demás innovaciones de corte marxista, creyendo haber encontrado la solución del problema social, es menester que les recordemos que nada tan opuesto a las ideas anarquistas y a la concepción del comunismo como esa teoría sacada de la médula del capitalismo.

El alegato de que las "necesidades" imponen esas nuevas formas orgánicas al sindicalismo, es una superchería que solo pueden sostener y aceptar los "materialistas históricos". El problema fundamental que agita a los pueblos, gesta el descontento popular y plasma las protestas humanas en movimientos revolucionarios, no tiene sus causas primeras

— que en realidad son causas únicas —, en los aspectos actuales de la explotación y el dominio del hombre por el hombre. El capitalismo es un aspecto, el más moderno y posiblemente también el más degradante, del secular sistema que regula la vida de los pueblos. Y si revoluciones hubo antes de que la burguesía se elevara al rango de clase privilegiada y antes que el Estado capitalista nos ofreciera su terrible poder económico, es fácil constatar que el espíritu que alienta a la humanidad en su penosa marcha hacia el futuro es anterior a las "necesidades" creadas al proletariado por el desarrollo industrial de las sociedades burguesas.

Constatamos, pues, que el punto de partida de toda organización libertaria está en la comuna. Y el comunismo no es una simple expresión política — o un convencional denominativo geográfico —; sino que es ante todo una concepción libertaria que se basa en la reciprocidad de intereses y en la identificación de aspiraciones de los diversos grupos humanos que forman las naciones e integran el conjunto social de la humanidad.

Los rasgos característicos de cada pueblo no se han creado por medio de leyes artificiosas o por "caprichos" de la naturaleza. El anarquismo tiene muy en cuenta esas características morales y físicas que nos demuestran que la variedad es la ley natural más sabia... El socialismo, en cambio, ateniéndose a la premisa del "materialismo histórico", supedita el problema humano al desarrollo del capitalismo y subordina a las necesidades económicas los factores morales que determinan el grado de cultura de cada pueblo.

El industrialismo obrero es la constatación del "materialismo histórico" llevado al terreno de la lucha de clases. Y ese camuflaje revolucionario, por lo mismo que oculta la esterilidad creadora de las grandes masas sometidas a la dirección de los jefes políticos y sindicales que aspiran a la dictadura del proletariado, debe ser destruido por los anarquistas que no sufrieron el deslumbramiento de esa llamarada de pólvora...

Emilio López Arango



Los Héroes en la escena

Venimos de sociedades basadas sobre la fuerza exclusivamente, pasamos por sociedades basadas sobre la fuerza y la inteligencia; pero vamos hacia sociedades basadas sobre la inteligencia y la bondad. Los héroes de ayer fueron los fuertes, los de hoy son los intelectuales, los de mañana serán los sensibles.

El arte que alguna vez fuera un juguete frívolo, ha llegado a constituir una seria necesidad y tiende a ser imprescindible para todo ser humano. Si alguna vez tuvo el torpe objeto de causar placer o el necio objeto de divertir, hoy ya es tribuna de educación intelectual, pero debe llegar a ser un preciso e insustituible instrumento de perfección humana.

Y el arte de la escena, por ser el más accesible a las multitudes, es el que con mayor eficacia debe usarse para este sumo fin de conquista de una humanidad superior: allí donde se confundirá la belleza con el bien mismo, o mejor, donde no se conciba arte sin bien.

Beethoven nos dijo: "Por el dolor y la alegría". Busquemos en el dolor actual el camino que ha de conducirnos a la belleza y el bien del mañana; y vamos hacia el bien que será la única belleza futura, la alegría de que nos habla Beethoven.

A la ciencia corresponde el hallarnos la verdad, pero nosotros confundamos el arte con la filosofía, y, apoyándonos sobre esa verdad científica, no dejemos a la filosofía sola la tarea de encontrar el bien como tampoco sólo al arte la de hallar la belleza; y así habremos unificado la filosofía y el arte. La una no podrá ser ya patrimonio de ancianos roedores de libros, como tampoco se podrán allegar al otro los vacuos mequetrefes que se adornan de palabras como si se adornaran de plumas o de abalorios de cristal.

En arte, no sólo se puede sentir, hay que pensar también; y no se puede pensar sin sentir antes.

Quien cree en la evolución, está obligado a pensar que los fines del arte son distintos hoy a los que fueron los de otras épocas. Los retóricos — y los retóricos son de otra época siempre — siguen creyendo que el arte solo procura belleza. Tolstoy no lo cree así; (1) y la opinión de un héroe como él, debe pesar en las conciencias más que la opinión de todos esos prestidigitadores que son los retóricos. Son egoístas, se encierran en la técnica de un arte como dentro de un cascarón, y no ven cuál es el gran arte, el único, el verdadero, el que establece la simpatía entre todos los hombres, esa que hace que nos comprendamos y nos amemos. El estilo, para ellos, es algo muy parecido a la habilidad, cosa que puede adquirirse; y el estilo es algo tan diferente! Es psicológico, es algo que podemos desarrollar o perfeccionar, como a las neuronas de nuestro cerebro, más nunca adquirir ni menos enseñar a los otros. El estilo de los retóricos se parece; no sé quién tiene un estilo que pueda confundirse al de Rodin o al de Gorki, dos artistas verdaderos, es decir: dos artistas hombres entre los hombres, no pontífices entre los hombres como se creen los retóricos; y con ellos los que suponen que el arte es un objeto de placer para refinados, no una herramienta

para perfeccionarnos a todos: El arte no es una joya, es un martillo; y la escena es el más eficaz de éstos entre todos los géneros artísticos.

El quid de la escena está en crear caracteres: héroes. Los tuvo desde Esquilo a Shakespeare, en el cual comienzan a aparecer los héroes intelectivos: Hamlet. Y héroes intelectuales siguen apareciendo en la escena de todos los grandes dramaturgos modernos. Ya es preciso que aparezcan los nuevos héroes, los de la bondad.

El hombre superior, el hombre de mañana, no será el conquistador, sino el que se sacrifica. Adquirir es más fácil que renunciar. Muchos hombres son capaces de luchar luengos años por la conquista de su felicidad; pero son contados los capaces de abandonar esa conquista porque ella es la infelicidad del prójimo. Esto es comunismo, hermandad con todos o sea actitud de fundirse en el gran todo.

Se argüirá: Los seres así no existen. Son la excepción... ¿qué importa! ¿El artista acaso debe copiar a la naturaleza? ¿Es, por ventura, una máquina fotográfica? Y aún tenemos derecho los evolucionistas, es decir, los optimistas, de responder a la afirmación de los estáticos, es decir, los excépticos, con otra afirmación: Los seres así no existen, pero existirán. Son hoy la excepción, pero serán mañana la muchedumbre.

¿Qué importa que se nos tilde de soñadores fantasistas, de creadores falsos? Seamos los falsos, los mentirosos de hoy, para ser los verdaderos y los veraces mañana. La misión del dramaturgo no está sólo en crear caracteres arrancados de la vida real, sino en crear caracteres que aparecerán a medida que la humanidad evolucione: caracteres de una sensibilidad más honda y de una más amplia inteligencia. Y esa será la mejor cátedra que se pueda hacer del teatro, más ejemplo que todas las tesis.

Reglas preceptivas o leyes sociológicas, quizás impidan a los críticos de hoy, el ver a estos nuevos héroes de la bondad; más podemos estar seguros que ellos serán sentidos por la intuitiva multitud. Y esto es lo que importa: Al río — el Arte — le interesan los bosques verdes y que se nutren de sus aguas, no las piedras que, inertes en sus orillas, lo contemplan pasar...

No lo olvidemos: el arte es un instrumento perfeccionador, el más útil instrumento con que cuenta la evolución humana para alcanzar su organización más perfecta. ¡Creemos héroes en la escena! ¿Qué importa que nos los nieguen por gigantescos, por ser de una sobrehumana sensibilidad? ¡Creemos semidioses! Nuestros semidioses de hoy tendrán la conciencia del hombre futuro. Serán el molde del hombre futuro.

Puede ser que un hombre no haya sido capaz de ser bueno, tal vez porque nunca vió buenos en su vida triste; más nosotros, los artistas, demos la ocasión de ser hombres buenos, de experimentar acciones generosas en el escenario mismo donde tanta bufonada indigna vieran, donde tanta impresión innoble experimentaran. Tolstoy, a quién es imposible dejar de citar hablando del arte, ya que es ha escrito sobre un tema acerca del cual todos se atreven a escribir superficial y quien con más claridad y penetración

confusamente, nos dice: "Un hombre cualquiera es capaz de experimentar todos los sentimientos humanos, aunque no sea capaz de expresarlos todos. Pero basta que otro hombre los exprese ante él, para que enseguida los experimente él mismo, aún cuando no los haya experimentado jamás". ¿Por qué no intentar entonces, que los hombres mezquinos de hoy, puedan experimentar los sentimientos generosos de estos héroes de mañana? Por otra parte: ¿por qué suponer que la tragedia está hoy donde estuvo con Esquilo, en la fuerza, o con Shakespeare, en la razón? ¿Por qué no suponer que la tragedia está en la lucha de la bondad

que se rebela contra la maldad imperante? ¡Creemos al Prometeo de la sensibilidad, al que, contra la rutina, inerte como una roca, está encadenado por Zeus: el egoísmo! ¡Y hagámosle rebelarse! ¡Hagámosle héroe!

Necesitamos una nueva escena romántica en la cual, como en el antiguo teatro romántico, existan héroes; pero en este existían héroes de la fuerza y del coraje, los nuestros deben serlo de la sensibilidad y de la inteligencia. Deben ganar batallas renunciando, hacer conquistas sacrificándose. El artista que enseña a la muchedumbre a admirar estos héroes, llenará la misión de artista — misión humana, social, vital, como quiera llamársela — que es esta: crear una nueva forma de sensibilidad la que, junto con la nueva inteligencia que han de crear los científicos, formará la conciencia de la humanidad nueva.

El hombre no es tan perezoso como nos lo hemos repetido demasiadas veces; no está cerrado a cal y canto ni el más vil de ellos, siempre quedará una rendija por donde pueda entrar un rayo de luz en su interior. Y basta el más leve hilo de luz para iluminar y encender un antro, el más lóbrego. Empujemos las sombras hasta lo más recóndito de nosotros.

mismos, hagámoslas agazaparse como fieras domesticadas! Es con luz que se domanan las sombras con héroes! ¡Creemos semidioses en la escena! Demasiado hemos trabajado ya con lodo en el arte, trabajemos ahora con materia más pura. ¿Que se nos dice románticos? Sea; y ojalá lo seamos siempre! Románticos, o sea soñadores, entusiasmados, vehementes, jóvenes!... ¿Que se tilda de convencionales a nuestros héroes? Sea! ¿Sabe alguno con precisión dónde termina la realidad para comenzar la fantasía? ¿Lo que es quimera fantástica en el año 1923, no puede ser verdad experimentada en el año 2923?

Los occidentales hemos dedicado nuestras energías a robustecer nuestros cerebros: ahí está la mecánica haciendo maravillas; pero cuando nos convenzamos de que debemos robustecer nuestra vida interior también, la que no es sólo resultado de la razón, como hacen los hindúes, por ejemplo, los hombres capaces de descubrir las ondas hertzianas y crear el telégrafo sin hilos, ¿no seremos capaces de descubrir la fraternidad humana, y crear hombres buenos?

¡Si creemos semidioses! Y que el espectador, al salir del teatro donde ha sentido actuar a alguno de nuestros héroes; al salir bien arropado, enguantado y conmovido, que se sienta un poco héroe él también, héroe nuestro, y experimente dolor al ver, dormido y tiritando, uno de esos despojos que deja caer la sociedad actual sobre los umbrales, como migajas de la mesa de los ricos.

Y ese espectador nuestro no se sentirá feliz, porque ya comprenderá que no puede haber hombres felices mientras haya hombres desdichados.

Drama — lo dice su etimología griega — es acción; pero acción no es movimiento simplemente, como suponen gran número de fabricantes de obras, burdos noveadores de títeres. En el diálogo hay acción también, y acción más intensa que la de



Guerra a la guerra!

entrar y salir de personajes que griten o exclamen o intenten asesinar a unos a otros. Todo eso estará bien para el teatro primitivo, para la tragedia balbuceante de los griegos; más de los griegos aquí hemos adelantado mucho. Acción ya no es movimiento sino vida interior; y esta se traduce en diálogos, no en gritos ni en corridas. En un hombre que piensa, hay más acción que en uno que grita: Uno es agua que hierve, el otro un agua que se desparra. ¿Cuáles moléculas se mueven más, accionan más? Indudablemente las del agua en ebullición, aún cuando esta no se salga de una marmita. El movimiento, por común, provoca en el espectador curiosidad e impresión: dos fenómenos nerviosos sin mayor trascendencia psíquica, pues llegan del exterior y producen un efecto fisiológico en el individuo que los contempla. Esto no lo distinguimos bien, no lo distinguieron bien ni los trágicos de la antigüedad ni los Shakespeare, aún cuando esta afirmación suene a blasfemia a quienes acostumbraban a acatar los valores establecidos, sin analizarlos por cuenta propia. Pero tanto los trágicos de la antigüedad como los Shakespeare, no pocas veces, buscaron provocar la impresión o interesar la curiosidad de sus espectadores. Espectador: hombre que ve un espectáculo; y lo que debemos buscar para nuestros dramas, son oyentes, no espectadores. Ibsen o Shaw así lo han hecho para sus mejores obras.

Un drama tiene acción sin que en él ocurra mucho; basta que en el interior de quien lo oye ocurra el fenómeno del agua hirviendo; y sus pensamientos y emociones se enhiestan los unos contra las otras. Un diálogo entre dos personas que hablan en voz baja puede ocasionar este intenso y silencioso fenómeno; porque la verdadera acción dramática, la que como tal debemos concebir los hombres de nuestra época, muy superior des-

de los puntos de vista intelectual y moral a las épocas de Shakespeare y de los trágicos paganos; la verdadera acción es esta: despertar pensamientos y provocar emociones. Pensamientos nuevos y emociones nuevas, particularmente, y esta originalidad en las emociones. Sólo pueden producirla héroes, héroes nuevos también: los de la bondad.

Ya la fuerza solo nos impresiona y el intelectualismo no nos produce emoción: es este un nuevo y más alto estado de conciencia que no deben olvidar los dramaturgos actuales que aspiren a llevar a sus escenas la verdadera acción dramática, la que hará renovar las ideas y sentimientos de sus oyentes, haciéndolos pensar y emocionarse.

El arte — ya lo dice Tolstoy — tiene una misión vital que cumplir en la existencia humana: la de perfeccionarnos haciendo evolucionar, mejorar, superarse nuestros sentimientos. Todo ese arte falaz, artificio en rigor, del "arte por el arte", de "la belleza pura" que abunda tanto y que tanto mal hace a las nuevas ideas, tiene por causa el olvido de esta misión del arte. ¿Qué artista, al terminar su obra, se pregunta si ella mejorará los sentimientos de su prójimo? El de la escena es el arte que más obligado está a cumplir esta misión, por lo que se halla en contacto más directo con los hombres formando multitud. Hacerlos vibrar al unísono de una nueva sensibilidad, ¿a qué más puede aspirar el dramaturgo, creador de caracteres aún no creados, de héroes originales?

Álvaro Junque

Bs. Aires, 1923.

(1) Leer "¿Qué es el Arte?"

REVOLUCION Y CONTRARREVOLUCION EN ITALIA

El fascismo y sus... colaboradores

El fascismo — es superfluo decirlo — es la antirrevolución en actividad. La antirrevolución que ha perseguido a la revolución paso a paso durante su parábola ascendente y descendente para cojerla en su período crítico culminante y derribarla. Antirrevolución que saca su linfa vital de las premisas ideológicas del socialismo de guerra, con los caracteres especiales con que este fenómeno se produjo en Italia, donde la guerra no fué el hecho cumplido de sorpresa sobre el pueblo, pero donde fué necesario crear una coalición antiproletaria camanduleira para obligar al Estado monárquico a la intervención. Tal coalición *afasció* desde entonces (de aquí el nombre de fascismo) todas las fuerzas retrógradas de la burguesía (que desde la muerte de Humberto tascaban el freno y meditaban la revancha sobre el proletariado por todas sus conquistas realizadas en 15 años, después de 1900) junto con los reblandecidos del socialismo y los transfugas que en 24 horas saltaron al otro lado de la barricada, recibiendo en compensación un billete de entrada gratuito para los primeros puestos de honor entre

los servidores del régimen.

Mussolini en su primer discurso en la Cámara evocó este origen lógico del fascismo, reuniendo la jornada del 15 de mayo de 1915, cuando los *Fasci* impusieron un ministerio Salandra, para la guerra, al golpe de Estado sobre Roma que lo ha llevado al poder.

La fórmula de los fascios en 1915 era ésta: guerra o revolución. El rey, naturalmente, aceptó la guerra.

El fascismo (que entonces era llamado también "intervencionismo") era, pues, una hipoteca sobre la reacción de post-guerra por las razones que omito aquí, puesto que son todas esas razones de principio por las cuales nosotros fuimos contrarios a la guerra y más que nunca a los subversivos de guerra.

La guerra habría ciertamente reforzado el descontento de las masas, habría acumulado ruinas inauditas; pero la guerra habría también galvanizado y resucitado de los abismos del pasado las tenebrosas potencias malignas, sobre las cuales fundan su hegemonía de sangre la Iglesia y el Estado, haciendo aún más morbosa la veneración al invocar en su

nombre el espíritu de los muertos, los espasmos de los mutilados, de las viudas, de los huérfanos, el orgullo de los condecorados y de los generales... salvadores del género humano.

Evidentemente los fascistas predestinaban su suerte a servir y a servirse de las fuerzas de reacción contra las de revolución.

Durante la guerra las dos fuerzas, pro y contra la guerra, operando cada una en su sentido, habían estado en espera de acontecimientos favorables cada una para sí. Los subversivos de guerra sacaron provecho naturalmente de todas las formas de la reacción militarista; los enemigos de la guerra (mejor: los revolucionarios) se aprovechaban, al contrario, de todo lo que servía para abrir los ojos a los proletarios. Y había de sobra: emboscados, tiburones improvisados, escándalos en los aprovisionamientos, generales... Cadorna, debilitamiento de las generaciones con una guerra interminable; después la revolución rusa; y por último la paz provisoria para una guerra ciertamente próxima.

La revolución rusa, por ejemplo, fué exaltada en el primer tiempo por los intervencionistas sedicentes subversivos, cuando se creía que fuese dirigida contra el Zar por su poco y falso "Ententismo". Y cuando en julio de 1917 vino a Italia la delegación de Kerensky, encabezada por Gombomberg, los socialistas de guerra intentaron ganarla a su juego, yendo a obsequiarla, después que la habían recibido en Roma el Partido Socialista y la Unión Sindical Italiana. Los acontecimientos no tardaron en convencer a estos señores guerreristas de que el pueblo ruso merecía todo su desprecio, por su revolución a base social y soviética.

Terminada la guerra, las dos fuerzas debían chocar. De la parte roja la casi totalidad del proletariado con un Partido socialista que se había hecho simpático por su aversión a la guerra y bastante immodesto al considerar sus méritos, ya que, particularmente en el exterior, no se veía más que a él, mientras que además de las suyas había otras fuerzas proletarias que habían merecido bien de la oposición franca e inequívoca a la guerra. De la parte opuesta estaban los guerreristas representados por Mussolini, expulsado del Partido Socialista en 1915 y armado de un odio diabólico igual a su ambición, contra sus ex compañeros.

La guerra había dejado una situación revolucionaria; pero el que la había querido era prisionero de ella y en nombre de la guerra no podía sino combatir contra la revolución.

Las primeras grandes manifestaciones de 1919 no admitían dudas: la post-guerra se presentaba con todos los caracteres de una liquidación rapidísima de las políticas de guerra. Bueno es recordar de paso, que también una parte de la burguesía, con Giolitti y Nitti a la cabeza, que no había sido favorable a "esa guerra en esas circunstancias" y que había sido puesta a parte del poder por todo el reino de Cadorna, tenía cuentas que regular con sus rivales burgueses y no veía con malos ojos la actitud del proletariado. En el partido socialista había al mismo tiempo fuertes corrientes de intelectuales más cercanas a las razones contingentes de versión a la guerra, de Giolitti y Nitti, que a nuestras razones revolucionarias.

Mussolini, ciertamente, veía claro bajo el velo de la unidad socialista; él había

estado, con tendencias revolucionarias, a la cabeza del mismo partido hasta 1915 y lo conocía todas las caries y todo el vacío revolucionario. También nosotros veíamos clarísimo y teníamos, por opuestas razones, el deber de no engañarnos sobre lo que bullía, o más bien no bullía, en el calderón socialista.

Los años de guerra habían sido terribles, pero habían servido para refinar y agudizar el sentido crítico de las ideas en los obreros. En el partido socialista se abrían camino los elementos más extremos que anarquizaban (en las masas) y sindicalizaban. Los reformistas no osaban hablar mucho de reformismo. Durante la guerra había existido también una especie de alianza entre nosotros y los extremistas del partido socialista. Serrati la había propugnado felizmente. Además, la revolución rusa con la fórmula "todo el poder a los soviets" parecía que hubiese encontrado el punto de eliminación del distanciamiento histórico entre estatales y antistatales del socialismo. Lo sostenían en el *Aventi!* autorizados escritores; lo pensamos nosotros también mientras no vimos lo que había bajo las apariencias bellas de los nombres nuevos.

La situación entre nosotros y los socialistas se aclaró cuando, después de las palabras, se inició el período en que era necesario obrar. La primavera de 1919 fué muy prometedora. Las masas de todas las clases, hasta las más retrógradas, hasta las más refractarias afluían a los sindicatos. Las categorías más decisivas para los movimientos: ferrocarrileros, portuarios, electricistas, empleados de correos y telégrafos, estaban en primera fila. Los campesinos estaban todos, en todas las regiones, hasta en Calabria y en Sicilia, bien organizados y en algunas provincias hubo tentativas de expropiación de las tierras. La burguesía ya no tenía confianza en sí misma ni en el Estado. La indisciplina roía todos los cuadros estatales. El ex ministro Nitti, acusado más tarde, en la Cámara, de descendencia roja, se defendió diciendo que durante su ministerio (1919 y mitad de 1920) no estaba segura ninguna de las instituciones subalternas del Estado: carceleros, polizontes, magistrados, etc., todas estaban infectadas de indisciplina. Luego, el diente cariado de Fiume estaba en la quijada del Estado denunciando al fiumismo como una tentativa revolucionaria.

En febrero y marzo de 1919 tuvimos las primeras enormes revistas de las masas retornadas de las trincheras. Mussolini, después de un gran mitin pro-vietimas políticas en Milán, parafraseando a Giordano Bruno, intitulaba un artículo suyo: "La bestia ritornante". La bestia que volvía a darle fastidio, desde las trincheras donde la había empujado, era el proletariado, a quien él había hecho traición. En este período el fascismo se reorganizó para enfrentarse al proletariado. Es bueno no engañarse: el fascismo no ha venido como fuerza armada agresiva sólo después de nuestra derrota. Para obrar en gran estilo esperó, es cierto, la rendición de las fábricas; pero nos disputó el terreno en episodios esporádicos y sin embargo significativos desde 1919. As que a los jefes socialistas que se desgañaban siempre gritando: "es pronto para la revolución, hay que dejarla madurar", no les está permitida ni siquiera excusarse diciendo ahora: pero nosotros ignorábamos que estaba el fascismo en acecho.

En abril de 1919 Mussolini dió la primera señal de lo que se proponía hacer: hizo incendiar el *Avanti!*, y en toda Italia hubo amenazas o tentativas de atentados contra los nuestros. Sobre el incendio del *Avanti!* Mussolini no hizo misterio: al contrario, fue publicado en un libro autoapologético del jefe de la expedición que exaltaba la noble gesta. No obstante, no hubo ni arrestos ni denuncias. Ya se veía que éstos obraban bajo la protección de ideales y de personajes que aseguraban su impunidad. El proletariado tomó como pretexto el incendio del *Avanti!* para salir, la primera vez después de la guerra, a las plazas. Tuvimos la huelga general: tan clamorosa y completa que a los socialistas se les planteó esta cuestión: ¿cómo emplear esta fuerza? Más claramente: ¿se debía emplearla para las elecciones o para la revolución?

Nosotros aprovechamos este acontecimiento para poner ante las masas el problema del frente único para la acción revolucionaria. Nosotros no somos *guarantisti* (a la francesa se diría blanquistas); pero los hechos han demostrado bien que entonces se trataba únicamente de elegir entre la revolución y la reacción. Por otra parte, las masas no estaban en un estado caótico, sino todas encuadradas en los sindicatos y en las fábricas e iluminadas por un ideal de emancipación que tenía en cuenta cuarenta años de propaganda socialista, por lo que se podía confiar en un movimiento social. Pero nosotros solos, lo confesamos enseguida, no podíamos desencadenar un movimiento general y simultáneo y estar seguros de su desarrollo sucesivo. Es cierto que las masas tenían más confianza en nosotros que en los jefes de la Confederación; pero no hay que olvidar que estos jefes jamás se hubiesen limitado a no adherir a un movimiento desencadenado por nosotros, sino que lo habrían excomulgado y obstaculizado a toda costa poniéndose contra una parte de la masa, sin importarle servir a la reacción. En tal caso el fascismo se habría injertado en las fuerzas de los reformistas. En esta primera huelga general se presentó, pues, la oportunidad de hablar a las grandes masas de un acuerdo permanente entre los organismos nacionales para la preparación de una huelga general no ya de defensa, sino de ataque. El subscrito fué quien llevó, en un gran mitin de la huelga general en Bolonia, esa propuesta ante una reunión de más de cincuenta mil trabajadores que aclamó el punto de vista de la Unión Sindical Italiana y votó la orden del día a propósito, a pesar de que los dirigentes socialistas, diputados oradores en el mitin, no la habían aceptado. Una propuesta análoga fué agitada en los mitines sucesivos, quince días después, el primero de mayo, por los oradores de la U. S. I. y las masas la hicieron suya; pero los dirigentes revolucionarios y reformistas del partido socialista y de la Confederación no quisieron adherirse.

La cadena de los acontecimientos revolucionarios tiene aquí su primer anillo y su primera traición.

D'Aragona dejó estupefactos a algunos por una declaración suya de hace unos meses, en la cual ésta es la frase dominante: "Es honor y provecho nuestro el haber impedido el estallido de esa revolución que meditaban los extremistas. Nosotros tal vez somos responsables de haber concedido demasiado;

"pero tenemos la conciencia de haber hecho todo lo que se podía para refrenar a los impacientes". Estas palabras de D'Aragona han levantado gran ruido también entre los comunistas y social-revolucionarios; pero no han dicho nada que nosotros no hubiésemos denunciado en cien circunstancias, y que los actuales comunistas no tuviesen la obligación de saber desde 1919, por no decir antes. Ya he dicho más arriba, que los social-reformistas no osaban desenmascarse mucho ante las muchedumbres; pero es también cierto que ellos, en los congresos y en los conciliábulos secretos de su partido, no ocultaban, sino que lo declaraban claramente, ser contrarios a cualquier movimiento revolucionario. Por otra parte, si sus palabras no hubiesen sido bastante claras, sus hechos eran clarísimos. A pesar de esto, los sedicentes revolucionarios cubrieron siempre con la hoz y el martillo a los D'Aragona y compañía, y fué gracias a su complicidad necesaria que los reformistas lograron aquello de que hoy D'Aragona saca provecho, con las palabras arriba recordadas. Durante las elecciones de 1919 Mussolini lanzó otra advertencia: habló en Milán en una plaza central circundada de un millar de hombres armados, encuadrados y uniformados militarmente. Todo esto no le costó la menor molestia. Para caracterizar el espíritu de las masas en 1919, hay que recordar el entusiasmo con que muchedumbres de más de cien mil hombres y soldados, acogieron a Malatesta en Turín, Génova, Bolonia y otras principales ciudades. Recordemos también que esa agitación victoriosa fue obra de la U. S. I.

De la larga cadena de traiciones, recordaremos las principales:

1º) Movimiento contra la carestía de los víveres en junio de 1919. — Fué general en toda Italia. Las autoridades desautorizadas; algunas regiones en nuestras manos. Emisarios nuestros intentaron el acuerdo y la adhesión al movimiento del partido socialista, entonces dirigido por los extremistas, y de la Confederación. Sin resultado. Serrati escribió entonces, en la *Vie Ouvrière* de París, que este movimiento había sido querido por Nitti, y contra una tan vergonzosa difamación de un movimiento que había costado sangre y sacrificios, fuimos nosotros, fué el subscrito quien protestó en el mismo periódico de París. La *Vie Ouvrière*, desgraciadamente, gustaba figurarse a los socialistas italianos como le era cómodo, y de esta retrasada posición suya se resiente siempre frente a las necesarias orientaciones críticas a que nos llama la actitud de los comunistas italianos.

2º) Huelga general del 20 y 21 de julio. — Fué una tentativa de liquidar con paro dominical de 24 horas una irresistible voluntad de acción del proletariado italiano. La U. S. I. convocó en aquellas circunstancias una reunión, además de los representantes de las organizaciones anarquistas, a los socialistas extremistas los cuales le dieron plenamente razón de sus críticas; pero declararon deber permanecer disciplinados a la Confederación. Nosotros nos adherimos al movimiento reservándonos libertad de acción para su conclusión. Pero 48 horas antes de la huelga general, todo el Comité Ejecutivo de la U. S. I. fué encarcelado. La misma suerte les tocó a muchos exponentes de organizaciones anarquistas que intervinieron en nuestra reu-

nión y que estaban de acuerdo con la Unión Sindical.

3º Aislamiento del movimiento de Ancona y las Marcas, julio de 1920. — Habíamos logrado reparar el frente único para la defensa de Rusia y pro Víctimas Políticas. Una reunión del Comité del frente único debía efectuarse el 2 y 3 de julio; pero en los mismos días estallaron los motines de las Marcas. Había, pues, una razón para apresurar la reunión. La Confederación, al contrario, la retardó *sine die*, y de esto dió aviso telefónico a los interesados. Ante esa noticia, Errico Malatesta censuró acerbamente el comportamiento de la Confederación en una reunión anarquista que se efectuaba en esos días en Bolonia; la Confederación sacó pretexto de ello para romper todo compromiso para el porvenir. Repetimos: estaban entonces en la dirección del partido socialista los actuales comunistas intransigentes, y su secretario, Gennari, aprobando y defendiendo con gran calor en los periódicos la obra confederal.

4º La ocupación de las fábricas, provocada y querida especialmente por nuestras masas y por los obreros más avanzados, acontecía cuando los reformistas y los revolucionarios habían roto el compromiso del frente único con nosotros, U. S. I. y con los anarquistas. Por consiguiente, la decisión sobre la orientación y la salida que debía darse a este movimiento fué tomada teniendo cuidado de mantenerse alejados de nosotros. De sorpresa vino luego el famoso concordato D'Aragona-Giolitti, que no sólo liquidaba ese movimiento, sino todo un período revolucionario que había durado demasiado tiempo sin encontrar una salida conclusiva.

Todos lo comprendían: la ocupación de las fábricas en toda Italia, la disposición de los ferroviarios, de los mineros, de los campesinos y de los marineros, a imitar el ejemplo de sus compañeros en lucha, nos llevaron al punto culminante en que o se vencía el todo o seríamos aplastados. Giolitti, lo mismo que Nitti, acusado de longanimidad, pudo demostrar en el Senado que con las fuerzas de policía no podía rendir las fábricas, mientras que del ejército no respondía: era necesaria, pues, la ayuda de D'Aragona. Mussolini comenzó su ascensión desde ese día y todo el miedo de la burguesía, las decepciones de los desviados, el oro de los industriales, al que más tarde se agregó el de los agrarios, la protección de la policía y de la magistratura, hábilmente explotadas, debían hacerle fácil la victoria.

También en la burguesía democrática social, ya neutralista frente a la guerra, se manifestaban síntomas de cansancio, pero ella esperaba siempre que los reformistas del partido socialista, hubiesen sabido aprovechar los movimientos proletarios para instaurar juntos un gobierno democrático-social. En tal caso, la reacción contra los extremistas, vendría por iniciativa estatal y los fascistas habrían podido ayudarla como fuerza auxiliar. Los socialistas democráticos, vacilaron. La unidad electoral que los había ligado a los revolucionarios, impidiendo a estos obrar aunque lo hubiesen querido, impedía a los reformistas el mismo experimento. Solo dos años después, los turatinos, viendo la situación desesperada, habrían aceptado el poder, y Turati, en efecto, fué al Quirinal en el mes de agosto; pero entonces, no habiendo ninguna revolución proletaria que aplacar,

el rey y la burguesía no tenían ningún interés en aceptar los servicios de los reformistas. Era más interesante aceptar los de Mussolini para que apagara el incendio que amenazaba extenderse demasiado. Y así fué.

Volviendo a la rendición de las fábricas y al principio de nuestra derrota, hay que decir que Giolitti empezó la represión contra nosotros, calculando sobre el silencio de los revolucionarios oficiales y de los reformistas protegidos por los revolucionarios. En efecto, 20 días después de la rendición de las fábricas, el Consejo General de U. S. I. era arrestado, y los secretarios de la U. S. I., junto con Malatesta, eran acusados de atentados a la seguridad del Estado. Poco después, habiendo resultado bien la primera represión y desmoralizado al proletariado, empezaron los vandalismos terroristas e incendiarios del fascismo cuya historia conoce el proletariado del mundo, pues nosotros la hemos denunciado muchas veces. Fué un terror inaudito conducido con sistemas militares de expediciones en gran estilo; fué la emboscada y el atentado individual; fué el incendio de las sedes sociales, de las casas privadas de los subversivos y sus parientes; fueron los vandalismos, las represalias sobre los hijos y sobre los padres. Las condenas a la ergástula para los vencidos y la impunidad para los agresores. El proletariado resistió como pudo; hubo casos de heroísmo y de vileza. En general el alma de las masas no ha sido conquistada, y hoy el poder fascista continúa con los sistemas de que se ha valido para vencer. Las clases burguesas intermedias llevan ahora al fascismo ese socorro que el fascismo hubiera podido llevarles a ellas si hubiesen ido al poder con los social-reformistas.

Una parte de los mismos social-reformistas no está lejos de llevar su colaboración al poder de Mussolini, y sólo será cuestión de un poco de tiempo. Todas las vilezas, todas las desviaciones y las desfiguraciones más sucias, tratan de abrirse camino bajo la protección del terror. El movimiento obrero atraviesa su más grande y trágica crisis. Han sido creados sindicatos fascistas, de nombre especialmente, porque de hecho sólo han sido destruidos a sangre y fuego nuestros sindicatos que estaban en plena eficiencia. Hay quien dice que el actual período de la política italiana, se asemeja mucho al período francés que sucedió a la derrota de la Comuna. Juegan su turno el pesimismo más negro y también algunas luces de optimismo: como quiera que sea, hay una minoría de hombres, y nosotros estamos entre ellos, que no ha deshonrado y que no quiere deshonrar ni deshonrar la bandera de la dignidad de clase, y que grita aún desde el fondo de tanto dolor: ¡abajo el fascismo y sus colaboradores, que fueron los que explotaron un magnífico período revolucionario, con fines politiqueros, saboteándolo en sus resultados! ¡viva el proletariado mártir que ha cumplido enteramente su deber! ¡viva la emancipación proletaria, que ninguna tiranía podrá sofocar para siempre!

Armando BORGHI





PAGINA DE ARTE



GOYA

En vano hemos pretendido, durante estos últimos años, independizarnos del arte que llena — como decía H. Focillon — de subjetivas intenciones a la Naturaleza. En vano, contra el sentimentalismo enfermizo de los malos románticos, quisimos concebir plásticamente a la naturaleza sin concomitancias espirituales; la fórmula "el cuadro no es sino un conjunto de manchas de color en ciertas formas dispuestas para producir una determinada armonía" no ha creado obras capaces de igualar a las obras maestras del arte clásico, cuya belleza reside en las sugerencias interiores tanto como en la belleza armónica de su aspecto exterior.

La belleza ideal de las academias oficiales — esos frigoríficos de fórmulas transitorias — como la belleza ideal de las academias de reacción — oposición sistemática o, más bien, reverso de la fórmula oficial — es siempre una belleza material que depende de elementos ponderables. Ahora bien, es precisamente lo imponderable que amamos los occidentales en las obras de arte. Es, en un Rembrandt, como en un Leonardo, como en cualquiera de los grandes maestros, ese no sé qué inexpresable que no es la vida dinámica, el movimiento material y que es, sin embargo, la Vida en lo que tiene de más sutil, inaferrable y misterioso.

Amamos, sí, una armonía de color, de forma y de ritmo; mas debe — para adquirir un valor de arte — tener inherente una expresión subjetiva, un estado psíquico del artista. En un cráneo de estirpe romana o celta o gala, sólidamente construido por Rodin o un Carrière, la Vida fluye, profunda, más allá del carácter particular del individuo o de la raza.

Por esto, a pesar de nuestra simpatía hacia todos los que han intentado e intentan sinceramente, encontrar nuevas expresiones de arte, para descansar de la monotonía y vulgaridad diaria, vamos a los grandes maestros del pasado con recogimiento, para abreviar nuestra sed de emociones puras y de altos pensamientos.

Emoción y pensamiento. Somos, pues, reaccionarios y pasatistas para toda esa gente que ama el "arte en sí", la "Belleza pura" y el refinamiento, confundiendo a la sensualidad con la sensibilidad, como confunde las necesidades genéticas con los caprichos de invertidos.

Amo a los artistas en cuyas obras el sentimiento se ha desdoblado en reflexiones. Sé que está de moda lo ingenuo que linda con la tontería, no importa. Amo a los artistas que piensan, que tienen su concepto de la vida y que lo expresan serena o tumultuosamente. Ciertamente, la expresión plástica de una idea es insostenible en la pretenciosa teatralidad moralizante de un Gremze; pero Durer, que pone sutiles intenciones en los menores detalles de sus serenos grabados, ¿lo es? ¿Lo es el Orcagna en el Cementerio de Pisa, diciendo, con can-

dorosa ingenuidad cristiana, las más terribles verdades? ¿Y Goya? ¿Qué artista, al fin, no nos conduce por el sentimiento a la reflexión y a las ideas?

No me refiero, naturalmente, a la representación de ideas abstractas, a la alegoría, que es una manifestación ornamental del arte decorativo: hablo del arte que transmite sentimientos y que

es al cabo sino vivir en conformidad con determinadas ideas hechas carne en nosotros mismos.

Sí, cuanto más profundo es el pensamiento de un artista, más puro es su sentimiento. Gradación infinita de matices, ésta, que culmina en la serenidad suprema. Trágico e imponente en el torturado pensamiento cristiano de un Miguel Angel, ¿a qué aguda sensación — ¿serenidad? — no llega en el espíritu investigador y comprensivo de un Leonardo?

Sentimientos — ideas morales — expresan los artistas que piensan. La vida



GOYA.—Si amanecemos nos vamos (Azuafuerte)

se vale de la imitación de la naturaleza como medio de expresión. La imitación pura y simple puede llenar ampliamente un fin decorativo, sometida a ciertas exigencias de espacio, de tiempo y de lugar. Puede llenarse un espacio — en la página de un libro, como en un muro — sin otra preocupación que la de producir una sensación de placer. Pero un dibujo ingeniosamente armónico y equilibrado no será arte si no encierra, sintético y claro, un concepto moral. Es inútil y vano buscar otro por qué al arte verdadero. Todos los grandes artistas, de todos los tiempos, nos han dicho conceptos morales, que son los que — nuestros o del ambiente — determinan nuestra manera de sentir. Sentir moralmente no

la sienten a través de su manera de pensar y sus obras reflejan sus preocupaciones de hombres que viven y sufren la vida de los hombres. Su musa es tanto el amor, como la indignación o el odio. Uno de estos artistas es Goya. Su alma vibra múltiple en la inmensidad de una fecunda labor, que prueba cómo ni la más aguda observación de la realidad, ni el pensamiento son óbice — sino al contrario — al desarrollo de la más extraordinaria fantasía.

Goya ha sido un gran pintor en el más estricto sentido de la palabra. Su paleta escribía de colores — negro, ocre, azul y

bermellón — es riquísima en tonalidades y armonías llenas y graves. Inventor de tapices, fresquista consumado, pintor excelso de retratos y de cuadros de historia, su fama se asienta, sin embargo, con predilección en sus innumerables cuadros de género y, sobre todo, en las admirables series de grabados al aguafuerte: *Los Caprichos*, *Los Proverbios*, *Los Desastres de la Guerra* y la *Tauromanía*, amén de innumerables dibujos inéditos.

Substancialmente, su inspiración es popular, su arte realista. Realista por cuanto se vale de elementos reales, comunes, para expresar sus conceptos. Pero para Goya la realidad es el medio con la cual hace comprensible sus ideas o las visiones de su fantasía. Goya no ha buscado nunca la Belleza — para él lo feo no existía o era lo insignificante. Todo lo que toca el lápiz o el pincel del maestro, adquiere un enérgico significado, expresa un carácter; la escena más vulgar se eleva a representativa, porque el gesto o la escena han sido vistos en el instante preciso que concretizaba una reflexión, una vida o una costumbre.

Contemporáneo de la Revolución francesa, respiró su atmósfera mental. Fué un descreído. ¡Nadal escribe en una de sus inimitables figuras al borde de un sepulcro. Observador agudo, conoce a los hombres que lo rodean: los desprecia. Los ridiculiza. En sus planchas se ríe de sus miserias morales y de su ignorancia. Los fustiga sin piedad, pero Goya no es un misántropo, ni es un escéptico; no tiene la serenidad del que no cree en nada y no espera en nada. El cree y espera, se apasiona y se indigna. Lucha contra las espesas sombras de ignorancia que la Inquisición derramara en España. Existe más de un dibujo elocuentísimo que prueba cómo pensaba Goya.

En los *Caprichos* de los reyes, príncipes y grandes de España desfilan despreciables y ridículos. Y no es su risa superficialmente irrespetuosa, es amarga de desdén y de indignación. Se diría que ciertas aguastintas las ha sombreado con bilis.

Su plasticidad es admirable siempre, impetuosa, desordenada como un torrente. Rembrandtesca, sin llegar a la profundidad de aquel incomparable maestro del aguafuerte. Goya, sin embargo, es de los grandes grabadores y único por el carácter de sus grabados.

Por lo demás, su concepto de la pintura era la de un grabador: "En la Naturaleza — decía — no existe el color, como no existe la línea; no hay más que luz y sombras. Dadme un pedazo de carbón y os haré un cuadro; todo el secreto de la pintura consiste en el profundo estudio del sujeto y en la firmeza de la ejecución".

Esta firmeza de ejecución la ha poseído Goya como nadie, y el profundo estudio del sujeto, toda su obra lo prueba.

Y he aquí en qué forma categórica repudiaba la belleza académica:

"Siempre líneas y nunca cuerpos. Mas, ¿dónde ven esas líneas en la Naturaleza? Yo no veo más que cuerpos iluminados y cuerpos que no lo están, planos que avanzan y planos que retroceden; relieves y profundidades. Mi vista jamás

descubre ni líneas ni detalles. No cuento los pelos de la barba al individuo que pasa, ni me fijo en los botones de su traje, y mi pincel no debe ver más que yo. Al revés de la naturaleza, esos cándidos maestros ven detalles en el conjunto, y sus detalles son casi siempre falsos y convencionales. Ahorrarían a los jóvenes discípulos el trabajo de trazar durante dos años, ojos con figuras de almendras, bocas en forma de arco o de corazón, narices como un siete invertido y cabezas ovaladas, si les enseñasen que la naturaleza es el único maestro de dibujo".

No otra cosa decía pocos años después el gran Delacroix rebatiendo a la escuela de Ingres sus teorías sobre el dibujo. Los detractores de Goya y Delacroix han dicho que no sabían dibujar, porque no contaban los pelos de la barba del hombre que pasaba ni los botones de su traje.

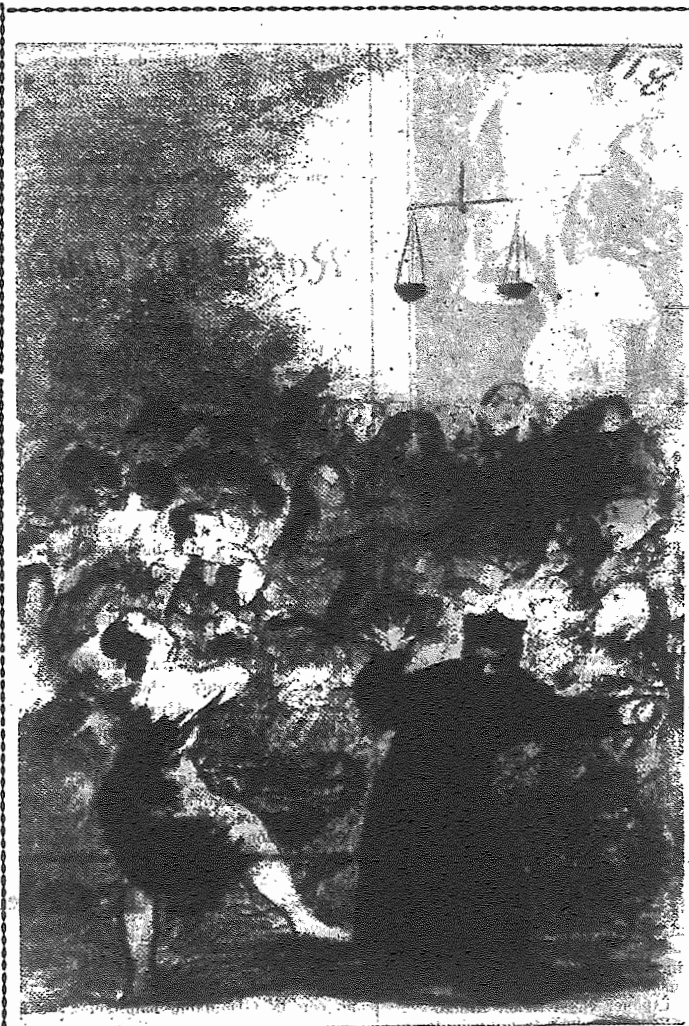
Todos sus grabados (80 planchas de los Caprichos, 33 de la Tauromaquia, 80 de las Miserias de la guerra y otras de los Proverbios y grabados sueltos), tienen un sello especial, ricos en valores, fuertes de dibujo, siempre expresivos e interesantes, además de las cualidades del artista plástico, ponen en evidencia al hombre que piensa, listo siempre para decir rudamente lo que siente ante las injusticias y miserias que cometen y soportan los hombres. Monumento en el género son los *Horrores de la Guerra*. Contemplando todo el horror que pinta Goya, no nos explicamos por qué se le ha querido presentar como un clínico incapaz de elevados sentimientos. Al contrario, Goya ha sido el más humanitario de los artistas de su tiempo. Es el primero que flagela despiadadamente a la guerra, y que con los acentos vigorosos de su más rudo realismo expone las horribles carnicerías, el bestialismo y la brutalidad de la fuerza. La fuerza, ante la cual nada valen las más preciadas conquistas del espíritu, se ceba en él vencido y lo masacra sin piedad. La violencia estalla en cada plancha con notas nuevas de angustia, de terror y de muerte. La insolencia del triunfador ríe a la sombra de los árboles, de cuyas ramas penden ajusticiados; madres y esposas sollozan implorantes a los pies de energúmenos que destripan como reses a sus hijos y maridos. Atmósfera espesa de sangre y sombra la de estas 80 planchas de Goya!

Un calor de indignación vivifica las escenas que graba y lo patético fluye fácilmente. A veces, sin embargo, ríe de verdad y como un buen hijo del pueblo ama lo grotesco. Cuando lo emplea hace con él una epopeya. Lo grotesco en Goya es como un cauce amplio, donde burbujea el torrente impetuoso de su fantasía, única por la riqueza de elementos, por la espontaneidad, la frescura y lo pintoresco. Porque la suya no es la fantasía cerebral de los Hoffmann ni de los Rosp, ni la lógica y abstrusa representación de la fantasía de Durer. Rosp, Hoffmann, Durer, Leonardo, tienen una dirección, una disciplina mental. Fantasía cerebral dije — es decir como el anverso de espíritus lógicos, razonadores —; Leonardo, ávido de belleza, de armonía, de serenidad, descansa dejando posar la vista en lo monstruoso, en lo desproporcionado, en lo turbulento. El, que investiga las leyes de la armonía, analiza con crudeza los menores accidentes de un rostro desfigurado por el tiempo, el vicio o las enfermedades.

En Goya no. Su fantasía no sufre limitaciones mentales de ninguna especie.

De la realidad usa como de un trampolín, para hacer las piruetas más inesperadas. Horribles o alegres, sus sueños, son sueños realmente. Ningún hilo sutil une sus elementos, que, libres, están fuera del tiempo y del espacio. Sueños, es decir, figuras vivientes en un país sin leyes naturales ni físicas, donde elementos diversos e incompatibles se acoplan y dan vida a seres grotescos, que tienen nuestras pasiones, terrores y alegrías; donde brujas vuelan efectivamente sobre palos de escobas, en cielos sombríos, en fin, donde una muchedumbre de seres fantásticos desfilan en lo imprevisible y lo inesperado.

En Goya lo fantástico no es una reacción a un estado habitual, es más bien una exacerbación de su cualidad pictórica principal: es decir, amor a lo pintoresco.



Dibujo de Goya

Goya ha amado lo pintoresco como nadie; en esto precede a los románticos.

Realista, como buen español, crea sin embargo, para sus escenas, ambientes excepcionales de luz y de movimiento. Es la vida del pueblo la que él ama — el bullicio, la alegría del movimiento, la muchedumbre multicolor. Pero él la vé siempre bajo un aspecto inusitado de grandiosidad, de riqueza, de expresión. Tiene, como pocos, el don de los grandes contrastes. Su visión magnífica, porque percibe lo esencial; entonces el artista con nada construye un mundo. Percibe

lo fundamentalmente expresivo, la síntesis y el carácter de las cosas. Por esto fué un gran captador de vida, realizando retratos notables, de aguda observación psicológica.

En el Museo Nacional de Bellas Artes, en la Sala Roverano, hay un cuadro de Goya interesantísimo. Las cualidades que acabo de señalarle al artista están allí de manifiesto. Un gran contraste de luz y sombra. Bajo un puente una multitud está de holgorio; se danza y se charla; parte bañada en luz, parte sumida en la sombra cálida y transparente del puente. La tela está llena de vida. El colorido sobrio pero eficaz, la técnica, impulsiva, de una audacia insuperable. Tela improvisada, no deja de ser una de las pocas lecciones de arte de nuestro museo.

Evidentemente, eso es realismo y, sin embargo, ¡qué lejos estamos de esas fotografías en colores, frías, inexpresivas,

Nació en 1746 y murió en Burdeos, en 1828, a la edad de 82 años. Su vida y su obra merecen algo más que este ligero artículo. Séame excusa el mucho amor y la admiración que profeso a los artistas que, como Goya, supieron ser también hombres, sufriendo y combatiendo en la vida común por la Verdad y la Justicia.

ZERO.

(o)

MEUNIER

El escultor del Trabajo

El arte de Constantín Meunier es un arte de piedad, ciertamente, pero sobre todo arte de fuerza, de temeridad y de victoria. Constantino Meunier ha osado inspirarse en la vida moderna, y tal como el trabajo febril y formidable los ha moldeado, en seres de realidad cotidiana para emplazarlos en los frontones del arte. Esto parece simple. Sin embargo, muchos artistas lo intentaron vanamente y Meunier es casi el único que ha tenido éxito constantemente.

Es que para él la realidad no era sino un pretexto para poner de relieve el carácter. Todo objeto, por vulgar que sea, puede presentarse bajo un ángulo tal que el ojo del artista le descubra un motivo de exaltación y de entusiasmo. Ahora bien, desde que no existe exaltación, ya no se trata de vista, sino de visión, y existiendo visión hay motivo de belleza.

Todo gran artista es un visionario. Meunier lo es. Pero su visión, modificando la realidad, no la traiciona, no la quiebra, no la dispersa, no la martiriza hasta el punto de hacerla estallar. No la deforma nunca por lo exterior.

Al contrario, él no la estudia sino para reforzarla. Nos aporta una realidad más aguda, más expresiva, más heroica; una realidad modelada y deformada por lo interior, lo cual se traduce, escultóricamente, por una acentuación del modelado.

He aquí por qué él ni necesitó, como tantos otros, inventar ni esculpir dioses o símbolos; a él le fué suficiente observar al campesino, al peón, al minero, al obrero, para elevarlos como otras tantas imágenes bellas e imperecederas. La realidad fué para él el trampolín sólido en donde, para elevarse, su arte recibe siempre el choque de su primer impulso.

VERAHEREN.

(o)

Protección Oficial en el Arte

"Lo que el Estado estimula lan guidece, lo que protege muere."

L. P. Courier.

Los Mecenas de todos los tiempos han ocupado cargos gubernamentales, y desde el poder han pretendido, con prebendas, estimular a los artistas para inmortalizarlos. Más si analizamos detenidamente, llegaremos a la conclusión de que los han esclavizado, malgastando sus energías en obras con temas impuestos o reproduciendo personajes de escaso valor artístico.

Hoy, con la democracia, el Mecenas es el pueblo, y como éste se halla delegado y representado por el gobierno, cabe interrogar: ¿Debe el gobierno encargar y proteger al arte?

Quien conteste esta cuestión, implícita-

que pretenden traducir fielmente la verdad y que llenan esa misma sala de aburrimiento!

Goya es más célebre por sus grabados que por sus pinturas. Pero si como grabador es de los grandes, como pintor no se queda atrás. Ha sido el artista que inauguró la serie de los grandes pintores modernos, por su independencia, por su mentalidad y por su temperamento apasionado e inquieto.

Nadie recogió su herencia en España, y en él termina el ciclo de los grandes artistas españoles.

mente manifiesta sus ideas sobre lo que cree que debe ser el artista.

Siempre que sobre el tapete de la discusión pusimos este tema, entre nuestros artistas y aficionados, tres posiciones han ocupado para debatirlo.

Una inmensa mayoría, que toma el arte como profesión distinguida y con opti-

del jurado. De nuestros ignorantes e incultos adinerados nada esperan; pues saben que son compradores guiados por las negativas apreciaciones de la prensa comercial o por los venales consejos de entendidos de oficio y comisión.

Nada de apoyo oficial, vociferan; el poder da vida raquítica a un arte incapaz



Goya—Dibujo

mas finalidades económicas, clama enérgicamente, como cualquier sociedad industrial, que se fomenta y proteja el arte con los medios oficiales que pueda el gobierno. Piden que se otorguen muchos y valiosos premios, que se abran grandes y lujosos salones anuales, que se pensionen jóvenes en el extranjero, que se establezcan concursos con selectos jurados, que se incite a nuestros potentados a comprar obras de firmas nacionales, y hasta... que graven fuertemente la importación de obras extranjeras.

Una minoría de despechados, en la posición contraria; clama contra toda intervención oficial. Puesto que están convencidos que ellos no podrán disfrutar nunca de los pingües beneficios oficiales, por su humilde cuna, por dignidad artística, o por su impotencia para disputar contra los dotados de única audacia, de camalónica simulación o de "vanita vanitatum". Armados de un espíritu irónico, satirizan los mistificados concursos; atacan la injusta y capciosa distribución de premios; señalan la vacuidad y el impersonalismo de nuestros artistas oficiales; miden los fines comerciales de nuestro salón y no dejan en pie un jurado sin disecarlo para mostrar la incompetencia de esos hombres que carecen de altura moral para rehusar cargos que no cuadran con su preparación. Siempre tienen a flor de labios una lista de ex pensionados, a quienes atribuyen su elevada vocación artística a casualidades políticas o de parentesco; que no hacen más que trabajar a plazo fijo para el salón anual, y salvan las estrecheces del año con los pingajos que les arroja algún amigo

de andar sin muletas, que apenas vivirá, como flor de invernáculo, los pocos días que vivan los autores y que ya nace tardado por una herencia morbosa que roe su médula: la fatuidad y el interés. La protección oficial favorece a esas "simbiosis" autobombásticas, entre literatos (pintores y literatos, que genializándose mutuamente, se reparten canongías oficiales, que les permiten vivir superhombriamente, la pacífica y la cómoda vida burguesa, ribeteados de mundano oropel y aureolados como apóstoles del mistificado arte nacional). No son pocos los consagrados que, bien rentados, vegetan en cátedras y empleos oficiales, esperando jubilarse como cualquier tintorero, sin más méritos que el título de artista nacional otorgado, por haber conseguido exponer en el Salón Anual.

Es de lamentar que esta minoría demoleadora, con piqueta volterriana, gaste sus mejores energías en el combate de las ideas, en detrimento y mengua de sus nobles aspiraciones artísticas. Estos jóvenes se sienten asfixiados no sólo por falta de un sano ambiente que les sirva de precioso caldo para el cultivo de su pasión artística, sino que se hallan forzados a respirar una atmósfera envenenada de mistificación, de falsía y vanidad artística.

Por eso su defensa es la ironía, su gesto el desdén y sus rostros reflejan la triste expresión de los condenados a ser infecundos por íntegros o a producir para el triunfo oficial, entrando con la cerviz gacha por el estrecho círculo de las ventajas burocráticas con que paga el Estado.

Da pena pensar en el dilema, y más agobia ver el triunfo de los botarates paniguados, de los incoloros besamanos, de los neutros mesurados sin pasión ni dignidad, que figuran en nuestro arte, amparados en la inconsciencia que les da su vanidad.

Felizmente, no todos consideran el asunto desde tan opuestos puntos de vista; pues siempre se encuentra una reducida minoría, a quienes les tiene sin cuidado que el fisco a manórota proteja a cuantos cortesanos le halaguen. Es este el grupito sin bandera ni dogmas sectarios.

Cuando oyen lamentarse a los que se quejan de la insuficiente protección oficial que tenemos, ríen con sonora carcajada cual si vieran a Sancho Panza metido en una nueva aventura, la de artista nacional. Y si escuchan a los iconoclastas demoleadores, responden encogiéndolo los hombros, con un gesto de altivez y dejando oír un: ¡Qué nos importa!

En ese "qué nos importa" hay una sana convicción de fe en un lejano pero verdadero triunfo; del que sea sincero, del que modestamente llegue a expresar lo que sienta, lo que vea o lo que su imaginación cree. Son éstos los que, sin pedir ni repudiar ayuda de nadie, colocaran, frente al Salón oficial de Primavera, el Salón libre de Otoño. Se librarán de los premios no disputándolos. Contra los jurados incompetentes nombraron al pueblo. Y así, sin pompa ni oropel, trabajan y estudian hasta lograr triunfar ante sí mismos, para imponerse a los demás.

Pilades DEZEO.

Rafael D' Urbino

Belleza, cristalizándose en un círculo de perfecta beatitud y esterilidad, es toda su obra. No es el sembrador que lucha, se tortura, estudia y observa, y apunta febrilmente, y sí el realizador que se asimila todos los descubrimientos, tanto los de sus antecesores como los de sus contemporáneos, utilizándolos con desenfado y gracia única. Hombre mundano, de fácil conciencia y mano diestra, supo comprender muy bien su tiempo, al divinizar las madonas que, por las calles de la ciudad papal, paseaban el esplendor pagano de sus bellezas... Uno de los aspectos más característicos de su época, se refleja así en su obra, como en un estanque sin sombras, claro. Y mientras maese Leonard crea un santoral, cuyos personajes están mordidos por la duda y por la angustia de una enigmática y sutil inquietud; y Miguel Angel crea sus esclavos que, cual simbólicos prometeos, pugnan, en un movimiento envolvente de desesperación, por arrancarse de este

mundo de dolor, él, Rafael D'Urbino, pinta las Tres Gracias, maravilla de eurytmia, pinta la Virgen de la Pradera, que es todo solaz, dicha de vivir, recreo de los ojos y del espíritu... Pinta, entre fiestas, música y risas, eternizando en escenas de luz y color, el regocijo, el "gaudio" íntimo de que está poseída la humanidad que le rodea; "gaudio" que, antes, se hiciera ruidoso y estallara en carcajadas, en los cuentos de Bocaccio, y que, en el pincel del Mago D'Urbino, es siempre suave, equilibrado como si un soplo helénico animase todos los ritmos y movimientos de sus figuras.

He ahí su mayor gloria.

Sin embargo ¿qué pintor, qué artista, ya Cezanne, Puvis de Chavannes o Denis, ha ido hacia las telas de Rafael, en demanda de un horizonte o sendero inédito, por el cual seguir? Casi ninguno, por no decir ninguno. Al contrario. Posteriores escuelas pictóricas atacaronle. Y tuvieron razón. La evolución de la pintura se detenía en los cuadros para reasumirse en un círculo destellante, por encima del cual había que saltar valientemente. Los prerrafaelistas así lo barruntaron, sin que sus esfuerzos fueran todo lo eficientes que era de esperarse. Pero fué una advertencia. Buscad sino, y veréis que ni una sombra del pasado turba la obra rafaelsca, ni una preocupación del futuro la inquieta. Serena, armoniosa, sugiere la imagen del hombre-estante a quien todas las circunstancias favorecen: el paisaje y la hora, y llega a tiempo para sorprender el instante cenital de toda una época. Y hé ahí, también, su mayor "chance", a la cual, quizás, renunciaron voluntariamente Leonardo y Miguel Angel.

Y si Rafael fué el Presente, un momento luminoso del Renacimiento, y Miguel Angel fué el Pasado, el "último gótico", como le denominara Rodin, el vidente que ha menester del paso atrás para saltar adelante, el hombre-árbol, cuyas raíces necesitan hundirse en lo más profundo de la tierra para subir más y más hacia el cielo; Vinci, el poleiforme, es aún el Futuro, la eterna inquietud humana, el hombre-río, que corre sin cesar, desperdigándose, explorando, en busca siempre de nuevos horizontes, y que consigue, dejar tema y labor a veinte generaciones, en tanto que la imitación o el estudio de un sólo rasgo de Rafael es hoy algo peligroso y reacionario.

ATALAYA

UTOPIAS

Basta una sola mirada a nuestro alrededor; basta ponerse un instante a tono con la formidable palpitación de la vida universal, para tener la consciente seguridad de que estamos en un momento de transición, de evolución, de rápido cambio de valores sociales y materiales en la historia de los pueblos. Muchas veces, todos nosotros, creo, saliendo por un momento de la lucha dolorosa de la vida hemos intentado mirar el mundo y su organización fríamente, cerebralmente, como algo agano a nosotros mismos!

Y la pregunta enorme surge imperativa:

¿Es la tierra sólo un globo fantástico rodando loco en el vacío cargado de angustias, de dolor, de muerte; un semillero de congojas creado por un demiurgo ma-

ligno, en el que nos agitamos como pobres fantoches delirantes; ó forma parte de un todo complejo y matemático y va hacia algo y por algo y evolucionamos siguiendo un fin que si no somos capaces de comprender, vamos siendo ya capaces de vislumbrar?

Esta es la angustiosa interrogante que aletea sobre la humanidad.

II

Desde la oscuridad de los tiempos han intentado contestarla todas las religiones y todas las filosofías puras todas en sus comienzos, prostituidas y embarradas después por los más bajos materialismos.

El anarquismo, nuestro ideal ¿qué es nada más que una clara escuela de ética,

un vasto sistema filosófico, y aún una religión radiante de doloroso fanatismo al reflejarse en algunos espíritus?

El también busca con angustia ciega la respuesta al gran interrogante.

De la masa palpitante del pueblo que sufre, de su ignorancia, de su miseria, de su dolor surge como un prolongado lamento de desesperanza... No es nada, nada es posible; no vamos a nada... no tenemos ningún derrotero, ninguna luz... La única liberación es la muerte; la gran niveladora... Y es tan grande el dolor de esta negación que al único remedio a que puede aspirarse, que a gritos debían pedir los que sufren, sería la Santa Dinamita que hiciera volar en pedazos y desahacerse en el caos el globo doliente del que sale solo una música de gemidos y de lamentos...

III

Pero nuestro ideal nos da, no el vislumbre, la certeza, de un mundo mejor. — Y ese mundo debemos forjarlo nosotros.

Desde el momento que despierta en el hombre el ansia ardiente de mejorar a la pobre humanidad atada como Ixión a la rueda de su dolor; desde que comprende que cada ser viviente es una fuerza y un derecho; y ansia la redención humana no importa cómo, ni con qué medios y trabaja y lucha por ella, procurando despertar en todos y en cada uno la conciencia social, ese hombre se ha vuelto un redentor: Cada hombre que lucha tiene algo de divino. — Divino en su obra destructora que es el amor mismo; sagrado cuando llora, sagrado cuando mata...

Hoy, en el derrumbe moral en que se agita el mundo; debido, para nuestra comprensión, a la guerra europea como uno de los principales factores; y en la oscuridad de los destinos humanos a quien sabe qué complejidad de enormes causas; el ansia de verdad, la divina chispa solo ha quedado en la masa esclava de la humanidad que sufre, y brilla sobre la frente de los más doloridos, de los más perseguidos, de los más escarnecidos. Es nuestra, hermanos; y la chispa divina se hará un gran incendio...

IV

Hablamos de Revolución Social. — Esta, que en los fríos momentos de razón a nosotros mismos llegó a parecernos un sueño irrealizable, es ya un hecho... y no bastan todas las palabras, todo el oro, todo el tartufismo burgués para romper la fuerza de los hechos.

Nuestros hermanos rusos la han conseguido. — Dirán que Rusia es un caos, que su régimen es un fracaso. Donde hay diez personas hay diez opiniones; máximo será en esa obra cuyo enorme escenario es el mundo y el público que la sanciona toda la humanidad. — Pero sin palabras, la revolución es ya una verdad inmutable.

V

El actual momento social es nuestro momento de prueba. Ahora es cuando rompiendo puentes de palabras deben unificarse todos los ideales; unirse los afines como en un enorme alquimismo moral y espiritual y cada ser consciente mirarse frente a frente con su conciencia.

Anarquistas: ... pero, busquemos en nosotros mismos qué es ser anarquista.

Aquí cabe el vulgar y viejo dicho, vulgar de verdadero. Entre los anarquistas "ni son todos los que están, ni están todos los que son..."

Puede haber más verdad en el bruto inconsciente que cierra los puños y se rebela no sabiendo contra qué ni contra quién, como no sea contra su dolor mismo, que en el hombre de graves estudios sociales que después de pesar en la balanza de su suficiencia todos los adarques de injusticia, de horas de trabajo y de centavos de jornal, termina tomando café con los sanguisuelas del pueblo en un saloncito del Congreso. Y es que la verdad está muy lejos de los libros de sociología...

La verdad se encuentra sólo con la luz del amor; está escondida en cada corazón... La encontraremos crispados de dolor ante los niños raquíticos; ante las bocas ardientes de las fábricas, ante el pan escaso, ante el hombre sucio y sudoroso de huesos molidos que no tiene en su conventillo un rincón para limpiarse; ante la pobrecita que vende su cuerpo; en la vieja mendiga que llora de miseria... Sintiendo encontraremos la verdad. Podemos buscarla en los ojos y en las manos cálidas del hombre que ha matado por rebeldía...

VI

Los hombres hicieron del mundo un infierno, peor que el de las pesadillas de la edad media... A los hombres nos toca reparar el mal. ¿Cómo? No importa cómo.

Y miramos uno a uno los hombres a nuestro alrededor. Los mejores, los más puros ¿qué haremos con ellos?... Nada... Es la verdad: ¡nada!

VII

Detenerse en la evolución es morir. No evolucionar es aniquilarse.

En nuestras filas hay tantos seres retrogradados como los que podríamos encontrar entre frailes negros y fanáticos. — Como toda escuela de ética; la más leve falla en la comprensión del sistema trae el cisma y el desequilibrio. Hoy por hoy el que llega a llamarse a sí mismo anarquista; si es un ser leal y consciente asume enormes responsabilidades consigo mismo y con la humanidad.

Cada anarquista, sin descuidar la acción colectiva que es su fuerza, debe (para sí mismo) cultivar un rígido individualismo. — Es el hombre que va a la vanguardia de la humanidad, el que recibe el choque, el que cosecha el dolor. Y debe hacerse digno de ese dolor. — Empezando por el hermano, analfabeto que solo sabe sufrir en su carne hasta el hermano cerebral que sufre en su enorme comprensión como el otro en su infinita ceguera; el dolor es el mismo desde que la chispa divina nos tocó la frente:

Buscar, buscar, Buscar el medio más bueno, economizar lágrimas, economizar dolores para la gran jornada...

Y mejorarse cada uno a sí mismo, y procurar mejorar todo lo que esté dentro de nuestra órbita de acción por pequeña y modesta que parezca. En el enorme esfuerzo colectivo nada se pierde.

VIII

El rebelde de hoy es el redentor de mañana, el que prepara con su sangre el camino al porvenir.

Si todos comprendieran estas verdades,

des, claras como la luz del Sol; si todos fueran capaces de sentir lo enorme de su responsabilidad y capaces de afrontarlas; tal vez se ralearan nuestras filas; tal vez hubiera menos voces que gritaran "...Soy anarquista, viva la revolución"; pero las voces que se alzarán serán más graves y más serenas y todas tendrían el eco claro y fuerte de las verdades comprendidas.

Cada hombre nutriría su espíritu; cada día asimilaría a él algo nuevo; algo que pudiera transmutarse en conocimiento y en poder: algo que pudiera ser como el pan de cada día a las almas de los hermanos más ignorantes y más desgraciados.

El sentido político en las luchas contra la sociedad

La sociedad de mañana ha de fundarse sobre la conveniencia colectiva, consultando todas las exigencias del espíritu humano y aquellas que se refieren a la propia existencia. La razón y no el instinto, imprimirán al futuro sus características. Suponemos que nadie de los que al porvenir consagran esfuerzos piensa en el retorno a la sociedad natural regida por el desconcierto de las pasiones, en que cada cual lleve el ejercicio de su voluntad fuera del círculo que es propio del ser racional.

Por lo menos no se concibe tal pretensión en un hombre mentalmente bien conformado, pues es preciso hacer notar que el anarquismo no está exento de ciertos morbos milenarios, representados en su seno por espíritus enfermos, cuya oposición al régimen imperante es sugrida más que por una convicción libertaria, por un deseo enfermizo de venganza contra los hombres. Hay que advertir la profunda diferencia existente entre los que combaten en nombre de una pasión creada y los que obran a impulsos de un odio irracional, que no ve en el adversario sino la intención de privilegio que ocupa y no razona los factores históricos que han determinado el hecho.

Con frecuencia, los que así interpretan las luchas del anarquismo, se desenvuelven entre nosotros con arreglo a los principios de una moral egolátrica y terminan por aceptar posiciones cómodas, de las que la sociedad brinda a los más audaces, transformándose al final en recalcitrantes conservadores.

Proponemos un sistema de vida para el hombre, basado en el consenso colectivo, libremente aceptado, y teniendo en vista la mayor felicidad de todos. La ciencia tiene en nuestras concepciones un puesto respetable. No nos mueve un fatalismo inconsciente que acoge a los desesperados y los determina a verificaciones sin método ni finalidad, que se pierden en el infinito de las cosas vulgares, o se estancan en una conquista efímera, llamada a desvanecerse como los calores de otoño.

Las esperanzas puestas en el porvenir de la historia, no pueden ser sino de naturaleza primitiva. Los hechos por sí solos no crean nada; cuando más suministran algún caudal de experiencia que es ciencia real.

Atendidos a este principio, hemos pensado en construir la sociedad ideal, como

Cada anarquista podría ser fuerte y sereno y dulce. Podría besar como un niño y matar como un hombre. Podría ser consciente de las fuerzas que despertara y capaz de dirigirlos. Y esos hombres puros serían los arquitectos del mundo nuevo.

Y una gran paz y una gran dicha descenderían desde sus corazones hasta la humanidad regenerada.

Pero no soñemos. No es tiempo aún. Los más formidables enemigos que tiene la acción son los sueños. No es tiempo aún de soñar.

Salvadora Igelina Bruch

una necesidad imperiosa de la vida humana, que anhela materializarse en la forma concreta de un nuevo período histórico.

Y toda forma de convivencia que instauren los hombres, será necesariamente el resultado de un pacto colectivo, un acuerdo perentorio destinado a perdurar hasta tanto otras concepciones superiores de vida no vengán a sustituirlo; claro está, sin renunciar a la revolución previa que ha de desarraigar los obstáculos opuestos al libre entendimiento humano para hacer posible la vida común.

Una sociedad así, será, pues, política, y toda acción realizada en pos de su conquista, tiene un evidente sentido político. Se entiende que nada hay de común entre esta concepción política de la lucha contra el régimen presente y sus proyecciones sobre el futuro, con la interpretación vulgar de la política corriente.

La existencia de las actuales formas sociales, no son el producto de un consentimiento recíproco por parte de los hombres. Son la esencia de una imposición por parte de unos cuantos y tienen por base la ignorancia de la mayoría, que no actúa ni opina sino de acuerdo con las conveniencias de los que gobiernan. No hay, entonces, relaciones políticas entre los hombres; sólo existen medios de subyugar a los pueblos y no un arte de gobernarlos, como el que se atribuye a las funciones del Estado.

¿Careció el anarquismo en esta región del continente Sud Americano, de ese sentido político?

No, por cierto. Y esta condición de hábil orientador a través de los movimientos propulsores, lo ha distinguido entre todas las fracciones anarquistas del mundo.

En efecto, mientras en otras partes se filosofaba, trazando planes prefuturos, o se confiaba en demasía en los actos individuales, atribuyéndoles trascendencia decisiva como medio de conmovir a las multitudes y lanzarlas a la insurrección, aquí se araba hondo en la conciencia popular, sumando esfuerzos a toda manifestación de descontento que el pueblo surgiera, identificándose con las aspiraciones de los trabajadores, aunque estas estuviesen tan lejos de nuestra concepción transformadora. De ahí esa posición única, ocupada por el anarquismo argentino en una ruda brega de tres lus-

tros, posición de la que no se nos ha podido desalojar y que las reacciones más borrascosas, lejos de destruir hubieran de consolidar férreamente.

Los fenómenos inherentes a la explotación del trabajo, consecuencia indudable de aspiraciones momentáneas que no es dable satisfacer dentro del régimen del monopolio, desechado por el anarquismo de otras regiones, que habían supuesto de naturaleza conservadora toda acción destinada a resolver problemas perentorios, fructuosamente aprovechados sin curarnos de ciertos escrúpulos doctrinarios, que nos hubieran, a no dudar, transformado en revolucionarios de academia, con esos resabios de jacobinismo que palpitaron en el espíritu del mismo Bakunin.

Sin suponer ni remotamente que haya más culminado la meta definitiva en cuanto a táctica, potencialidad e inteligencia, podemos afirmar que hemos extraído del campo fértil de las luchas proletarias todos los frutos que le son propios, hasta colocar entre los pliegues de la bandera de un vastísimo conglomerado obrero, nuestro emblema de guerra: el Comunismo Anárquico.

Nada más que como emblema y expresión de un sentimiento popular, que se acentúa en el correr de los años, acrecentando el poder de nuestras falanges en virtud de condiciones especialísimas creadas por un excelente tacto político, en la acepción propia de la palabra. Porque declarar anarquista a ese conglomerado, aparte de que significaría embarcarse en los bajiles de la fantasía, no agregaría a nuestras conquistas morales mayor gloria y si nos rebajaría hasta las concepciones pequeñas de los partidos tradicionales, que suman sus valores por el número de los que dicen sustentar sus creídos políticos, o los acompañan con sus simpatías. El repudiable criterio de director del rebaño se desarrollaría en breve si incurriéramos en el error clásico a las greges del politiquerismo actuante, declarando nuestro todo lo que nos rodea y nos secunda en ciertos planos de la actividad revolucionaria.

A este respecto lecciones hubo bien contundentes para que aprendiéramos a distinguir aquellos valores que parten del alma misma del individuo, evolucionando hacia la común aspiración anarquista y los otros que solo son accidentales y están sujetos a circunstancias de ambiente, oportunidad, etc.

He ahí porque no atribuímos a la sindicalización por tendencia que algunos han insinuado en estos últimos tiempos, más valor que el de una mera declaración, posible de disolverse ante la realidad de las cosas humanas, en particular de aquellas que como la organización obrera obedecen a factores extraños al pensamiento anarquista. Y anotamos esta consecuencia:

El ambiente anarquista es de optimismo. Donde quiera que penetremos, desde la ciudad opulenta al humilde villorrio pampeano, o a la sonolienta ciudadela andina, hay manos de hermano que estrechar, corazones que palpitán al unísono de los nuestros, espíritus animados de fervorosa pasión renovadora. Para los sentimentales, los buenos camaradas de sencilla fe, hay un problema fundamental resuelto: el del espíritu.

Han llegado a la insensibilidad con respecto a las cosas externas. Su mundo lo llevan dentro, escondido para los vicios y defectos de la civilización burguesa. Es su vida la de los hipnóticos, extraños a



Ayer, Hoy, Mañana

cómo lo circunda. Y sin desconocer la influencia bienhechora que esas almas sin mácula difunden entre la atmósfera celestrea de esta civilización corrompida, no atribuímos a sus propósitos de una organización por tendencia, más que los de un noble deseo. Porque si el anarquismo puede ser orgánico, su estructura ha de ser coherente con su finalidad. Un anarquismo económico sería una aberración. Con lo cual queremos evidenciar como esta vez el vidente sentido político que tan

fructuosos resultados aportó a nuestras luchas, naufragaría en el mar de las contradicciones, desbaratando esa unidad de acción, a la que tanto debemos.

Medios y fines tienen estrecha correlación y se resienten como un cuerpo sano herido en plena salud.

La moral anarquista sin ser dogmática, tampoco puede ser regresiva. No se impone, pero tampoco se somete. Cuanto más podrá adaptarse el hombre anarquista a temperamentos circunstanciales ha-

ja la presión de necesidades imposibles de vencer sin perder de vista su ideal y aun sirviéndolo a trueque de concesiones con el medio en que actúa, pero solo en emergencia y para obtener cosechas providas para su acervo ideológico.

Que esa fué en síntesis la modalidad más saliente del anarquismo en esta tierra de América y el secreto de su considerable fuerza actual.

José M. ACHA

¡PRIMERO DE MAYO!

Para LA PROTESTA

Dos palabras, que han sido por más de treinta años un grito de guerra, un grito de esperanza, un grito de alegría...

¡Cuántos recuerdos, a este grito, retornan a nuestra mente, suscitando en el corazón un sentimiento de melancólica nostalgia, acompañada de ese tenue pero infrangible hilo de

esperanza que nos hace permanecer en la brecha fieles a nuestra fe, a nuestro ideal! Nombres queridos, fechas radiosas, mártires sublimes, todo retorna ante nosotros; y entonces nosotros nos decimos:

— ¡Tantos sacrificios, tanto trabajo, tanta sangre vertida, tantas palabras y tantas ideas, todo estará destinado entonces a desaparecer, a ser arrollado en la tempestad infernal

que, hace ya nueve años, sopla sobre el mundo sus miasmas envenadores y sus violencias destructoras? ¡Nos hemos conmovido, entonces, inutilmente en aquel lúgubre noviembre de 1887, que nos trajo la noticia del martirio en Chicago de los cinco héroes que en mayo de 1886 habían osado levantar la bandera de la rebelión obrera? ¡Inutilmente, pues, en las plazas de París, de Fourmies, de Roma, de Barcelona, el 1.º de mayo de los años sucesivos los proletarios afrontaron la ira burguesa, regando el suelo con su sangre?

En cada parte del mundo, cada

1º de mayo, hombres de coraje y hombres de fe, hombres de pensamiento y hombres de acción — Kropotkin y Most, Reelús y Gori, Salvachea y Ferrer, Luisa Michel y De Cleire, y tantos y tantos otros, — iban entre las multitudes para alentarlas a pensar y obrar, para hacer acto de solidaridad con ellos contra la tiranía y la explotación. ¿Serán entonces, aquellas, palabras inútilmente arrojadas al viento? ¿Inútilmente, entonces, pensadores innumerosos, científicos y filósofos, habrán llenado bibliotecas para demostrar el buen derecho del hombre, de todos los hombres, al pan y a la libertad?

— ¡No! ¡no! ¡no!... responde con ímpetu de protesta, desde lo profundo de nuestro corazón, nuestra conciencia de hombres que, aún entre cadenas, se sienten espiritualmente libres. Eso no es posible. A través de los milenios el ideal sublime de la libertad y de la fraternidad humana ha progresado, entre victorias y derrotas parciales, siempre más adelante; y si por el momento debere mos soportar el tedio de una tregua, los peligros de un retroceso, no pasará mucho tiempo sin que la historia reemprenda su fatal andar.

La humanidad atraviesa hoy uno de los períodos más oscuros, como siempre los hubo después de las grandes guerras. Especialmente Europa es presa de una espantosa crisis, que no es solamente económica y política, sino también moral. Quizá es sobre todo moral...

Un período semejante, de regreso espiritual, los historiadores lo describían al día siguiente de las guerras napoleónicas, cuando los ejércitos de la Santa Alianza, bajo la guía política de Metetrich y la militar de tres emperadores, sofocaban todo anhelo de libertad desde París a Milán. Fue un período histórico igualmente oscuro aquel que en el declinar del Renacimiento, mientras los últimos vestigios de las libertades comunales caían bajo la tiranía de los príncipes, por el esfuerzo asociado de la Iglesia y del Imperio, arrancaba aceros de ira a la gran alma de Miguel Angel:

Dolce m'è il sonno e più l'esser di sasso
Infìn che il danno e la vergogna dura!

No es previsible a qué conducirá esta crisis de conciencias, en la cual lo que sobre todo nos espanta es el oscurecimiento casi completo del sentimiento de libertad. Muchos, también, de los que se dicen revolucionarios, y que en el terreno político y de la lucha de las clases persiguen un fin de igualdad social, parece que ríen de esta aspiración a la libertad, que se ha formado a través de siglos de lucha entre pueblos y tiranos y que ha sido el resorte íntimo de todas las revoluciones.

En cada nación los cónotos liberticidas de las castas y de las clases dirigentes asumen un aspecto especial, y se disfrazan con los colores del patriotismo: pero en realidad ellos son lo más internacional que existe actualmente en Europa. Bajo nombres diversos, con manifestaciones varias, la contrarrevolución descarga en todos los países los mismos golpes contra el mismo objetivo: la

libertad del proletariado, vale decir todos sus derechos en el terreno político, económico y espiritual o cultural.

No solo en todos los países — Hungría y España, Francia e Italia, Alemania e Inglaterra, y hasta en los Estados Unidos — la reacción se desencadena en daño del proletariado y de la libertad con todas las formas de violencia, legales e ilegales, pública y privada, sino que la reacción de una parte es íntimamente solidaria con la de todas las otras. Más aún: la reacción en cada país sería imposible, o superficial, o de corta duración, si se limitase a ese país solamente y no tuviese su apoyo, directo o indirecto, o por lo menos su justificación, en la reacción de todas las otras naciones. De esta manera los proletarios y revolucionarios de cada país, vencidos y en lucha con sus propios tiranos, no pueden dar las pruebas de solidaridad que de otro modo darían a sus hermanos de más allá de las fronteras.

Leyendo los diarios extranjeros se ve, por ejemplo, cómo en este momento la atención de todo el mundo está vuelta hacia Italia, y se sigue con vivo interés — con placer en las clases dominantes, con dolor y temor en las clases oprimidas — la marcha de la reacción que cada vez parece consolidarse más en la península. En efecto, parece que la contrarrevolución preventiva no tenga más posibilidades que vencer. Y sin embargo su triunfo sería del todo superficial y pronto parecería nulo, si el estado de las cosas cual es actualmente en toda Europa no constituyese su mayor razón de ser, es decir, si el espíritu de libertad se afirmase fuertemente más allá de las fronteras; si la guerra más infame no continuase en mil puntos, desde el Póssoro a la Mancha, desde el Rhin hasta los Urales; si media Europa no estuviese todavía bajo el talón de la otra mitad.

Y lo que se dice de Italia, podría ser dicho del terror antiobrero en España, de la reacción militarista en Hungría, de las persecuciones anti-anárquicas y antisindicalistas en Estados Unidos, de la represión sangrienta en Irlanda, de los arrestos de comunistas en Francia, etc., etc. Los peores instintos humanos, resurgidos a causa de la guerra, las ambiciones más locas, los intereses más vulgarmente materiales y más ciegos, están adquiriendo el predominio en perjuicio de ese poco de progreso moral que la humanidad, y más especialmente Europa, había alcanzado tan trabajosamente a través de más de trescientos años. Todos los sentimientos de superior humanidad, de justicia y de respeto recíproco entre los pueblos y entre los individuos, que hasta a la lucha entre enemigos habían llegado a poner límites, son hoy despreciados y aplastados, con la tolerancia pasiva del mayor número.

Si no nos detenemos en esta pendiente, las consecuencias serán terribles: terribles especialmente para las mayorías más débiles, para el proletariado de todos los países, el cual, sujeto como está a los privilegiados del poder y de la riqueza, a los privilegiados de la fuerza material y ar-

mada, encontrará en el fondo de la pendiente, en el abismo, el retorno a las peores esclavitudes que la historia recuerde.

El primero de mayo de este año, con un espectáculo tan triste ante los ojos en más de la mitad de ese mundo que se pretende civil, mientras el porvenir se perfila tan oscuro en el horizonte, no podrá ser, por cierto, un día de alegría, y muchos menos de fiesta, como se había convertido en los últimos tiempos para una parte del proletariado.

Ni siquiera podrá ser, muy probablemente, un día de lucha, especialmente en algunos países. Que sea lo que pueda ser; pero que sea al menos un día de meditación. Del gran latido de la solidaridad humana, que en ese día se manifestará en las pocas formas exteriores consentidas por las circunstancias, saquemos el consuelo, el bálsamo para nuestras heridas, el valor para resistir la tentación, para seguir siendo nosotros mismos, para seguir abrazados con todas nuestras fuerzas a nuestra bandera. Y meditemos — reflexionen los trabajadores — en el porvenir que se perfila ante nosotros si no sabemos detenernos en la pendiente.

Es preciso que el proletariado de todas las naciones encuentre la fuerza para salvarse a sí mismo, salvando al menos la parte de libertad ya conquistada a través de las revoluciones y los movimientos sociales del pasado, si no sabe o no tiene la fuerza para alcanzar la libertad integral con la liberación de todas las servi-

dumbres políticas y económicas. Pero, en todas partes, piense que la primera condición para poder ser eficazmente solidario con los perseguidos y los oprimidos de los otros países es la de ser libre, al menos relativamente, el mismo en su propio país, la de impedir a los propios opresores las infamias y los delitos que se cometen en otras partes.

En algunas naciones la partida parece perdida para la libertad y para el proletariado; pero no es así, todavía, pues que aún la partida no se ha perdido en el terreno internacional. Sepa el proletariado, en el nombre y por medio de la libertad, recomenzar su revancha, haciendo pie firme en los países donde sus posiciones son todavía relativamente buenas y fuertes; y logrará, sin duda, más o menos rápida o lentamente, recuperar sus posiciones hasta donde parecen irremediamente perdidas. Y así habrá salvado no solo algo materialmente útil para sí y la esperanza de progresos suyos ulteriores, si que también la esperanza de la liberación completa.

El proletariado habrá salvado con ese esfuerzo consciente las superiores razones de vida de toda la humanidad, la causa misma de la humana civilización. ¡Oh, pueblo trabajador de todas las patrias. ¡ayuda! ¡ayuda!

Luigi Fabbrì



Al trabajo

F. DOMELA NIEUWENHUIS

Estaba justamente en la conferencia del sur de Alemania, en Stuttgart, cuando llegó la información telegráfica de la muerte de Domela Nieuwenhuis. Con solemnidad recibieron los delegados la triste noticia, pues no había allí ninguno que no comprendiera lo que había perdido el socialismo libertario en este hombre. Pero a mí me desgarró el corazón, pues este anciano con magnífica cabeza de profeta, no había sido solo mi maestro sino el amigo y el hermano, al

que estaba ligado íntimamente desde hacía muchos años.

Fué en el año 1891, en el congreso internacional socialista, donde conocí a Domela Nieuwenhuis por primera vez. Su nombre me era familiar, ya que hubo un tiempo en que la prensa socialista de Alemania habló grandemente del hombre extraordinario cuya muerte anuncia hoy apenas con tres líneas subyugadas con la más fría modulación comercial. Yo tenía precisamente en aquellos días

socialista

sos años en que no se conoce obstáculo alguno y se cree advertir por todas partes los signos de la próxima explosión popular, el corazón lleno de entusiasmo y estaba dominado por una fe incommovible en la victoria inmediata de la gran causa. Había recorrido el camino desde el hogar a Bruselas para poder presenciar el congreso que me había de dar la ocasión de conocer cara a cara al distinguido representante del socialismo internacional.

El más importante problema de la orden del día del congreso era la posición de la clase obrera frente al militarismo. Entonces comprendían muy pocos la enorme significación de este asunto y por cierto ninguno presintió la monstruosa catástrofe que debía invadir 23 años más tarde al mundo como un cataclismo rojo. Domela Nieuwenhuis intervino y presentó a los delegados una resolución: "El congreso concluye que los socialistas de todos los países en caso de una eventual declaración de guerra deben contestar con un llamado al pueblo para la huelga general".

Esta proposición promovió un apasionado debate. Fueron especialmente los representantes de la social democracia alemana, con Wilhelm Liebknecht a la cabeza, los que combatieron esta proposición más vehementemente y atacaron de la manera más odiosa a Nieuwenhuis. Yo experimentaba entonces la transformación interior de la social democracia al socialismo anárquico y los sucesos de Bruselas cortaron el último lazo que me unía aún al viejo partido. El congreso rechazó la moción de Nieuwenhuis y se decidió por una moción de los alemanes, una verdadera obra maestra de acrobacia que formaba un raro contraste con la moción clara y rudamente formulada de los holandeses.

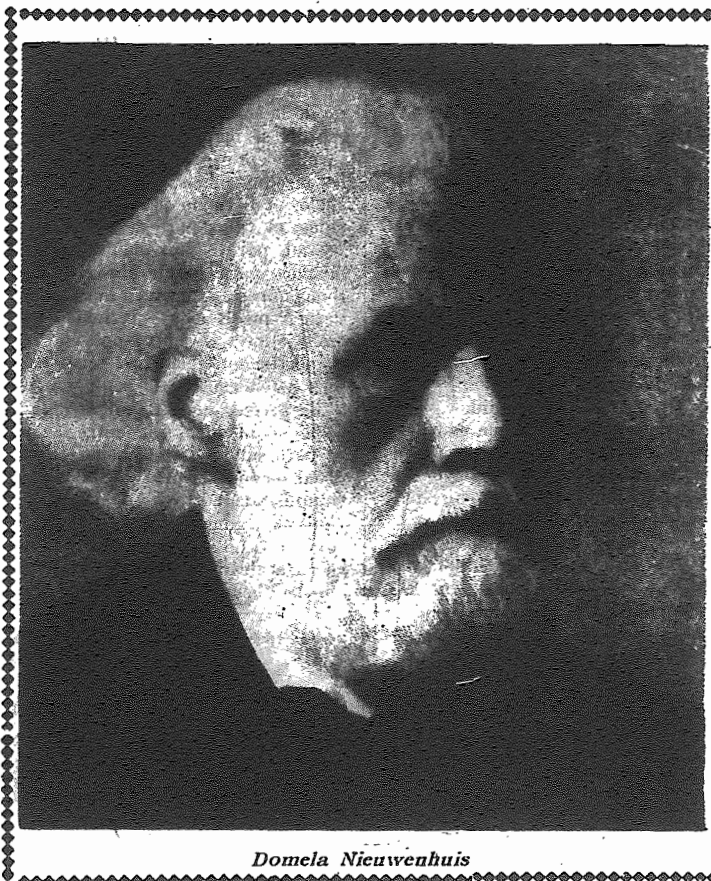
En el congreso de Zurich, en 1893, se repitió la misma comedia: "Nieuwenhuis y sus amigos habían logrado que el congreso pusiera a la orden del día el asunto de la posición de la social democracia en caso de guerra y propusieron la siguiente resolución: "El congreso decide invitar a los partidos obreros internacionales a prepararse en todos los países donde los trabajadores pueden ejercer un influjo sobre la guerra para responder a toda declaración de guerra de los gobiernos inmediatamente con la negativa a prestar el servicio militar de la reserva (huelga militar), con la paralización general del trabajo (huelga general) en todas las industrias que tienen relación con la guerra y el enrolamiento por un llamado a las mujeres, a sus maridos y a sus hijos."

Y de nuevo fueron los representantes de la social democracia alemana los que combatieron esta moción con una grotesca acritud y expresaron la amenaza directa de abandonar el congreso en el caso de que fuese aprobada en ese asunto una resolución semejante. El congreso rechazó la resolución de Nieuwenhuis y sus compañeros y se satisfizo con una lastimosa resolución que no era ni fría ni caliente, y el problema que había sido proplamente recibido fué apartado intencionalmente del camino. Aquellos de nosotros que habían hoy de la tradición continuada por los Scheidemann, pueden considerar los debates del congreso de Zurich algo más detenidamente para reconocer que no es justo hablar de una caída repentina de la social democracia alemana el 1 de agosto de 1914. Los Bebel, Liebknecht y Singer habían allanado desde hacía mucho tiempo el camino para los Scheidemann, David y Noske; estos últimos fueron solo los ejecutores testamentarios de los primeros.

En 1895 vi a Nieuwenhuis de nuevo en el congreso internacional de Londres. Fué también allí donde estuve por primera vez en íntimo contacto personal con él. Este había experimentado en el curso de los últimos cuatro años una importante evolución. Debido a su influjo, la gran mayoría de los socialistas holandeses, que estaban unidos en la vieja "Sozialistebond", se habían declarado contra toda actividad parlamentaria. Esto desencadenó todos los furiosos y el hombre cuyo nombre era estampado en la prensa social democrática de Alemania solo con la más profunda veneración, fué desde entonces enlodado del modo más

vergonzoso y sumido en el fango por los tinterillos del partido.

Domela Nieuwenhuis ha hecho mucho por el movimiento socialista en el más amplio sentido de la palabra. Fué su más característico pioner en Holanda y durante más de cuarenta años la personalidad más descolante del socialismo en este país. Su influencia en el movimiento socialista internacional fué muy importante. Enriqueció la literatura socialista con un gran número de obras sobresalientes y había pocos que se le pudieran comparar como oradores propagandistas de nuestras ideas. Pero si se me pregunta en qué ha consistido precisamente la grandeza y la significación de este hombre, contestaría sin vacilar un segundo:



Domela Nieuwenhuis

en su carácter. Nieuwenhuis era un hombre de temple, incommovible en su convencimiento y sin vacilaciones en sus resoluciones. Sus palabras no se pueden interpretar con doble sentido. Expresaba sus opiniones sin temor a ninguna clase de consecuencias, sin miramientos para el amigo o el adversario. El hombre, que puso toda la fuerza de su espíritu al servicio de un gran ideal, sacrificó también para el movimiento un caudal considerable y en los últimos años de su vida estaba completamente desprovisto de recursos. Sólo la cordial simpatía y el amor de los trabajadores revolucionarios de Holanda impidió que su mejor amigo y maestro debiera concluir el resto de su vida tan rica en hechos, en un oscuro asilo de Amsterdam. Compárese la existencia satisfecha de aquellos que en el movimiento social democrático encontraron dicha y dignidad con la del hombre injuriado y denigrado en el que sus convicciones estaban más altas que el llamado éxito práctico; sólo así se comprenderá justamente toda la sencilla grandeza de esta vida.

Domela Nieuwenhuis nació el 31 de diciembre de 1846 en Amsterdam, hijo de una familia burguesa acomodada. Comenzó su carrera pública como sacerdote protestante y tomó su papel en serio. Las doctrinas cristianas en su primitiva pureza le habían atraído y cuando por primera vez, a los 24 años apareció como predicador, creía haber encontrado un provechoso círculo de acción. Pero en el transcurso de los años vino a él un gran desencanto. Debí reconocer que la ige-

la es la camisa de fuerza en que fué sofocado el espíritu originario del cristianismo por los sofismas y subterfugios teológicos de toda suerte. Así se realizó en él, poco a poco, una transformación interior que fué acelerada por su conocimiento de las concepciones del socialismo. El año 1878 se despidió Nieuwenhuis de la Iglesia y se adhirió al movimiento socialista.

Fueron las ideas de Marx y Engels las que ejercieron en él un influjo decisivo y las que propagó casi quince años con el mayor celo. Fué su compendio de "El Capital" el que hizo conocer a los socialistas holandeses el marxismo. Para abrir al socialismo un mayor campo de acción, fundó Nieuwenhuis el semanario socia-

lista propaganda socialista, que sólo servía para apartar a los trabajadores del buen camino y transformar al socialismo en un movimiento reformista superficial. Tan pronto como llegó a este convencimiento dedujo las consecuencias y con la firmeza que doce años antes había vuelto las espaldas a la Iglesia, se retiró ahora del Parlamento, con el espanto de todos los social demócratas parlamentarios, principalmente de Alemania, que lo injuriaron desde todos los puntos de vista por su humana acción. Así avanzó Nieuwenhuis paso a paso hacia el socialismo anárquico, que defendió hasta el fin de su vida, con la mayor decisión, en su periódico *De Vrije Socialist*.

Nieuwenhuis era un escritor extremadamente fecundo. A parte de su obra autobiográfica "De Cristo al Anarquismo", escribió una historia del socialismo en tres volúmenes, descripciones de la vida de Bakunin, de Roberto Owen, de Kropotkin, de Servet, etc., distintos escritos sobre la esencia de la educación, etc. Sus dos obras publicadas en francés "El socialismo en peligro" y "La bancarrota del marxismo", pertenecen a los mejores trabajos de la literatura socialista moderna.

A pesar de su gran debilidad física, en los últimos años de su vida actuó Nieuwenhuis frecuentemente como orador. En su casa se reunían regularmente los mejores propagandistas del socialismo libertario y encontraban siempre consejo e instrucción en casa de su "viejo", como era llamado generalmente Nieuwenhuis en los círculos de los obreros holandeses. Nieuwenhuis estuvo desde la cuna con el movimiento sindicalista de Holanda, al que apoyó con todas sus fuerzas durante toda su vida y el cual vió siempre en él su jefe espiritual. Nótese también que Nieuwenhuis estaba ligado por estrecha amistad con su compatriota Dows Decker, que ha conquistado en la literatura europea un nombre inmortal con el pseudónimo de Multatuli. Siempre que Multatuli habla en sus "Ideas" de F. D. N. se refiere a Nieuwenhuis. Uno de sus fieles amigos fué también el socialista belga César de Pace, que jugó un papel tan importante en la época de la primera Internacional. Que Nieuwenhuis fué expulsado de Alemania, de Francia, de Bélgica, sea accidentalmente advertido. También bajo este aspecto era internacionalista.

En 1904 fundó Nieuwenhuis la Internacional antimilitarista, de la que ha sido el alma principal. Más claramente que muchos otros reconoció el peligro amenazante de una guerra mundial y procuró conjurarla con todos los medios. Desgraciadamente fué una pequeña minoría la que le escuchó. Tan solo hoy, después de la horrible catástrofe de la historia humana que tenemos tras de nosotros y de los millones de hombres que se retuercen en sorda tortura bajo sus consecuencias, comprendemos lo que este hombre de nuestro sexo y nuestro tiempo ha sido. Nieuwenhuis vió venir la catástrofe y el conocimiento de que los trabajadores en su ilimitada ceguera no intentarian conjurarla le causó un tormento infernal. Y yo he vivido con él los últimos ocho meses de la guerra y sé cuán terriblemente le impresionó la sangrienta evolución de las cosas. Pero permaneció siempre fiel y no hizo en las horas de decisión la concesión más ínfima al militarismo.

Pueda su recuerdo darnos la fuerza necesaria para continuar su obra contra la propiedad, la Iglesia y el Estado y para que finalmente amanezca la primavera de los esclavos y de los oprimidos de toda la tierra.

Rudolf ROCKER

EMMA GOLDMAN

Entre los propagandistas del moderno movimiento anarquista, es Emma Goldman, indudablemente, una de las personalidades más características y distinguidas, — un carácter grandemente interesante en el que la doctrina se ha convertido en experimento interior y en la estrella conductora de su vida. Nació en 1869 en Kovno y su primera niñez transcurrió en Curlandia. A los siete años de

edad le enviaron sus padres a Kénisbeg, donde fué recibida en casa de su abuela. Allí permaneció hasta los trece años en que se trasladó a Petrogrado con sus padres. Un año después tuvo lugar el ajusticiamiento de Alejandro II. La atmósfera de la capital estaba impregnada todavía por los sucesos de la terrible lucha de los partidos revolucionarios contra el zarismo, que había sacudido to-

da la sociedad rusa hasta sus cimientos. En contacto con jóvenes estudiantes revolucionarios recibió esta muchacha las primeras impresiones libertarias que debían dar una orientación determinada a toda su vida ulterior.

En 1886 siguió Emma a su hermana Elena a América y se estableció primeramente en el círculo de conocidos de Rochester. El movimiento obrero americano no había llegado en aquella época al más alto punto de su desenvolvimiento revolucionario. Violentas ondas de huelga agitaban todo el país y encontraron finalmente desbordamiento en el gran movimiento para la conquista de las ocho horas. Entonces vinieron los trágicos sucesos de Chicago, que terminaron

nómicas tomó una distinguida participación.

En el año 1892 se produjo en Homestead el gran movimiento huelguista que debía llevar a todo el mundo el nombre de este lugar. Los trabajadores, que habían sido atacados del modo más brutal por los Pinkerton armados hasta los dientes, empujaron igualmente las armas y libraron formales batallas contra los esbirros del capital, que ocasionaron su retirada. Entonces atacaron las milicias del Estado, obligando a los trabajadores a una sangrienta sumisión. Los acontecimientos luctuosos de Homestead habían excitado poderosamente a todos los trabajadores de América y bajo la reciente impresión de la opinión públi-

ber cambiado, al contrario, más madura en sus ideas, más rica en sus experiencias. En el año 1895 dejó a América por un largo tiempo, para trasladarse a Europa. Después de una gira feliz de agitación que la llevó por toda Inglaterra y por Escocia, se dirigió a Viena, donde se instruyó en la *Allgemeine Krankenkasse* como enfermera. Cuando regresó finalmente en 1896 a Estados Unidos, se arrojó de nuevo fogosamente a la propaganda pública. En el año 1897 hizo su primer gran viaje de agitación, que se extendió hasta las costas del Océano Pacífico y llevó su nombre por todo el país. Desde entonces fué Emma Goldman un factor en la vida pública de América. Recorrió el país en todas direcciones tocando siempre nuevos e incultivos distritos. Su brillante oratoria y en especial su profundo convencimiento interior, que encontraba en sus palabras una poderosa expresión, llevaron a las huestes de la libertad algunos luchadores vacilantes y atrajo a su amistad a todas las personalidades conocidas del campo radical de América. Pero su feliz actividad levantó a todos los órganos de la reacción contra la atrevida rebelde. Así sucedió que casi todas sus giras eran acompañadas de prisiones, prohibiciones de los mítines, etc. El nombre de Emma Goldman obraba en los representantes del orden burgués como un trazo rojo, y si bien esta mujer es muy otra cosa que la encarnación de uno de aquellos tipos banales de conspiradores, que fueron expuestos en la moderna literatura barata al querido público, se convirtió poco a poco para los filisteos americanos en algo así como la encarnación de todos los males.

Una de las características más salientes de Emma Goldman es su sentimiento de la justicia profundamente desarrollado. Donde la justicia y la dignidad humanas eran pisoteadas, estaba Goldman en primera línea para protestar con ardientes palabras contra la injusticia, indiferente a todas las consecuencias per-

sonales. Y nunca consintió en dejar recaer en los demás las consecuencias de sus actos; estaba siempre dispuesta a tomar para sí misma la completa responsabilidad de sus acciones. Cuando después del asesinato del presidente Mac Kinley en Buffalo se inició una terrible caza a los anarquistas, tuvieron un gran trabajo los amigos de Emma para inducir a dejar el país. La terrible tragedia de la justicia en Chicago y algunas otras monstruosidades legales en "el país de los bravos y los libres" justificaban ampliamente esta demanda de los amigos. Pero Emma no se dejó convencer por nada y se ofreció al destino inminente con la tenacidad más osada. Aunque completamente inocente en el hecho de Czogol, fué detenida con otros compañeros y expuesta a las brutalidades de la policía. Y en todo el país la jauría reaccionaria ahulló en pos de la sangre de la valerosa mujer cuyos crímenes consistían en no haber contraído nunca un compromiso con la opinión pública a costa de sus íntimas convicciones. Tal vez se debió a un accidente el que Emma Goldman escapara entonces a su destino.

Cuando en 1914 comenzó el gran asesinato de los pueblos, fué Emma Goldman de los primeros que levantaron la voz contra la guerra. Algunos de los anteriormente adversarios de la guerra cambiaron de opinión cuando la propia América entró en ella. No así Emma Goldman. Quedó siempre fiel y sin temor en una época en que la borrachera de sangre parecía haber dominado todo el país. La consecuencia fué el arresto y dos años de internamiento. Y cuando la guerra tocó a su fin, fué Emma Goldman de los primeros expulsados del país, en el que tenía carta de ciudadanía, y deportada a Rusia.

Rudolf ROCKER



Emma Goldman

con las horribles ejecuciones de los directores obreros anarquistas. Emma Goldman siguió el proceso de los anarquistas de Chicago con febril excitación y estuvo convencida hasta el último instante que ningún tribunal americano entregaría a esos hombres, cuya inocencia estaba fuera de duda, a la horca. Y así fué de terrible su desilusión cuando el espantoso suceso. El 11 de noviembre fué el momento de la crisis de su vida. Su instinto de justicia delicadamente desarrollado la impulsó al camino de la revolución. Los gérmenes libertarios que había recibido en Rusia, adquirieron formas más fijas en ella y se cristalizaron poco a poco en ideas concretas y en un convencimiento sostenido por el más profundo idealismo. Estudió con celo la literatura socialista y anarquista y fué principalmente la "Freiheit" editada por Juan Most la que la llevó más y más al círculo del pensamiento anarquista.

En New Haven, donde debía ganar su pan cotidiano en una fábrica de corsets, se puso Emma Goldman por primera vez en contacto con camaradas activos, y cuando en 1889 pudo seguir un deseo largamente abrigado y trasladarse a New York, encontró allí una ocasión magnífica para profundizar las nuevas ideas y formarse más ampliamente. Fué John Most especialmente, su elocuencia fascinadora y apasionada la que ejerció un poderoso influjo en el espíritu sensible de la joven idealista, y no pasó mucho tiempo sin que la neófita misma se convirtiera en una anunciadora entusiasta de la concepción anarquista. Desde entonces comienza en la vida de Emma Goldman un período de actividad incansable y extenuador. La agitación se limitaba primeramente al círculo de los trabajadores alemanes y judíos de New York y de otras ciudades, en cuyas luchas eco-

ca general, el joven anarquista Alejandro Berkman intentó matar al propio causante de todos los trágicos acontecimientos, a Frick, profundamente odiado por toda la clase obrera. Frick fué solo herido levemente, sin embargo a Berkman se le condenó por una infame justicia de clases a la monstruosa condena de 22 años de trabajos forzados. Para Emma Goldman esta enorme sentencia fué un golpe terrible, pues estaba ligada a Berkman estrechamente y pertenecía al mismo grupo que éste. Además sucedió que una parte de los compañeros desaprobó el hecho de Berkman, lo cual llevó en el propio campo a amargas controversias. Al mismo tiempo atacó la prensa capitalista a Emma Goldman del modo más odioso y la hizo cómplice del atentado. Abandonada por muchos de los propios compañeros y observada por la opinión pública, la joven idealista no pudo encontrar en mucho tiempo un refugio y se vió obligada a campar alguna noche al aire libre.

Cuando apareció en los años próximos el gran movimiento de los desocupados en América, Emma Goldman estuvo inmediatamente en la brecha para dedicar su fuerza a éste. Un discurso que pronunció en un mítin de los sastres huelguistas en la Unión Square, New York, fué interpretado caprichosamente por la prensa capitalista y reproducido del modo más desfigurado. La consecuencia fué la prisión de Goldman y la condena en octubre de 1893 a un año de cárcel por excitación a la rebelión. El testimonio de un espía, que también fué condenado a prisión, después, a causa de malversaciones en el empleo, bastó a los jueces, que ignoraron sencillamente las disposiciones de doce testigos y sólo estaban poseídos del deseo de cortar un poco las alas a la odiada propagandista. Emma Goldman dejó la prisión sin ha-

FIGURAS DE LA GALERIA MARXISTA Utin, el macabeo y el Rothschild de la Internacional de Ginebra

Una de las piedras angulares del aparato marxista para la campaña infame contra la tendencia antiautoritaria de la Internacional y sus hombres representativos, fué Utin. He aquí el retrato que Miguel Bakunin hace de este personaje que dedicó las más grandes energías de su vida a la lucha contra el gigante del anarquismo revolucionario, en quien creyó herir de muerte a la idea de libertad.

Esta noche quiero divertirme. Dejo para mañana la continuación—del segundo artículo contra Mazzini y voy a tratar de esbozar el retrato del señor Nicolás Utin.

Hijo de un rico monopolizador del comercio de aguardiente,—el comercio más sucio y lucrativo en Rusia,—Utin, es necesario decirlo, es judío de nacimiento y lo que es peor, judío ruso. Tiene la cara, el temperamento, el carácter, los modales, toda la naturaleza nerviosa, insolente y cobarde a la vez, vanidosa y mercantil. Además de los doce mil francos por año que le da hoy su padre, ha heredado de él y de su villano comercio,—en el cual en su infancia, hasta la edad de la adolescencia, tomó una activa participación,—el genio y la tradición de los sucios embrillos, de la astucia y de la intriga. Tiene una frente de bronce, mentir no le cuesta nada. Es profundamente falso, y cuando cree tener necesidad de alguno, sea para su vanidad o para su avaricia, se hace amable, zalamero, adulador; las gentes que no lo conocen lo tomarán por el mejor sujeto. No se puede decir que sea estúpido; tiene, al contrario, con la pasión de la mentira, el espíritu de la simulación, toda la trapacería de los explotadores de las debilidades y de la tontería del mun-

do. Pero es también un tonto infatuado de sí mismo. He aquí su debilidad principal, su talón de Aquiles, el escollo contra el que se romperá siempre. Está inflado de una vanidad que desborda y que acaba siempre por revelar su verdadera naturaleza a todo el mundo. Su capacidad intelectual es muy pequeña. Encontré pocos hombres cuyo espíritu esté tan atacado de esterilidad, de impotencia, como el suyo. Trabajador asiduo, lee todos los libros posibles, pero no comprende realmente ninguno. Es realmente incapaz de concebir una idea. Su memoria, a fuerza de trabajo tenaz, ha retenido una masa de hechos; pero esos hechos no le dicen absolutamente nada, le aplastan y no hacen más que manifestar más su tontería: porque los cita a diestro y siniestro y la mayor parte del tiempo saca de ellos consecuencias ridículas. Pero si no posee la concepción real de las ideas, posee las frases. Vive, respira, se sumerge en las frases. Y el último fin, la última palabra de esas frases es él. Está en eterna adoración ante sí mismo. Todas sus ideas y todas sus convicciones, que cambia a voluntad según las necesidades del momento, no son más que un pedestal para realizar su personilla.

Se pregunta uno: cómo un personaje tan insignificante pudo elevarse al rol de dictador que goza ahora en la Internacional de Ginebra? Esta cuestión se resuelve simplemente. Primero y ante todo, en medio de la miseria general, es el poseedor feliz de doce a quince mil francos de renta; añadid a esto una ambición tan vanidosa como apasionada, una frente de bronce, una conciencia sin escrúpulos, la indiferencia más absoluta para todos los principios y un espíritu de intriga de los más notables. Es una

verdadera naturaleza de demagogo pero le falta el valor y el espíritu.

Gracias a la potencia de su padre pudo saltar por encima de los exámenes del Gimnasio y se encontró en los años 1860-1863 como estudiante en la Universidad de San Petersburgo. Esa era la época de las grandes agitaciones políticas y socialistas en Rusia. Los estudiantes de las Universidades de San Petersburgo, de Moscú, de Kazán se agitaban grandemente. Había en estas agitaciones juveniles un fondo serio, pero también mucha ruidosa vanidad. Era algo serio en tanto que ayudaba al movimiento popular, sobre todo el de los campesinos, que se hallaban en tal efervescencia en toda la extensión del Imperio que todo el mundo en Rusia, aún el mundo oficial, creía en una revolución próxima.

El movimiento de la juventud universalitaria de Kazán estaba en relación directa con el movimiento de los campesinos. En cuanto a los estudiantes de la Universidad de Moscú y de la de San Petersburgo sobre todo, hicieron agitación y ruido como *amateurs*, para divertirse y satisfacer su vanidad fácilmente. Estaban a la moda las conspiraciones y se conspiraba entonces sin peligro. El gobierno, estupefacto, dejaba hacer; y los jóvenes conspiraban públicamente, gritando sus planes revolucionarios.

Puede imaginarse que el señor Utin tomó parte también en esta agitación. Estaba en su reino, en el reino de la frase y del heroísmo barato. Se dice discípulo y amigo de Tchernichewsky. Bajo este aspecto no puedo decir nada de positivo, porque, exceptuando el mismo Utin, nadie puede decir nada sobre la naturaleza de las relaciones que han podido existir entre Tchernichewsky y él. Pero estoy seguro que mientras Tchernichewsky era un hombre demasiado inteligente, demasiado serio, demasiado sincero, para soportar un muchacho falsamente exaltado, fraseólogo sin vergüenza e infatuado de sí mismo, como Utin. Pasará lo mismo con sus relaciones con Tchernichewsky como con sus pretendidas relaciones amistosas con Serno-Solovievitch. Habéis leído o habéis oído hablar del discurso que pronunció sobre la tumba de Serno: en ese discurso Utin habló de su amistad, de su simpatía mutua, diciendo que Serno había estimulado su propaganda rusa. El hecho es que Serno sentía un profundo disgusto hacia Utin; no hablaba nunca de él sino con desprecio. "Si alguno me hizo aborrecer la palabra revolución," me decía cierta vez, es Utin. Es muy probable que sea el mismo el caso de las relaciones con Tchernichewsky.

Utin emigró en 1863, en el verano. Las persecuciones habían comenzado y no era hombre de afrontar los peligros. No los quiere más que en la idea, y desde lejos. Lo encontré en Londres en el círculo de Ogaref, a mi regreso de Stockholm. No me agradó absolutamente. Me pareció muy vanidoso, muy amigo de las frases, he ahí todo.

Después no lo vi más durante los cuatro años que pasé en Italia. Lo encontré de nuevo en 1867, en Ginebra, a donde había ido para tomar parte en el Congreso de la paz. Me había fijado tan poco en él en Londres, que cuando se me presentó no lo reconocí. Pero desde entonces se colgó a los faldores de mi levita. En ese congreso yo adquirí cierta popularidad: eso bastó para que Utin deseara a toda costa convertirse en amigo mío. Me desagradó entonces mucho más que en Londres. Detestaba a Herzen, que, a pesar de lo que piensa Marx, no ha sido nunca mi amigo, y Utin me repitió en varias ocasiones: "Yo digo a todos los que me preguntan mi opinión: soy partidario de Bakunin, no de Herzen". Y, en efecto, muchos de mis amigos franceses, Rey, Elías Reclus, Naquet, y otros me preguntaron: "¿Quién es ese pequeño señor que nos repite siempre que es su partidario y no de Herzen?"

Después de esto lo perdí nuevamente de vista. Pero desde enero hasta octubre de 1868, tuve la oportunidad de verlo a diario y de estudiarlo. Formábamos juntos, cerca de Nevey, una especie de pequeña comuna rusa: estaban allí Jakovsky y su mujer; la señora Sevachof, hermana de la señora Jacovsky; la prin-

cesa Obolensky, Mrouk, Zagorsky. Utin y su mujer vinieron a completar la sociedad.

Pasamos ocho o nueve meses juntos, y no era necesario tanto para conocer a fondo a este señor. El resultado de este mutuo conocimiento fué en lo que a mí se refiere un profundo disgusto y por parte suya un odio inextinguible.

Juk me había propuesto entonces fundar un periódico ruso. El marido de la señora Sevachof había dado para ese objeto mil rublos a Juk. Pero la señora Sevachof, que se hallaba poseída de una pasión furiosa por Utin, quiso en absoluto que este tomase parte en la redacción. Había incompatibilidad absoluta, no de ideas, porque hablando propiamente, Utin no tenía ninguna, y decía que debíamos aceptar los principios que la juventud rusa hallara justo infundirnos, — había incompatibilidad absoluta de humor, de temperamento, de fin. Nosotros queríamos la cosa, Utin no buscaba más que a sí mismo. Yo me opeuse por consiguiente largo tiempo a toda alianza con Utin. Cansado de la lucha, cedí; y después de una corta prueba, como el dinero era propiamente de la señora Sevachof, abandoné a Utin el periódico con su título. —No acabaría nunca si debiese relatar todas las miserables y sucias intrigas de Utin.

Antes de haber ingresado en la Asociación Internacional de los Trabajadores yo era internacionalista. Utin, al contrario, se presentaba como un patriota exclusivamente nacional, diciendo que la internacionalidad era una traición a la patria. Por esta razón no quería ir al Congreso de Berna. Sin embargo fué y desempeñó allí el papel más ridículo.

Cuando mis amigos y yo, decididos a salir de la Liga de la paz y de la libertad, nos reunimos para aconsejarnos sobre la línea de conducta a seguir, Utin, sin estar invitado, se presentó entre nosotros. Le rogué que se retirase, diciéndole que queríamos quedar solos. Podéis imaginaros su furor. Esa misma noche fundamos la Alianza, y es comprensible que debía convertirse en el enemigo encarnizado de la Alianza.

Después del Congreso de Berna me trasladé a Ginebra, y desde octubre de 1869 no lo encontré casualmente más que tres o cuatro veces. En el verano de 1869, en dos proclamas rusas, una firmada con mi nombre, traducida y publicada en la *Liberté*, la otra anónima, ataqué las ideas, o más bien las frases ridículas de su periódico ruso, lo que naturalmente no aumentó su amistad hacia mí. Estoy seguro que no detestó a nadie más cordialmente que me ha detestado. Eso no le impidió, sin embargo, cuando nos volvimos a encontrar en el Congreso de Bale, donde, rodeado de sus mujeres, había acudido a desempeñar el papel de público, proclamarse públicamente una vez más amigo mío. Me vela bastante influente y eso, sin duda alguna, le imponía. Tomó parte en el banquete que tuvo lugar después del Congreso y pronunció allí su discurso acostumbrado sobre las mujeres en general y sobre las mujeres rusas en particular. Y es preciso confesarlo, debe un famoso cirio a las damas rusas. Este pequeño judío parece tener un atractivo particular para esas damas; se pegan a él como las moscas a un terrón de azúcar, y se mueven y cacarea gloriosamente entre ellas como un gallo en su gallinero. Están de rodillas ante él, admiran su abnegación apasionada, su heroísmo judío y sus frases. Y hay que hacerle esta justicia: sabe sacar partido de esas damas. Las ha transformado en otras tantas propagandistas e intrigantes a su favor. Cantan en todas partes sus virtudes y, sin vergüenza como él, calumnian a todos los que se atreven a desagradarle. Yo estoy convertido, naturalmente, en su bestia negra. En el Congreso de Bale, esas damas dirigidas por el gran táctico, se habían repartido los papeles. Los delegados ingleses sobre todo, que les parecían probablemente los más tontos, y que tenían a los ojos de Utin el mérito de ser más o menos amigos de Marx, y al mismo tiempo miembros del consejo general, fueron especialmente el objeto de los agasajos y de las coquetuerías de estas damas.

En el discurso pronunciado en favor de "nuestras hermanas", Utin, hablando de mí, se sirvió de esta expresión: "el

señor Bakunin, mi compatriota y amigo"; después de lo cual corrió hacia mí y me dijo: "¿Vd. no quiere, no es cierto, que yo le haya llamado amigo mío?" — "De ningún modo", le respondí. Después nos separamos y no nos vimos más que en Ginebra dos o tres veces. En la víspera de mi partida, habiendo ido a despedirme de la Internacional, tuve ocasión de ponerle de manifiesto algunas de las tonterías que había dicho desde lo alto de la tribuna. No nos hemos vuelto a encontrar más.

Utin había llegado a Ginebra con dos pensamientos fijos, uno inspirado por el odio feroz que me había consagrado, el otro por su ambición vanidosa: eran el de destruirme y el de convertirse en el gran hombre de la Internacional de Ginebra. Gracias a la habilidad, a la táctica sabia y a la actividad enérgica de nuestros amigos, pudo realizar uno y otro.

Mientras que nuestros dos amigos Perron y Robin, inflados por la eficacia infalible de sus planes estratégicos, espiritualmente seguros de su triunfo, que les parecía inevitable, seguían, como verdaderos teóricos abstractos que eran ambos, el camino que se habían trazado, viéndome nada ni tomándose el trabajo de observar lo que se hacía a su alrededor, Utin, como hombre práctico, comenzó su doble intriga. La primera cosa que hizo, naturalmente, fué difundir contra mí en la Internacional de Ginebra las calumnias más infames. A mi regreso a Ginebra, a lo menos veinte personas, entre las que citaré a Brosset, Lindegger, Degrange, Deshusses, Pinier, Sutherland, Juk, Perron mismo, un zapatero y muchos otros aún de quienes he olvidado el nombre, vinieron a repetirme las cosas horribles que había difundido contra mí: yo era un ladrón, un intrigante, un hombre sucio y deshonesto en mis relaciones individuales, etc., etc. Este odio y esta persistencia furiosa de la calumnia contra mí había sido el primer punto de unión entre él y los jefes de la *Fábrica*. Sus esfuerzos unidos fueron coronados por un éxito completo. Cuando abandoné a Ginebra, en octubre de 1869, todos los obreros de la construcción, — con muy pocas excepciones — con la excepción de algunos individuos de los comités, sobre todo, ganados por la camarilla ginebrina y que votaban con ella, — eran amigos míos hasta tal punto que vinieron a darme al despedirse: "Los señores de la *Fábrica* creen insultarnos llamándonos *bakunistas*; pero les hemos respondido que más bien queremos ser llamados *bakunistas* que *reaccionarios*". Pero cuando volví a Ginebra a fines de marzo de 1870, los hallé, sino hostiles a todos, cuando menos prevenidos y desconfiados, sin que yo haya podido de ningún modo haber contribuido a ese cambio, pues durante esos cinco años de ausencia no ejercí la menor acción y no tuve ninguna clase de relaciones, ni directas ni indirectas, con la Internacional de Ginebra. Este cambio, pues, fué evidentemente obra de mis enemigos.

¿Y qué hicieron mis amigos para defenderme? Nada. ¿Ignoraban las infames calumnias que se difundían contra mí? No podían ignorarlas porque fueron repetidas ante ellos. Pero temieron comprometerse, sin duda, y comprometer su famoso plan estratégico tomando mi defensa contra los ataques ridículos, injustos e infames. No respondo de que Perron no haya sentido un cierto placer al verme denigrado. Yo le mortificaba, y sin querer confesárselo a sí mismo, me detestaba ya, como un reproche la mayor parte de las veces mudo, pero sin embargo sensible para él, contra sus imaginaciones y debilidades. Sin duda no tenía él mismo demasiada conciencia de ello, — no gusta confesarse semejante sentimiento, — pero excusaba su no intervención y su neutralidad en este caso por un principio que le ofendía muy a menudo y que he considerado siempre como profundamente falso: "que no hay que ocuparse de las personas sino de los principios". En cuanto a mí, que no pude concebir jamás que los principios ademasen sin la intervención de las personas que se consagran a ellos y que están solidariamente unidos en su nombre, he atribuido siempre un gran valor a las personas en tanto que permanecen fie-

les a los principios, y por instinto como por convicción reflexiva, he practicado siempre este precepto tan natural y tan sencillo: *ser el amigo de los amigos y el enemigo de los enemigos de mis aliados y amigos*, a los cuales permanezco fiel hasta la muerte o hasta que hayan traicionado ellos mismos el pacto de solidaridad. Es verdad, que Perron hace una excepción a su regla de indiferencia absoluta para las cuestiones personales. Permanece en calma cuando se ataca a sus amigos, pero se pone furioso cuando se le ataca a él. Por ejemplo, Juk es otra cosa: perdona las injurias aunque sean personales. ¿No le he visto permanecer admirador apasionado de la señora Sevachof, la niña Eugenia de Numa-Utin, a pesar de que está no le haya ahorado ni las injurias ni los desprecios?

En una palabra, ni Robin ni Perron hicieron nada para defenderme contra las calumnias de Utin. Más: sabiendo que me calumniaba, a mí que estaba considerado todavía como su aliado, como su amigo, lo aceptaron como un tercero en su periódico y en su propaganda; Robin, al abandonar a Ginebra, le había remitido todos los papeles concernientes a esta última.

Utin les quedó fiel algún tiempo. Representaban ambos la revolución contra la reacción, y él, que se había siempre presentado y proclamado como revolucionario a *outrance*, no podía abrazar decentemente de un golpe el partido de la reacción. Al comienzo de la lucha de Perron y Robin contra Waehry, se entusiasma hasta el punto de llamar espía a este pobre Waehry, en plena asamblea de la sección central. Pero cuando nuestros dos amigos dieron el famoso golpe que, según sus cálculos, debía ser mortal para sus adversarios, cuando el periódico, abandonado por ellos, quedó sin redacción; cuando a continuación de una intriga preparada desde hacía largo tiempo por Becker y Utin, la *Fábrica* propuso a este último la redacción del periódico, entonces Utin creyó llegado el momento favorable para declararse abiertamente aliado de la *Fábrica*. Y el pobre Perron, con toda su estrategia tan hábil y su famosa estocada secreta, quedó vencido.

Es así como fué inaugurado el reino de Utin.

Miguel Bakunin.

Los anarquistas no hacen más que rechazar la fuerza con la fuerza. No se les puede acusar de haber sido los primeros en apelar a la violencia, pues en la violencia se han engendrado y se limitan a luchar inútilmente contra ella. El anarquista opone una resistencia mecánica a la injusticia social.

J. EKHOUD

Para mí la República es aún opresión y tiranía. Si la idea del contrato social estuviese bien determinada, no sólo no dejaría en pie la monarquía: no dejaría en pie la República.

F. PI Y MARGALL



DIVAGACIONES

Es indudable que el hombre bueno es superior al inteligente. Este cavila, analiza; aquél es espontáneamente cariñoso y efusivo.

El inteligente especula con respecto a sus sentimientos, los desmenuza, demuele, destruye, mata.

El bueno, al realizar una buena obra, no tiene casi conciencia de ella. Su reacción no obedece a una conclusión derivada, no la efectúa por considerarla buena, la verifica impulsivamente.

El inteligente sabe cuando se eleva por sobre sus semejantes y esa conciencia de superioridad lo enorgullece. Cuando se sacrifica tiene conocimiento de su sacrificio y experimenta la voluptuosidad del mismo; en consecuencia, no es el suyo sacrificio realmente.

El bueno se entrega sin exigir reciprocidad de parte del cual se ha entregado; el inteligente, por el contrario, solo lo hace cuando considera al otro suficientemente merecedor de su entrega.

El pesimista se me antoja "un ser humano que obedeciendo a cualquier circunstancia de la vida, se ha visto introducido en un túnel, sumamente oscuro: circunstancia que no ha dependido ciertamente de su voluntad, pero que ha oas tado empero para infiltrarle las tinieblas en el espíritu y en el cerebro, hasta el punto de mantenerlo luego perfectamente en las penumbras, aún a la plena luz del día.

Cuando tengamos que hacer un bien, pensemos que no es solamente un bien que realizamos, sino también un mal que dejamos de hacer.

Amor, en realidad, no es más que la natural e íntima exteriorización que todo ser humano experimenta de ser amado.

Entusiasmo y pasión... ¡Qué diferencia! Cerebro y alma; externo y hondo. Pasajero y perdurable. Que solamente preocupa y que absorbe por completo; Fugaz y fecundo... ¡Qué diferencia!...

Muerte es: desaparición de presente y anulación absoluta de futuro. La vida en cambio es el pasado, el presente y el futuro armados en una sola manifestación. Es la fusión de estas tres partes entre sí.

Así, pues, llenemos nuestra vida de recuerdos (pasado) gratos, actos (presente) bondadosos e ilusiones (futuro) venturosas. De ese modo daremos vida al presente, reviviendo el pasado y soñando el porvenir.

Amor es sentir como nuestro cuerpo vive. Es presenciar el desarrollo de una gema interna. Es observar y palpar intensamente las pulsaciones de las arterias y los latidos del corazón. Es vivir, sabiendo que se vive, consciente de la propia existencia. Es ser.

A. KRASNOPOLSKY

Valores morales del anarquismo

La estructura política y económica del sistema de organización social que en la actualidad rige los destinos de la humanidad, responde en un todo a las ideas y a los principios morales que informan y constituyen toda mentalidad autoritaria. El presente orden de cosas y el estado moral que ese orden ha creado en las conciencias humanas, han puesto de manifiesto el fondo "moral" de las ideas autoritarias que creó e inspiró la espantosa tragedia de la guerra que asoló a la especie humana. De ahí, de ese estado de relajamiento moral que los bandidos del autoritarismo encubrían con el manto hipócrita de una falsa civilización; de ahí, de ese estado de locura y de fiebre autoritaria que ensombreció la tierra con sus crímenes y eusangrentó el

hechos y dedúzcanse de ellos las consecuencias para el porvenir. ¡Triste porvenir el de la humanidad si un ideal de superación y de elevación moral no consiguiera despertar en los hombres y en los pueblos el amor a la vida, a la civilización, a la libertad! El anarquismo encarna ese principio dinámico de la civilización, porque los valores morales que lo informan, a más de interpretar el grado de evolución alcanzado por el espíritu humano, elabora en las conciencias humanas los nuevos valores morales de un mundo antiautoritario, anarquista. Y ahora contestemos a las preguntas formuladas más arriba. ¿Es posible en nuestra época atribuir a cualquier forma o sistema de organización autoritaria un principio moral? Y si esto fuera posible (en mi concepto no lo es), ese principio moral de tales instituciones autoritarias ¿dónde radica, en qué consiste? Supongo que nadie se atreverá a sostener que el sometimiento y la servidumbre de unos hombres a otros hombres impli-

de imitarse y generalizarse, cuando todos sabemos que las instituciones autoritarias son el producto de la violencia sistematizada, del crimen legalizado, en una palabra, de la brutalidad y de la ignorancia?

¿Dónde están, pues, los valores morales del autoritarismo; cuáles son sus ejemplos morales? ¡Ah, observad las realidades y los hechos os darán la triste respuesta! Y bien, los únicos valores morales de la vida son aquellos que interpretan los impulsos del corazón y de la inteligencia humana; el anarquismo expresa en su contenido ideológico esos valores morales que conducen a la humanidad por el sendero del progreso y de la civilización: he ahí el valor moral del pensamiento anarquista.

HELIOS

(o)

Malas palabras

A un hombre de talento

La inteligencia bien puede ser un instrumento del mal.

Significa que el talento concentrado al estrecho círculo de la actividad personal, es una faz de la ignorancia. Talento sin bondad, es como lámpara en una habitación vacía: se consume sin frutos. La utilidad de la inteligencia no es la utilidad del mercader; es el producto del amor difundido.

Shakespeare ocupándose de sí mismo nos resulta inferior al burgués de la esquina que tiene por lema: "Yo y después yo".

Porque Shakespeare poseía talento y el burgués no.

En una frase. La inteligencia que no produce amor, si no fuera posible producir talento, no es más que suspicacia cerebral. Como la habilidad del escamoteador de carteras. Como la prodigiosa claudivencia de la prostituta que sabe pescar al adinerado con un solo gesto.

A un escritor

Necesariamente debes poseer cualidades que yo no tengo. Debes conocer profundos vericuetos del alma humana. Como que cuentas ya cuarenta años de edad. Y llevas publicados ciento doce libros.

Sin embargo he leído tus obras y solo hallé frases, bellas sí, pero frases; esto es: una hermosa escalera de mármol artísticamente labrada que no conduce a ninguna parte. Se sostiene en el aire. ¿Eres escritor? Calla. Eres tallista. Sabes cortar bien las palabras. Pulirías.

Tu celebridad es grande, empero. Ya te llamas Ruben Darío, o ya te denominas Verlaine. Ideas, sentimientos conceptos; es decir manifestaciones nuevas del sentido religioso de la vida...

Bah, eso es tendencioso. Locuras de ese viejo de Tolstoy.

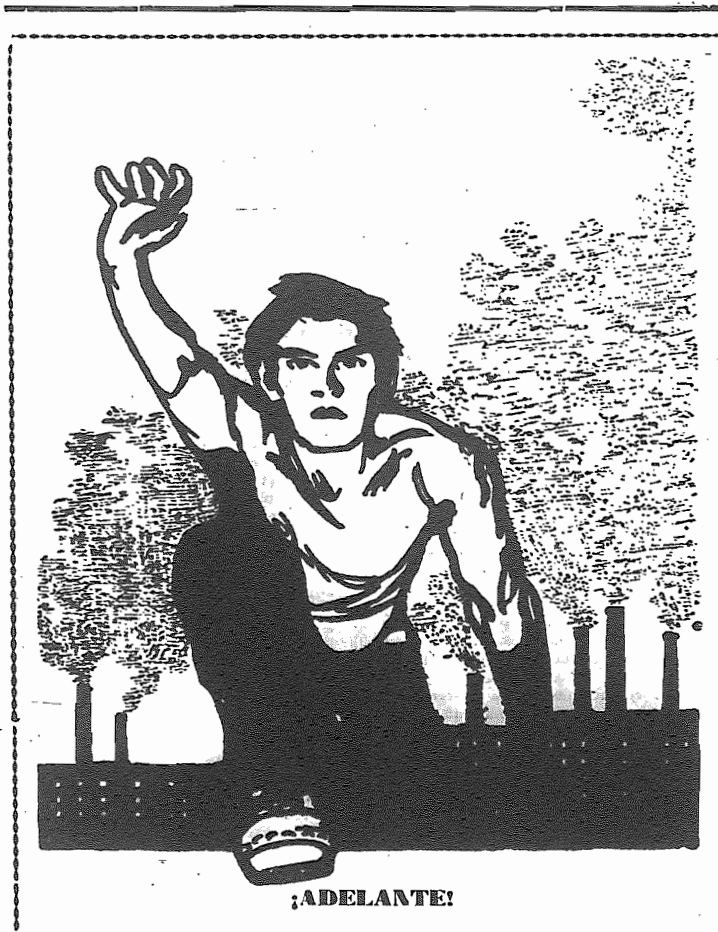
Lo esencial es el plumaje, es el adorno, es la carta, es la forma.

La forma es vanidad. Ni una partícula más. Te lo dice un ignorante.

A un obrero

Porque trabajas y al trabajar produces bienestar humano, sólo una cosa puede decirse de ti:

Cuánta mayor sea tu cantidad de re-



mundo, de ahí, de ese aquellarre, de esa orgía, de esa bacanal de sangre y de dolor en que se debate el mundo, de ahí surgen nuevamente las hienas hambrientas del autoritarismo que con la dictadura de clase, de religión o de partido político, siguen perpetuando en la mentalidad de los hombres y de los pueblos el principio generador de todos los crímenes y miserias que se desprenden de la concepción autoritaria. Y sino, veamos; ¿dónde radican los principios morales de cualquier sistema de organización autoritaria? ¿En qué consisten los valores morales de las instituciones autoritarias, sean éstas burguesas, nacionalistas, socialistas o comunistas? Obsérvense los

ca una regla moral útil al desenvolvimiento del individuo y de la sociedad, ni creo haya quien se atreva a defender los privilegios, las guerras y los vicios que se desprenden de las instituciones autoritarias, como un principio moral indispensable a la vida social de la humanidad. Sin embargo ¿en qué otra parte podemos hallar ese principio moral de las instituciones autoritarias, y en qué otra cosa consiste la moral de todo sistema de organización autoritaria? ¿Crímenes, robos y miserias, he ahí las consecuencias naturales de la moral del autoritarismo! Pero es posible acaso que cualquier forma de organización autoritaria pueda encarnar un principio moral digno

signación menos obrero eres: Un obrero debe ser como una continua protesta...

A una mujer

Sólo el despecho de un hombre ignorante y enamorado puede igualar a la mansedumbre de la mujer.

Y es natural: si los hombres, los tiranos, son tan mansos...

¿Qué hará la mujer que es como un poste eterno de los bipedos con pantalones?

Día de los trabajadores

Los trabajadores no festejan nada el 1º de Mayo. Al contrario, este día es pa-

ra ellos el aniversario del recuerdo trágico. Lógicamente, pues, este día es para protestas, no para filosofías de callejón.

Y no nos vengan con el cuento de que la violencia es un arma contraproducente, porque la verdad es esta: a una hembra que la fecundan, si no es estéril, pare. Y el proletariado es una hembra formidable que cada 1º de Mayo debe parir una revuelta. Claro está que para nosotros el 1º de Mayo es todos los días.

Arnaldo DEMOS.

Al margen del 1.º de Mayo

Ligeras reflexiones sobre algunos importantes problemas de actualidad

“¿Qué decir que no haya sido dicho?”

—En ningún caso y a ninguna cosa podría, esa desconcertante pregunta, ser aplicada con mayor justeza que al 1.º de Mayo. Desde los sangrientos sucesos que motivaron su recordación, se ha venido, año tras año, con perseverante y sistemática constancia exponiendo en sus mínimos detalles los diversos y encontrados aspectos de esa horrible tragedia. Las víctimas en ella inmoladas en holocausto al capital por los vampiros de Chicago, fueron en virtud de esa constancia ampliamente estudiadas tanto en sus dotes morales e intelectuales como en los rasgos heroicos que fluyeron de su espíritu iluminado por la idea de suma perfección que alentaba en ellos. No fueron asimismo las condiciones políticas y económicas de aquella época, a través de la invasión casi repentina del maquinismo industrial, de la paralización de brazos que provocaba progresivamente, de las huelgas sucesivas que, como consecuencia, se declaraban intermitentemente para conseguir la reducción de la jornada y dar ocupación a los que quedaban expulsados del trabajo por la competencia avasalladora, ciega, centuplicada de las máquinas. Y, como era natural, ese ineludible estudio histórico y crítico fue extendido no menos minuciosamente a los diversos instintos de la clase patronal, a la complicidad criminal que le dispensaron jueces y gobernantes, y a la insaciable e inhumana voracidad que los mantiene en estrecho abrazo sobre la encorvada espalda del productor.

Si, todo eso se ha dicho y agitado en la prensa y en la tribuna con gran riqueza de detalles, con desbordamiento de indignación, con desprecimiento grande de la libertad y la vida que ello costó a muchos ahogados y tesoreros camaradas, ¿Qué decir, pues, a este respecto que no haya aído ya dicho?

Frecuente fuente de anuladores pesimismo, esa consideración, no podemos bajo ningún concepto dejarnos ganar por ella, aunque en ocasiones el rudo realismo que forma parte de sus valores negativos podría y debe ayudarnos a desentrañar amargas verdades que nuestro sano optimismo quiere pasar por alto a pesar de verse acado o envuelto a ellas, y de perder más tiempo y energía en forcejear por desprenderse de las mismas, que se perdería en afrontarlas para combatirlas. Esta es la razón de que nosotros apelemos hoy a ella. Porque si bien es cierto que se ha dicho en todas las formas y a todos los vientos cuanto sobre el 1.º de Mayo se debía decir ¿hemos sido medianamente comprendidos por el pueblo en razón de nuestra actividad; nuestros entusiasmos y arrestos han sido en alguna forma compensados; no siguen persistiendo las causas todas que convirtieron en mártires a los compañeros sacrificados en esta tragedia?

Deducir que el pueblo no desea su emancipación, ni la libertad, o que no es digno de ellas ni susceptible de regeneración, sería un absurdo; sería declarar impracticables nuestros ideales y dar razón

de ser al grosero individualismo existente o a otro aún más despótico y tiránico. Estaremos, pues, más cerca de la verdad si admitimos: o que no supimos encarar bien la propaganda, o que no hemos desplegado la actividad y la energía necesarias... Y que estas no son simples conjeturas nos lo demuestra el estado actual de la mentalidad y la acción anarquista en Europa y parte de América. Un caso revelador de ello lo constituye la ocupación del Rhur por fuerzas francesas. Pues es inconcebible que entre las mismas no hubiera más de un anarquista, y sin embargo ninguna revuelta, ningún descasto hubo en su paso esa cesarista aventura a pesar de estar aún abiertas las heridas de los mutilados en la última guerra, humenantes los campos por los regueros de sangre y pólvora y cubiertos de luto los huérfanos, las madres y las viudas de los millones de humanos que pagaron con sus preciosas vidas el inhumano tributo que el Moloch capitalista impuso al mundo por espacio de cinco años consecutivos.

Podrá argüirse que nunca podían ser muchos los anarquistas arraigados en esa imperialista aventura y que, por tal motivo, o por carecer de un plan previamente organizado, cualquier otra actitud que no fuera la adoptada estaba destinada a caer en vacío con grave peligro de la vida o la libertad de sus protagonistas. Pero con este pensamiento no puede justificarse otra cosa que lo enunciado acerca de nuestra propaganda, de nuestra mentalidad y de nuestra acción. Porque, en efecto, denota, además de una total carencia de la espontaneidad que valoriza las conciencias, una marcada tendencia a restringir la personalidad con la obsesión del número o de la organización. Y esta tendencia moral, anquiladora de la personalidad, demás está decir a donde nos llevaría, de seguida. De ahí que sea necesario poner las frentes incansablemente al descubrimiento, para poder purificar y encauzar con acierto sus corrientes, ya que, fuera de toda duda, por más que hoy sigan el impulso del error, no dejan de ser en su faz primordial, naturales emanaciones de nobles anielos.

Sería inexacto e injusto decir otra cosa de la corriente imprimida en muchas partes al anarquismo, y al sindicalismo, por el influenciado, no obstante ser esta corriente, por el centralismo a que tienden unas partes, y por su ambigüedad, excesiva tolerancia o espíritu de reconciliación con enemigos más o menos inmediatos, en otras, la que absorbe las individualidades por la filosofía anarquista, la que aloga la conciencia espontaneidad, y, poco a poco, borra en muchos el temple de arrojo y abnegación que caracterizó y debe siempre caracterizar nuestras actividades.

Recobrar esas insuperables e insustituibles cualidades es pues nuestro gran deber del momento; pero cuidándonos mucho de no hacerlo por la organización ni para la organización, si no fuera equivalente en absoluto a hacerlo por y para la anarquía. Más claro. La organización no es para todos los anarquistas la mis-

ma cosa. Mientras unos creen que debe ser considerada tan sólo como un arma de lucha que sirva, a la vez que para abatir la explotación y la tiranía, para divulgar nuestras ideas entre los oprimidos y crear en ellos fraternales lazos de solidaridad, creen otros que debe considerarse como el fin a que tienden todos nuestros postulados; vale decir, como a la síntesis de una sociedad futura basada en los atributos de la anarquía. Es to, como es lógico, origina distintas formas de organización, marca dos opuestas corrientes de orden ideológico y moral y siembra en las masas confusa desorientación respecto a nuestras ideas. Y si bien es cierto que en la acción y en los métodos de lucha ambas tendencias se identifican, ello sirve únicamente para ahondar más y más el abismo que las separa, puesto que mientras que para los primeros no son más que un medio, pasan a ser para los segundos un fin; siendo así que unos luchan con todos los medios a través de la organización para la anarquía; y los otros por todos los medios a través de la anarquía para la organización. Y ya hemos dicho más atrás lo perjudicial que resulta este último temperamento para la individualidad, y lo pernicioso que es para nuestra actuación de consecuencia ideológica.

Intentar la reconciliación de ambas tendencias lo creemos estéril y perjudicial más allá de lo que pueda obtenerse por absorción, o, mejor dicho, por consciente y real afinidad. El medio más adecuado, más natural y fructífero de conducirnos, tanto a ese respecto como a los restantes que involucra, sería pues el propagar y defender el anarquismo con abstracción de cualquier otro problema que no se prestara a realizarlo, o que tendiera a mermar o estancarse los fueros individuales del ser autónomo que en su actividad produce, o anula, o transforma la organización, como produce o acepta o rechaza todas las demás cosas que le son útiles y placenteras para el cuerpo y para el espíritu, cuando puede obrar con humana libertad.

Dejamos así sentado que no basta con ser activos si nuestras actividades, en la medida de lo posible, no concuerdan en un todo con los fines del ideal sustentado, cómo ha sucedido y viene sucediendo a los individuos de reconocida actividad que erróneamente se llaman anarquistas, cuando en realidad no pasan de ser simples sindicalistas o despreciables dictadores. También es bueno recordar el desconcierto que las equivocadas actividades mentadas trajeron a nuestro

campo. Por un corto momento, nuestro ideal no daba, ética y filosóficamente otra impresión que la de un caos, o la de algo que corre hacia un naufragio suicida, con voluntaria inconsecuencia. Pero felizmente esto duró poco. Aunque en corto número, surgieron de inmediato esclarecidas inteligencias, que, con penetrante y claroavidente juicio descubrieron la pérdida ruta y corrieron en todas direcciones con la inquebrantable voluntad de salvar al ideal y atraer a la realidad a los sonámbulos que adormeciera la palinodia de la revolución rusa, y de la dictadura o la del sindicalismo “estatolatra”. Demás está decir aquí cuánta ha tenido que ser su actividad en tal sentido; baste decir que esta epopeyica lucha no ha cesado, ni cesará, fuera de toda duda, sino con el triunfo de la anarquía. ¡Y si siquiera fueran esos los únicos enemigos!

He ahí, pues, algunas de las más importantes razones que nos obligan a conmemorar esta fecha con preferencia a ciertas otras de análoga trascendencia histórica y social para el proletariado. Si la lucha por la redención humana fuera librada solamente entre los defensores del Estado capitalista y los libertarios, además estaría ciertamente la recordación del 1.º de Mayo, puesto que el deslinde de ambos campos, y el fragor de una pelea sin tregua que sería su esencia, ni lo permitiría ni lo haría necesario. Pero no es esto lo que sucede. El principio de autoridad, cual monstruosa hidra de mil cabezas, al ser combatido acá, se asoma en aquel lado y pugna por surgir en el otro. El odio de la mixtificación, cual bongo en tierra húmeda, brota para cobijar el principio de autoridad por todos los rincones regados con nuestra sangre, con nuestro sudor y hasta con nuestras ideas.

Es contra todo eso que tienen que luchar sin desmayo los anarquistas de verdad. Su misión en la fecha de hoy consiste, por tal motivo, en recordar una vez más a los mártires de Chicago para evidenciar la persistencia de nuestra solidaridad con su causa; para fugitar a la burguesía con el crimen de que los hizo víctimas y con cuantos diariamente viene perpetrando; para evitar que esta fecha llegue desnaturalizada en su origen reivindicador a la juventud; para combatir a los mixtificadores que llegaron al sarcasmo de bautizarla “fiesta del trabajo”; y a todos los demás que al igual de estos pretenden, en cualquier forma, hacer del proletariado un rebaño.

José de CORES.

LA PSICOLOGIA HUMANA

La psicología humana es una condición instintiva del hombre, o es una condición determinada por los factores externos que se poseen del individuo modelándolo según la norma vigente de la sociedad? Lombroso, en sus estudios de criminalología, da por aceptada la existencia del criminal nato, y ese es el concepto de todos los replegados del presente régimen.

Ellos ven el mundo atestado de gendarmes y cárceles “correccionales”, con la misión de corregir al hombre, llegan a la poco sólida conclusión de que si existen hombres incorregibles, débese indistintamente a la existencia de un nato instinto de perversión y maldad.

Tal incierta aseveración pone en evidencia la maldad o la ignorancia de los que la sostienen, máxime teniendo en cuenta que se esgrime dicha tesis como un rechazo de la posibilidad de un mundo organizado sobre bases de igualdad, sin fuerzas coercitivas que impongan normas de vida a todos los hombres.

Si tales afirmaciones no fueran sostenidas por las clases dominantes con el velado propósito de infundir dudas contra el anarquismo, los anarquistas no se preocuparían de desvirtuar tal absurdo; pero en salvaguarda de nuestro ideal y de las razones que lo sustentan, nos incumbió destruir ese falso concepto.

No existe el criminal nato; ni acentuadamente el instinto de maldad. Recono-

cemos que existe en todos los seres vivos un estimulado egoísmo instintivo; pero en la especie humana dicho egoísmo ha menguado, debido a que el hombre posee facultades de raciocinio y uso de expresión, lo que contribuyó a la modificación de su instinto bestial.

Si en nuestro régimen existen hombres que incurrían en actos delictuosos y hechos criminales, no se pretenda ver en ellos el nato instinto de la maldad; estudiense desapasionadamente las causas y factores externos que determinan la psicología del hombre, y se hallarán las causas del crimen, no en el hombre directamente sino en la sociedad.

Peró cabe preguntar: ¿qué es psicología? La forma sensitiva de ser, de sentir, de accionar y de razonar del hombre. ¿Quién determina esa condición psicológica en el hombre? La enseñanza. Y si de la enseñanza parten los factores morbosos que conducen al hombre hacia el mal ¿a quién responsabilizar?

No cabe la menor duda que los responsables no se darán por aludidos. Frecuentemente lamentan los efectos, pero se cuidan de investigar las causas. Pero a pesar de jugar a la escondida con la responsabilidad de los delitos y crímenes sociales, señalemos con el índice a los verdaderos responsables.

Los delictos, crímenes y guerras, tienen su causa y origen en el sistema de desigualdad social, que se sostiene y nutre

nuestro
lemento
os, o la
agio su-
cía. Pe-
unque en
mediato
con pe-
scubrie-
en todas
e volun-
la reali-
meciera
rusa, is-
mo "es-
cuanta
en tal
opeyica
nera de
e la an-
s los

s impor-
conme-
a cier-
histó-
Si la
tera li-
res ue-
os, ue-
ción
estando
una pe-
cia, ni
P. Pero
pio de
de mil
asoma
en el
cual
cobi-
todos
angre,
estras

ue lu-
e ver-
con-
a vez
a evi-
sol-
a la
hizo
vie-
esta
rigen
mba-
n al
raba-
ul de
ba-

525
525

vi-
nti-
go-
ona-
uso
no-

res
he-
en
es-
sas
la
lus
di-

lo-
ne-
re-
de
o-
al

s-
e-
o-
o-
a-
e-
e

manta por medio del engaño, la violencia, el sofisma y la superstición, y cuyo régimen beneficia a los que con audacia esgrimen el engaño y perjudican a los que por ignorancia o cobardía soportan el peso de toda la injusticia social.

La descomposición social lleva en sí el cancer corrodor que conduce al odio, a la guerra y al crimen: las enseñanzas oficiales, del clero y del Estado, completan y aumentan esa obra de descomposición, incuban la causa directa del mal.

¿Cuáles son las causas y factores que dan margen al delito y al crimen? En primer término, la desigualdad económica, la existencia de dos clases, satisfecha una y menesterosa la otra; esta última, al no tener su existencia garantizada, se ve acorralada por la necesidad, y la necesidad lleva hacia el terreno de todas las humillaciones y bajezas.

Dicen los satisfechos: "la necesidad no existe en las personas honestas y laboriosas; sólo es un resultado en aquellos no afectos al trabajo". Con lógica indestructible respondemos: "La clase dominante se compone de hombres no afectos al trabajo, y, sin embargo, de nada carecen y viven en un continuo estado de pereza".

Por lo que respecta a las necesidades de la clase desheredada, trazaremos un distinguido; los que podríamos concebir de holgazaneros maleantes, son elementos que merodean en los círculos de la política, en los clubs y comités, mendigando constantemente unos pesos y esperanzas en las promesas de los empleados públicos. Los merodeadores (esperanzados y pesquisantes de empleos públicos), son tantos, que las promesas siempre dejan un enorme déficit a cubrir, y los no agraciados y postergados para otra ocasión, desechados con su ingrata suerte y la promesa del caudillo no cumplida, lanzanse a otro medio de vida, siempre relacionado con la inmoralidad, el delito y el crimen.

De estos maleantes no afectos al trabajo, no es de quien pretenden hacer referencia las clases acomodadas; ellas se refieren a hombres honrados del pueblo, pero que no trabajan. ¿Olvidan esos falsos señores y despojadores del derecho humano, que el presente sistema de monopolio determina la oferta y demanda de brazos? ¿Ignoran que los agiotistas y acaparadores, dictaminan la desocupación forzosa cuando la superabundancia de productos amenaza con la desvalorización? ¿Niegan a reconocer que esas desocupaciones forzosas y el vagabundaje que ellos deploran son determinados por ellos y su régimen?

No deploréis el vagabundaje, si como vagabundos satisfechos formáis en primera línea; no lamentéis el delito y el crimen, si en ellos batís el record: no digáis que "existen hombres malos", si vosotros sois lo más malo que puede haber, siendo por añadidura los causantes directos de todo el desquicio social.

Existen crímenes en pequeña y en vasta escala; vosotros, los que regís el destino de los pueblos, los que determináis las burdas enseñanzas, ¿a quién inculcáis? No hallaréis los responsables; terminaráis por sostener que los hombres deben ser patriotas, nacionalistas, y sacrificarse por la patria, cuando ésta lo reclame y exija.

¿Quién puede desvirtuar que el crimen o las guerras dimanadas de la odiosidad de pontencias o razas, no sea una resultancia de la enseñanza conculcada? Se producen y se han producido crímenes y guerras colectivas por aversiones dogmáticas, guerras espantosas que se las bautizó con el nombre de "santas".

La expropiación de lo ajeno se practica en dos distintas formas: legal la una, ilegal la otra; pero que en el fondo llevan el mismo fin: expropiación.

Diariamente, junto dos canastas de fruta; otro hombre, a condición de dejarme la vida, me exige que diariamente le entregue una, de las dos canastas de fruta; el precio de mi vida está en entregar la mitad de mi producto. Esta expropiación es ilegal (y mucho la tienen los que ejercen la expropiación legal).

Un patrón me da trabajo; produzco diariamente \$ 10; el patrón me remunera con cinco y quedase con los otros

cinco; el precio de mi vida igualmente consiste en entregar la mitad de mi producto.

Se objetará que el patrón no intenta matarme; pero igualmente debo perecer si no acepto sus condiciones. El primer asaltante me impuso condiciones sin decirme: "la tierra es mía". El segundo asaltante, no me impuso condición rigurosa de vida o muerte, pero igualmente debo aceptar las condiciones por él impuestas.

¿Cómo librarme de ese segundo asaltante "legal"? ¿Cómo declararme autónomo e independiente de él? ¿Cómo huir de las redes que me ha tendido? Este no me dice "te mataré", pero me expulsó del "banquete de la vida", y después de haberse adueñado de todo lo que existe, de haber organizado fuerzas brutales e inconscientes para hacerse defender; después de haber sancionado códigos y leyes que amparan y protegen todos sus latrocinios; después de hallarse rigurosamente parapetado entre cañones, fusiles y bayonetas; después de haberse enriquecido con el sudor y la sangre de varias generaciones; con mucha finura y gentileza me dice:

"Tú eres pobre y necesitas de mí; yo soy rico, poseo tierras, riquezas y haciendas; trabaja para mí, que yo te remuneraré; mi mayor satisfacción es la de protegerte; tengo alma de noble y corazón de filántropo; fía en mí y no perecerás de hambre".

Si soy míope en sociología y psicología, termino por admirar la suma de bondad que mi asaltante "legal" finge; le veneraré, me postraré a sus pies, seré un ciego instrumento de él. Pero si del engaño "legal" tengo noción, y la indignación me convierte en rebelde, ¡ah!, entonces mi asaltante "legal", bruscamente cambia de tono, e imperativamente, dice:

"La tierra es mía; las máquinas y las

industrias son mías, las riquezas y el dinero con que a tí te pago es mío; trabaja si quieres, y, sino, muérete de hambre".

Hemos llegado a las conclusiones terminantes de la diferencia que existe entre el asaltante ilegal y el "legal": el primero me mata, el segundo me condena a morir de hambre; el primero no era poseedor de todo lo existente, y como salteador ilegal quedame el libre recurso de rechazar una violencia con otra violencia, y hasta librarme de tal salteador.

El segundo salteador "legal", es mucho más temible, feroz y cruel; si me insurrecciono contra sus imposiciones, también éste me mata irremisiblemente, porque se siente fuerte, porque su violencia va acompañada con el rubro de la legalidad, porque sabe que su violencia y crimen quedan impunes, porque estos bandidos y salteadores "legales" no exponen su propia vida, y hacen accionar como fuerza inconsciente y destructora a las mismas víctimas.

Tal es la estructura orgánica del presente régimen; tal es la funesta psicología humana embotada de funestos prejuicios y malas pasiones. El hombre no es malo; la enseñanza lo induce y el régimen lo perverte. ¿Cómo puede o debe ser el hombre bueno, si la norma social le dice: "Haz para tí y no mires para nadie"?

Siendo mala y corruptora la enseñanza, siendo cruel y de hierro el lema social, o te salvas en el dominio con los que gozan y disfrutan, o te sumerges en el inmenso mar de los que, expulsados del banquete de la vida, sufren, gimen y lloran.

©Gabriel BIAGIOTTI.

De la moral ambiente

La moral no es una virtud cristiana, ni un adorno para adorno exterior de las personas; no se da ni se presta ni se compra.

Es la norma de proceder que fluye por sí sola de los actos y sentimientos de las personas, sin graduaciones caprichosas, sino como alto exponente de las más nobles manifestaciones humanas.

Y como toda norma, está sujeta a desviaciones por influencias del medio ambiente.

Por lo tanto, hay *morales* y *amorales*.

Entre los primeros no hay diferencia alguna; en cambio, entre los segundos, los hay de las más variadas especies. Y éstos predominan sobre aquéllos — por el número —, en todas las manifestaciones humanas, sancionando "preceptos morales" de sus inmoralidades.

Desviados del verdadero sentido de la vida; castrados sus sentimientos por dogmas negativos y utilitarios, revueltos en la más abyecta corrupción, Y como justificativo de sus abyecciones, vituperan y condenan todas las manifestaciones — volitivas o sentimentales —, que se aparten de la regla impuesta por ellos.

Los morales son buenos, rectos y nobles, porque sí, sin vanidosas ostentaciones; en cambio, los amorales, son públicamente jactanciosos y ostensibles — con bullanguería infantil — para llamar la atención y provocar el ditirambo laudatorio de los demás. Pero, en privado, ¡cuántas bajezas no cometen!

Con el manto de la "virtud cristiana", ocultan la carroña que les cárcome el alma. Y así, los vemos en su loco empeño de querer "moralizar" a la moral.

La moral y la amoralidad, es igual a dos mujeres.

La una es honesta, sencilla y pudorosa. La otra es prostituta. Van por la calle. A la primera, unos zafios la manotean y le erupian obscenos vocablos... Cohibida y ruborizada, apresura el paso para salvarse de los denuestos groseros, sin proferir una palabra, avergonzada de que se la confunda con una "cualquiera". La honestidad es algo intangible que escapa a toda profanación. En cambio, a la segunda, que marcha con ademanes provocativos, alguien le susurra un piropo lisonjero pleno de admiración. Airada se da vuelta e increpa duramente al que se permitió piroppearla. Vocifera y llama al vigilante para que arreste al "atrevido". Con sus gritos y ademanes descompuestos, llama la atención del público sobre su persona para que "vean" que es "honrada y virtuosa". Es que, las lacras morales necesitan del vistoso ropaje, de las falsas apariencias, para que no se vean las purulentas pústulas.

Los amorales "morales", ponen el grito en el cielo ante un desnudo magistral, pero en privado — en la soledad de la alcoba — entréganse a la más relajante concupiscencia sin el menor asomo de rubor. Cuántas de las damas, damiselas y caballeros, componentes de las "innumerables" ligas cristianas de moralidad pública, son adúlteras empedernidas y eróticas histéricas!

Ante una narración realista con fines moralizadores, se escandalizan, pero no trepidan en devorarse la biblia — el más indecente de los libros pornográficos — en el pasaje aquel donde las hijas de Noé, yacen con él, quedando inco-



EL ORDEN IMPERA

tuosamente preñadas. De los novelones eróticos hacen su literatura predilecta.

Las damas y damiselas no paran mientes en devorarse ciertos grabados con posturas libidinosas, recurriendo — cuando sus carnes vibran de deseos — al perillito faldero para que, con su húmeda y cálida lengua, les aplaque los ardores del sexo, cuando no recurren — entre ellas — a las prácticas de Safo, o bien, se entregan a la más fiel interpretación de los grabados que tienen a la vista...

Se escandalizan ante la soltera que tuvo un hijo; pero ellas recurren a las pensiones donde ciertas matronas no dejan rastros de la preñez.

Persiguen a las noctívas callejeras, y ellas, las muy coitadas, organizan kermeses con fines "caritativos" para regodearse entre el vaho del champán y los excitantes compases del Shimmy, para luego irse de paseo por los parajes umbrosos de Palermo, bien pegado el cuerpo al del galán del momento, hasta que el éxtasis del placer venéreo ponga fin a la correría.

En los conventos, en los seminarios y orfanatos y reformatorios, predomina la pederastería, las prácticas de Safo y las masturbaciones, pero como todo es "para mayor gloria de Dios", nada hay que moralizar allí.

¿Para qué seguir? De enumerar las prácticas viciosas de los amorales erigidos en "moralizadores" de la moral, sería el cuento de nunca acabar.

¡Claro está que lo chocante surge de la oficialización e imposición de su amoralidad como "moral" única y verdadera, la cual combatimos en nombre de la verdadera moral, para bien de la humanidad.

Como demoledores de todos los arcaicos prejuicios, se nos coloca al margen de la sociedad — porque somos minoría — tratándonos de "desorbitados, amorales, disolventes" y demás zarandajas del repertorio burgués.

Porque queremos que los hombres sean buenos y se amen y respeten, y sean iguales económica y socialmente, somos "desorbitados".

Porque queremos que la familia se afiance en el amor, y que la unión de los cuerpos sea por el libre acuerdo de los contrayentes, sin ritos ni sanciones legalizadas; porque queremos que en esa forma desaparezcan los adulterios y la prostitución y el abandono de los hijos, y los infanticidios, somos "amorales".

Porque queramos que los hombres sean libres, sin trabas impositivas, — dentro del respeto recíproco —; porque queremos que nadie explote a otro y que, en lugar de patrias asesinas, haya amor al terruño nativo — sin apetitos rapaces por el del vecino — sin fronteras imaginarias que dividan a los hombres en una oscuridad perpetua, somos "disolventes".

Y porque luchamos, a medida de nuestras fuerzas y según nuestra capacidad, por el bien de la humanidad, se nos persigue y se nos encarcela por peligrosos.

Y mientras tanto, el crimen, el error y la explotación reinan soberanamente como "moral" única y exclusiva.

Severo BRUNO.

Los tres aspectos de la cuestión social

REVOLUCION SOCIAL.—

Ella cambiará el frente y el fondo, cambiará la estructura de la sociedad actual, cambiará su sistema universal de vida. A una sociedad canalla cuyos fundamentos materiales son la explotación del hombre y el dominio forzado sobre el hombre por el hombre, y cuyos fundamentos morales son la mentira vil, la intención sostenida de que el mundo sea imbécil e ignorante para mejor medrar a su costa, debe sustituirla otra, donde las almas sean menos ruines, y las prácticas de vida menos infames, denigrantes y crueles.

pueden estarlo después; si no han estado en el cuartel, lo estarán. El que no es víctima de la explotación capitalista, puede serlo, o es victimario, obligado a ello por un orden de cosas económico. En un mundo donde el privilegio es el tributo que se da a los truhanes, cualquiera puede ser truhan o víctima de truhanerías.

Y la mujer, es generalmente la víctima del hombre. Del hombre, sí, porque el hombre es el "maquereau" que la explota, la castiga y la vende. Del hombre, sí, porque el hombre es el padre estúpido que la vigila en el hogar, sujetán-



El proletariado alimenta con su sangre al voraz Moloch. Y hasta sus huesos sirven para dar vida al insaciable monstruo capitalista.

Y la revolución social, lo que comúnmente se entiende en esa frase, significa un cambio social hacia lo mejor, y según las vistas y más puras ideas revolucionarias, el cambio implica una transformación con arreglo a lo que se entiende por equidad. Desaparecerán, indudablemente, las fórmulas y las prácticas que asolan a la vida humana: mando, explotación, privilegio.

Y, realmente, no comprende tampoco Bernard Shaw, cómo hay hombres sobre el planeta que han cumplido ya sus treinta años de "existencia" y no son revolucionarios. En el mundo actual, nada de lo que hoy lo legisla puede ser respetado. Se vive sobre un abismo, se vive constantemente asediado. A los hombres los acecha la guerra, el servicio obligatorio, la cárcel, el delito, el taller. Todos los hombres tienen algo de que avergonzarse, y todos los hombres, en cualquier circunstancia, tendrán algo de que avergonzarse. Si no han estado en la guerra,

dola a su criterio ramplón, cretino. Del hombre, sí, porque el hombre es su marido, su segundo y definitivo propietario, y del hombre, sí, porque el hombre es el sacerdote que envenena su alma.

No comprendemos cómo los hombres, que pierden sus años en una vida atrozmente vacía, no se detienen un instante a pensar que todo esto es absurdo, y que todo esto debe ser cambiado.

REVOLUCION MORAL

Para ésta, todas las épocas son buenas. Aún en medio de esta sociedad capitalista, patriótica y religiosa, el hombre puede ser moralmente superior a lo que es. Aún en medio de esta sociedad en que hay hombres que viven del comercio sexual de las mujeres, en medio de esta sociedad reflejada en una prensa vil y una religión mercader, el hombre puede ser moralmente mejor de lo que es.

Puede tener sentimientos nobles; puede vivir de su propio trabajo, puede abominar del militarismo, de la guerra, de la religión y de la política.

Sí, realmente es tan necesaria una revolución social, con su gran cortejo de equidad y de libertad, como una revolución moral en cada individuo, con su gran cortejo de dignidad, de respeto al prójimo y de apreciación a sí mismo.

¡Una revolución moral! Eso sí que es necesario, tanto como la otra, como esa que acabará con las situaciones de privilegio y que quitará del presente y del porvenir de todo hombre, la visión espantosa de abismo y de angustia que hoy lleva siempre consigo.

REVOLUCION ESPIRITUAL

Henos ante una de las grandes revoluciones que el hombre debe realizar, o de otro modo, ante el tercer aspecto de una revolución integral.

Hay que cultivar nuestro sentido de lo bello y lo agradable. La vida no debe ser perdida en diversiones aturdidas ni en vicios degradantes. La vida debe ser aprovechada para las emociones y los conocimientos estéticos. Debe ser aprovechada en el cultivo y en la manifestación de los grandes sentimientos.

La belleza, el arte, la emotividad, todo lo que tiene un valor y un aspecto noble, superior, no es elemento ni argumento de afirmación burguesa: es elemento y argumento de afirmación humana. No es patrimonio de una clase, es virtud universal.

La clase burguesa, ciertamente, no goza hoy de la belleza pura y del verdadero arte. Goza de sus deformidades. Los artistas acomodaticios, han creado un arte burgués, un arte para gentes de poca capacidad mental y de exigua cultura. No nos inspira respeto ese arte. Arte y belleza de trapos, feria de las vanidades, no es arte ni belleza. Arte es vida, y belleza es emoción. La vida es lucha, es dolor, es angustia; la vida es esfuerzo, el esfuerzo de espaciar los horizontes, de abrirlos. Y belleza es emoción, emoción estética, emoción filosófica; la emoción de la nota musical purísima, de la pincelada maestra, de los caprichos de la naturaleza, de los grandes gestos y de los pensamientos profundos, redentores, humanos.

Reivindicamos el arte y la belleza, reivindicamos la vida dándole sus valores exactos y reales.

Y la revolución moral y la revolución espiritual, son, en el fondo — no otra cosa — los dos factores esenciales para provocar una revolución social, y para hacer a ésta más gigantesca, más revolución.

Ambas provocan desde ya un divorcio absoluto entre los hombres poseídos de las nuevas ideas y los del mundo estático, los que pretenden eternizar la sociedad asquerosa de los dogmas infames, de las patrias mezquinas y enemigas, de las normas morales falaces, del militarismo criminal, del capitalismo explotador, de la amenaza constante de las guerras internacionales, de la persecución a las ideas que redimen y elevan, de los odios de raza y job, sabiduría, de la inferioridad de la mujer.

Medid, medidad, observad. Las ideas no deben aceptarse a tontas y a locas. Las ideas son una cosa grande y trascendental. Las ideas transformarán al mundo, harán las tres grandes revoluciones.

Medid, medidad, observad. Luego, seguramente, tendréis ideas.

Eugenio ALMADA